



AÑO I

→ BARCELONA 7 DE MAYO DE 1882 →

NÚM. 19



REBECA, estatua en mármol, por Masini

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—LA MOMIA DE PEDRO AZUA, *Leyenda polar*, por F. Moreno Godino.—CRÓNICA CIENTÍFICA. *Los billones*, por E. Benot.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—REBECA (estatua), por Masini.—UN CUENTO PICARESCO, por Federico Werner.—EL PASO, copia de un cuadro de D. José Masriera.—REGRESO DE LA GUERRA (estatua), por Pedro Costa.—LA DESPEDIDA DEL HIJO, por Carlos Hoff.—Lámina suelta.—LA BATALLA DE WATERLOO.

LA SEMANA EN EL CARTEL

La aparición en Barcelona de Sarah Bernhardt, á cuya eminente actriz exclusivamente consagramos nuestra última revista, nos ha dejado en deuda con nuestros lectores, respecto de algunos estrenos dignos de consignarse. Bien merece nuestra atención el poema dramático que el más fecundo de los autores catalanes, el incansable Soler, acaba de dar á la escena con el título de *La banda de bastardia*. A través de una acción descoyuntada, cuya exposición, por un raro capricho, no se hace hasta el final del último acto, tomando la obra el carácter, no de un problema, sino de un enigma, se advierten situaciones de efecto, hábilmente dispuestas y trozos de poesía de mucho aliento. Pero los brillantes ropajes de esta producción encubren un fondo que no resiste el análisis.

La compañía de la Marini sostiene en el teatro de la Comedia el pabellón del arte dramático, mientras en el Teatro del Príncipe Alfonso funciona una compañía lírico-italiana.—Los clowns, los gimnastas y las amazonas han sentado sus reales en el *Circo de Price*; y como síntoma triste tenemos que comunicar que la prensa ha tenido que pedir como de limosna una plaza en el Conservatorio para Valero, esa gloria de la declamación española.

Eusebio Blasco, que reside en París, está traduciendo el drama *Sergio Penine*, de acuerdo con su afortunado autor Jorge Ohuet. Ya era hora de que se dieran á la escena traducciones exactas, y no arreglos, la mayor parte defectuosos, que daban muy pobre idea de las obras originales.

A guisa de función extraordinaria se ha estrenado en la Scala de Milan la ópera *Il violino di Cremona*, hecha toda por manos aristocráticas: la letra es de la marquesa Colombi y la música del duque Julio Litta. El público era escogido y no cesó de aplaudir; pero opinan los críticos imparciales que esos aplausos habrían resonado con menos frecuencia de haber asistido al teatro un público más independiente. Es creíble.

No ha sido más que relativamente satisfactorio el éxito que ha alcanzado *Il Ducca d'Alba*, desempeñado en el *San Carlo* de Milan por la Stefanoni, Stagno, el bajo Serbolini y el barítono Alhos, héroe de la jornada. Gracias al descuido que pudo observarse en orquesta y coros, la interpretación de la ópera póstuma de Donizetti fué en cierto modo una profanación censurable.

En Novara se ha celebrado con mucha solemnidad el centenario del nacimiento del maestro Coccia. Mejor recibida fué la sinfonía de *Maria Stuarda* del egregio maestro, que no la cantata de Cagnoni, dedicada á su memoria.

L'ora critica se titula una comedia de Interdonato, estrenada con poca fortuna en el *Gerbino* de Turín. No ha sido tampoco más afortunada la comedia de Castell-novo *Charitas*. En cambio el drama, *Nell'elsa della spada* de nuestro Echegaray ha hecho furor en el *Florentini* de Nápoles. No es este el único triunfo que ha alcanzado nuestro compatriota en los teatros italianos.

¿Qué les parece á Vds. de un concierto de violin confiado á Sarasate y la Forni? Pues esta es la gran solemnidad artística con que van á recrearse los milaneses.

¡Dichosos ellos!

La part du feu y *M. le President*, se titulan dos obras dramáticas estrenadas en los teatros del *Parque* y de *Molière* de Bruselas. La primera es un discreto proverbio de salón, de escaso movimiento escénico, aunque rebosante de ingenio; y es la segunda una comedia de costumbres escrita en lenguaje común, que tiende á ridiculizar el afán de hacer papel que distingue á una parte de la clase media.

La *Nueva Sociedad de música* de la propia capital ha ejecutado dos obras póstumas del malogrado Bizet, tituladas *Le Golphe de Bahia* y *Le Rouet*. Pertenecen á la primera época de este compositor, es decir, cuando aún no había encontrado las lozanas inspiraciones que brillan en su ópera *Cármén*.

Son notables los siguientes datos estadísticos: Cuéntanse en Bélgica 2,500 ayuntamientos y existen 2,000 sociedades musicales: las bandas y charangas ascienden á 1,400, con un contingente de 60,000 ejecutantes. Así se comprende la cultura y la grandeza de aquel país tan pequeño.

Es un hecho la creación oficial en San Petersburgo de un teatro polaco permanente, que empezará á funcionar el primero del próximo setiembre. La creación de este teatro es una prueba de cariño que el imperio moscovita debía á la desventurada Polonia.

Ya ha comenzado en Londres la gran temporada del *Covent Garden*. Con los *Hugonotes*, *Lucia de Lammermoor*, *Faust* y *Guillermo Tell*, ha empezado la exhibición

de notabilidades ante la selecta concurrencia que acude á un teatro, el primero de Europa, durante la temporada de primavera. Hasta ahora se llevan la palma el barítono Cotogni y la soprano Sembrich, que ha sido recibida poco menos que triunfalmente. Pero aún le queda al empresario Gye, un gran repuesto de celebridades con que entretener el entusiasmo de los filarmónicos.

La Sofia Menter en *Saint James Hall*, con sus prodigios en el piano, y la Nilsson que ha reanudado brillantemente su carrera en el *Albert Hall*, cantando el tercer acto del *Faust*, sin dejar el luto, completan la importancia artística de la gran metrópoli inglesa, convertida por arte mágica en precioso nido de ruiseñores.

Son en gran número las producciones dramáticas estrenadas en París desde nuestra última revista. Merecen citarse entre ellas la excelente traducción de *Otello*, debida á Luis de Grammon y puesta con notable y costosa propiedad en el *Segundo Teatro francés*, y el drama *Nadine* de la demagoga Luisa Michel, estrenado en los *Bufo del Norte*. La célebre agitadora se proponía hacer temblar al mundo desde las tablas y no ha logrado más que hacerle reír. La obra no tiene piés ni cabeza: es un conjunto de escenas mal dispuestas y peor urdidas, en las cuales se descubre el afán de novedad, y no obstante, están llenas de reminiscencias, y el intento de aplicar á la insurrección de París lo que se hace pasar en Polonia, cosa que pasó poco menos que inadvertida á la gran mayoría del público.

Pero París se pirra por las novedades, y el día del estreno se pagaron las localidades á 20 francos y se revendieron por cantidades triples y cuádruples; y el empresario que no puede menos de estar muy satisfecho, en tanto que prepara el estreno de un drama del comunalista Jules Vallés, titulado *Les Refractaires*, anuncia la producción de Luisa Michel en estos pomposos términos:

¡Le plus grand succès du XIX siècle!

Un incidente curioso. Cantaba la Krauss el final del segundo acto de los *Hugonotes* y un espectador le arrojó con furia los gemelos, sin que afortunadamente le diera. Interrogado por la policía, declaró que procedió así por haber notado que se suprimían dos compases en la partitura de Meyerbeer. Después se cayó en la cuenta de que el susceptible filarmónico, que gasta tales bromas, padece de la mollera.

La Patti ha regresado á Europa. El mejor recuerdo que lleva de los Estados Unidos, es una contrata loca, inverosímil. La afortunada diva, á partir del próximo mes de octubre, debe dar cincuenta representaciones en la *Academia de música* de Nueva York, por la suma de un millón cien mil francos.

¡Veintidos mil francos por función! Hemos de convenir que, hoy por hoy, las verdaderas reinas del mundo son las tiples.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

REBECA (estatua), por Masini
(Primer premio en la última exposición de Turín)

Abraham quería asegurar su descendencia y expidió á Eliezer para la Mesopotamia, en busca de esposa para su hijo Isaac. El Señor inspiró al fiel criado la elección de Rebeca, *moza de buen parecer y virgen muy hermosa*, como dicen de ella los Sagrados Libros. El encuentro de Eliezer y Rebeca tuvo lugar junto á una fuente, á la cual la joven había ido por agua, y en arras del futuro matrimonio recibió la bella hija de Bathuel, zarcillos y brazaletes de oro. El escultor presenta á Rebeca después de recibidos estos presentes, embebida en la inocente contemplación de sus joyas.

Una novedad ofrece esta estatua, el traje de la doncella, de carácter beduino, separándose por completo de la costumbre seguida siempre que se ha pintado ó esculpido ese personaje. Masini sostiene la verdad histórica de esta innovación diciendo que los beduinos de hoy piensan, creen, obran y visten ni más ni menos que los de hace miles de años, y que, siendo enemigos de toda innovación, es seguro que ha encontrado el verdadero y sencillísimo figurín de la prometida de Isaac.

La deducción no deja de tener su verosimilitud y prueba que el hábil escultor no ha desperdiciado sus excursiones por el campo de la arqueología.

UN CUENTO PICARESCO, por F. Werner

Los soldados del rey grande de Prusia no se diferenciaban, por lo visto, de nuestros soldados. El *melitar* ha sentido y siente, en todos los pueblos y en todos los tiempos, una inclinación especial hacia las nodrizas y niñeras. Quizás este concepto necesita completarse. Añadamos, pues, que las nodrizas y niñeras se hallan completamente á gusto en compañía de los *melitares*. Los soldados de nuestro cuadro no parecen cortos de genio, y en cuanto á las ninfas de esa espesura, tampoco les ha sentado mal, por lo visto, el cuento del granadero, que indudablemente habrá sido un verdadero cuento de cuerpo de guardia. En vano las dos nodrizas pretenden ocultar sus impresiones; los soldados del rey de Prusia son muy largos y saben por experiencia que estos disparos dan siempre en el blanco.

Unos dicen que esto depende de la calidad de los tiradores.

Otros opinan que consiste en la condición de los blancos.

Nosotros opinamos que la calidad de aquellos y la condición de estos entran por partes iguales en el resultado.

Werner es uno de los artistas más reputados en Alemania. Antes de consagrarse á la pintura fué, como grabador y dibujante, discípulo de Menzel, y más tarde entró en el estudio de Meissonier; dos grandes maestros que en sus respectivas especialidades se han consagrado á tratar los llamados cuadros de género. Como ellos se distingue Werner por la naturalidad de sus figuras y la gráfica reproducción de los detalles, así como por la exactitud histórica de los mismos: de manera que en sus cuadros puede decirse que la fantasía está subordinada por completo á la verdad. Pero en todas las composiciones de este artista se echa de ver una vigorosa observación, unida á conocimientos profundos, una ejecución correcta y un gusto exquisito.

EL PASO, por J. Masriera

Este bellissimo cuadro, propiedad del Excmo. Sr. Don Antonio Cipriano Costa, ha estado recientemente expuesto en la galería Parés, mereciendo excelente acogida del público y justísimos elogios de la prensa. Titúlale Masriera *El paso*, y mejor pudiera decirlo en plural, pues si representa el paso material de la barca, no es menos manifiesto que los embarcados vienen de dar el gran paso de la vida, el paso del matrimonio; más temible que el de Calais y que todos los pasos pasados y por pasar. El paisaje respira calma, y calma en la dicha respiran los personajes del cuadro, cuyos trajes no permiten dudar de su patria catalana. La boda no es aparatosa, ni en ella tendrán lugar seguramente esas escenas destructoras de la severidad que debiera presidir en todas las escenas que preceden y siguen inmediatamente á un matrimonio. La felicidad de nuestros novios no hará ruido, ni es fácil produzca envidiosos, por la sencilla razón de que no será conocida, ni, de serlo, pertenece á la clase de las soñadas en el gran mundo. Pero esa felicidad existe, porque existen los elementos de ella, el amor, la juventud, la aplicación al trabajo y la tranquilidad de conciencia. Esta felicidad íntima, fruto de la familia patriarcal catalana, se deja sentir en toda la composición del Sr. Masriera, á quien el arte debe excelentes frutos y los amantes de aquel muchos aplausos.

REGRESO DE LA GUERRA, por Pedro Costa

Terminó la campaña y el héroe oscuro regresa á los patrios lares.

Lisiado vuelve y su juventud malograda determinará una vejez triste, muy triste. La patria, por la cual vertió su sangre, el jefe del Estado al cual sacrificó su porvenir, ni el nombre registran del buen ciudadano, al cual deben la paz, el poder, el respeto en el exterior y en el interior la prosperidad.

No importa: al llegar á su pueblo el prematuro inválido, ha sido reconocido por su hermanito, que pregona el arribo del soldado.

La familia y la aldea serán más agradecidas que la nación y su jefe: para ellas el pobre inválido será un objeto de respetuosa atención; especie de ejecutoria que trasciende á sus convecinos y asegura á quien tan bien la ha conquistado una admiración, que no siempre alcanza sinceramente á los héroes del *Diario oficial*.

LA DESPEDIDA DEL HIJO, por C. Hoff

Sangrienta fué la guerra de los *Treinta años*; muchas madres perdieron en ella á sus valientes hijos. No es de extrañar, por lo tanto, que la noble matrona del cuadro, en el instante supremo de ver partir al tierno pedazo de sus entrañas que va á lidiar por la patria, no pueda contener la explosión de un dolor tan intenso como legítimo. En vano la consuela el capellán de la noble casa, demostrando á la piadosa dama que Dios bendice á los que pelean por la patria: las madres no entienden de patria ni de los inescrutables designios de la Providencia, cuando se las pide el sacrificio de un hijo. La joven hermana del soldado contempla á éste con tristeza, y hasta el perro de la casa parece despedir á su imberbe señor con aire no exento de preocupación. Por lo que toca al causante de este dolor, permanece perplejo y, sin duda alguna, lucha entre su cariño filial y el cumplimiento de su deber. Pero no sucumbirá en esta lucha de afectos: nobleza obliga. La patria tendrá en él un bravo campeón y su madre un hijo digno del nombre ilustre de la familia.

LA BATALLA DE WATERLOO

En veinte días había atravesado Napoleon la distancia que media entre el golfo Juan y París; había erigido de nuevo, con el simple ascendiente de su valor y de su genio, un trono derribado por los esfuerzos reunidos de la Europa entera; y apelando al sentimiento nacional, había sido secundado, sin titubear, por aquella pléyade de antiguos republicanos, á quienes no fueron bastantes ni aún las faltas y pujos de despotismo del emperador, para separarles de una causa en que consideraban envuelta la causa de la libertad, de la independencia, de la dignidad, de cuanto constituía los principios de la nueva Francia.

La Santa Alianza, por su parte, hacía un llamamiento á todas sus fuerzas y sus numerosos batallones ocupaban el territorio belga. El 12 de junio de 1814 el emperador salió de París, al encuentro de sus enemigos; llegó el 13

á Avesne y al siguiente día dirigió á su ejército esta breve y admirable proclama:

«Soldados: hoy es el aniversario de las jornadas de Jena y de Friedland, en cada una de las cuales se decidieron los destinos de Europa. Entonces, como después en Austerlitz, como más tarde en Wagram, fuimos sobradamente generosos, creyendo en la sinceridad de las protestas y juramentos de aquellos príncipes á quienes conservamos en el trono. Al presente, coligados todos ellos, atentan á la independencia y á los más sagrados derechos de la Francia é inician la más injusta de las agresiones. Vamos, pues, á su encuentro: ¿acaso ellos y nosotros no somos los mismos de antes? Soldados: en Jena os batisteis con esos mismos prusianos á razón de uno contra dos y á razón de uno contra tres en Montmirail.... Para todo francés de corazón ha llegado la hora de vencer ó morir.»

El día 15 se preludió la batalla por medio de un combate poco importante, pero cuyo buen éxito aumentó el entusiasmo del ejército francés, y empeñado luego otro combate en los campos de Ligny, sesenta mil soldados de Napoleon dieron cuenta sangrienta de ochenta y seis mil prusianos. Este comienzo permitía esperar nuevas victorias en los siguientes días, si bien el empeño de los contendientes, demostrado de una y otra parte en el último encuentro, denotaba que esas victorias habían de comprarse al precio de muchas víctimas.

El 18 dispuso el emperador sus fuerzas para el ataque, no obstante la deshecha lluvia de los precedentes días que había puesto los caminos intransitables. Aquella misma mañana, estando Napoleon almorzando, había dicho:—Sobre cien probabilidades tenemos ochenta á nuestro favor.

Cuando, por último, montado á caballo, revistó á sus tropas, fué saludado y aclamado por éstas frenéticamente; después de lo cual fué á situarse en una eminencia desde donde su mirada de águila abarcaba por completo el dilatado campo de batalla.

El verdadero encuentro empezó al medio día, prolongándose el combate durante toda la tarde, con alternativas generalmente favorables á los imperiales. Un momento hubo en que la victoria parecía decidirse en favor de Napoleon, hasta el punto de haber exclamado éste:

—¡Mios son!.... Ya los tengo....

Pero á la caída de la tarde, las cosas cambiaron de aspecto hasta tal punto, que la derrota de los franceses era imminente. En esto se oyeron cañonazos en uno de los extremos de la extensa línea de combate. Si el general Grouchy llegaba en ayuda de Napoleon, conforme éste le había prevenido, todo se salvaba.

Desgraciadamente para el emperador no era Grouchy sino Blucher, con los prusianos, quien venía en auxilio de los aliados. Este es el momento ó episodio de la batalla que representa nuestro grabado.

Blucher aseguró la victoria de Wellington. Desde aquel punto los franceses se pronunciaron en la más vergonzosa derrota. Solamente algunos cuerpos de la vieja Guardia cumplieron como buenos, dando lugar á aquella famosa frase de su general, Cambronne:

—La Guardia muere, pero no se rinde!

Con ella quiso morir el emperador, pero el mariscal Soult le imposibilitó de cumplimentar tan desesperado empeño; triste prueba de amistad que dió por resultado la prolongada agonía de Santa Elena. Si Soult no desvia el caballo de su emperador en dirección á Charleroi, Napoleon se hubiera evitado una muerte horrible y la nación inglesa una mancha indeleble en su historia.

LA MOMIA DE PEDRO AZUA

Leyenda polar

El mar está lleno de leyendas maravillosas y terribles, que los marineros se cuentan unos á otros, durante sus breves ratos de descanso, en los monótonos días de las largas navegaciones. El golfo Pérsico tiene la leyenda de *El Piloto verde*, pirata espantoso, en un buque gigantesco que, impulsado por la atracción de una inmensa montaña de imán, fué á clavarse en ella, como un alfiler en un acerico. Aun vaga por los mares del trópico, en su fantástico navío, el *Cazador holandés*, que es el Judío errante del Océano; pero de todas estas narraciones, ninguna hay tan extraña, tan sombría ni tan espantosa como la de la momia de Pedro Azua, el condenado de las regiones árticas.

Héla aquí:

I

El día 24 de agosto de 181... la fragata española mercante y ballenera la *Culebra*, de la matrícula de Santander, aprovechando la brisa que acababa de levantarse, levó anclas á la caída de la tarde y salió del puerto de Bergen.

El dueño y capitán de la *Culebra* se llamaba Pedro Azua, y era natural de Rivadeo, en Galicia. Había heredado la fragata, de un tío suyo, marino también, y al cual desde niño, había acompañado en todas sus navegaciones. El buque fué bautizado con el nombre de *Inmaculada Concepción*; pero después tomó el de la *Culebra*, porque así le plugo á su segundo propietario Pedro Azua, que en su impiedad y descreimiento *no quería nada que oliese á vírgenes ni santos*; pues el tal Pedro era un tipo extraño, mucho más en aquel tiempo en que no había cundido tanto como en el actual, la despreocupación religiosa.

Pedro Azua, de dos en dos años, se trasladaba con su buque á los mares del Norte, ántes de comenzar la pesca de la ballena, y hacia el comercio de pescados, pieles y otros artículos, entre la antigua y moderna capital de Noruega, admitiendo además pasajeros.

La *Culebra*, pues, salía de Bergen con rumbo á Cristianía. Era una hermosa fragata, de grandes condiciones maríneas, de mucho andar, y cuya reputación estaba bien sentada en los mares del Norte, en donde se la conocía quizá más que en las costas de España. Su capitán, Pedro Azua, era un hombre casi alegre y casi afable cuando estaba tranquilo y satisfecho, si bien es verdad, que no bien experimentaba la más ligera contrariedad, se agriaba su natural irascible, hasta el punto de hacerse insoportable.

Por lo demás, repetimos que la reputación del buque español estaba bien cimentada, pues la *Culebra* tenía una cualidad que inspiraba confianza á todo el mundo.

A buen caballo, buen jinete; á buen buque, buen capitán; y la *Culebra* tenía por capitán á Pedro Azua, uno de los más bravos é inteligentes marineros que podían hallarse; no sólo en la costa de Santander, sino también desde Nortland hasta Wardhus; pues que habiendo pasado la mitad de su vida en los mares polares, era tan conocedor de ellos, que parecía haber presenciado el Génesis de sus aguas.

Así es que los traficantes le confiaban con plena seguridad sus mercancías, y no faltaban nunca pasajeros á bordo de la *Culebra*. Porque en toda la costa de Suecia, Noruega y Dinamarca, hubieran creído más fácilmente que el viento se había llevado la catedral de Upsal, que en un naufragio de la *Culebra*, mandada por el capitán Pedro Azua.

Este, orgulloso de su buque, le veía con satisfacción cubrirse de velas, conforme se iban alejando del puerto, y cuando hasta las barrederas se desplegaron graciosamente en el extremo de los mástiles, como blancos pañuelos, el capitán, que estaba junto á la caña del timón, se frotó alegremente las manos y volviéndose al timonel:

—Olao, —dijo chanceándose, —puedes echar un sueño; por hoy no te necesitamos; hemos admitido á nuestro servicio al viento de popa.

El capitán tenía razón para hallarse satisfecho; el cielo estaba despejado, la mar, aunque gruesa, igual, y la brisa, hinchando toda la tela de la fragata, hacía volar sobre las olas.

Dos horas ántes del ocaso del sol, apareció en la zona del Norte una ligera nube, que fué tomando cuerpo lentamente.

—¡Hola! —exclamó el capitán, observando el nublado; —parece que va á cambiar el viento.

—Nordeste, capitán, —dijo el contramaestre de la *Culebra*.

—Así parece, —contestó aquél, —pero todavía tardará. Por la primera vez, quizá, en su larga vida de marino, se iba á equivocar el capitán Pedro Azua. Al comenzar el crepúsculo nocturno, el viento, que era sudeste, se hizo nordeste, obligando á los pasajeros que estaban sobre cubierta á bajar á sus camarotes.

—¡Demonio! —exclamó el capitán, —esto es extraño, nunca he visto cambios tan bruscos en esta latitud y en tal estación, —y luego, gritó:

—¡Timonel, la barra á estribor!

La fragata tuvo que barloventear, acortando su marcha, lo cual era un ligero percance, nada más.

Esta repentina mudanza de viento fué la primera sorpresa del capitán Pedro Azua. Entre tanto, la nube que había adquirido dimensiones colosales, avanzaba con pasmosa rapidez, aumentando la sombra nocturna que ya caía sobre el mar. Pedro la observaba con inquietud, porque aquel inmenso nublado, cerrado como el de la tempestad, sin el ruido lejano del trueno, sin relámpagos, sin ninguna de las señales que anuncian las borrascas; le sobresaltaba como un enemigo oculto y desconocido.

II

Súbito, el viento arreció de una manera espantosa; los mástiles de la *Culebra* crujieron con un ruido singular.

—¡Descargad, descargad! —gritó el capitán. —¡Abajo todo, dejad sólo la gavia y entablado la mesana.

La orden fué obedecida, y la fragata, ántes tan rica de velas, quedó casi en esqueleto.

Los masteleros, ántes encorvados, volvieron á enderezarse.

—Capitán, —preguntó el timonel, —¿sigo el viento?

—Y ¿qué has de hacer? ¡rayo de Dios! Si no hay medio de resistirle.

—¿Qué es esto, capitán? —preguntó á su vez el contramaestre.

—Es Dios, que deja hacer á una legión de demonios, que cambian las latitudes, que adelantan las estaciones y que han trasladado los infiernos al mar.

El viento redobló su violencia.

—¡Llévenme los susodichos, —añadió Pedro Azua, —si este maldito huracán no viene del Awa. ¿No ves el color aceitunado de la nube?

Cerró completamente la noche.

El capitán, aunque contrariado y nervioso, estaba hasta cierto punto tranquilo; aquel cambio de rumbo era para él pérdida de tiempo, nada más: por otra parte, esperaba que el nordeste no fuese durable.

La primera falta en una mujer suele originar otras muchas; la primera equivocación del capitán Pedro Azua no fué más que el preludio de algunas otras en que incurrió después.

No obstante, debemos decir en honor de la verdad que fué necesaria una concatenación de fenómenos para que el experimentado marino se equivocase.

El viento arreció sin que se presentara señal alguna de tempestad y la fragata, impelida hacia el Norte, bogaba con espantosa rapidez.

Todos los pasajeros, que sintieron el brusco cambio de temperatura y los gritos y juramentos del capitán, subieron á la cubierta sobresaltados, quedándose como mudos de terror ante el aspecto de aquella oscurísima noche: sus ávidos ojos vagaban en todas direcciones por la inmensidad del mar y del cielo, anhelando encontrar un punto luminoso. En todos los sitios, en cualquiera situación de la vida, donde hay luz, hay casi alegría; pero la noche, sobre todo en el Océano, es horrorosa. El frío comenzaba á molestarles gravemente, haciéndoles apiñarse unos á otros para darse mutuamente calor; y sin embargo, presintiendo un peligro, no se atrevían á bajar á los camarotes; y como fascinados, contemplaban aquella oscuridad mezclada con un resplandor lúgubre, pesada como el sepulcro, negra como un precipicio, que agobiaba su cuerpo y llenaba su espíritu de perturbaciones extrañas. Era aquello lo limitado y lo ilimitado, juntos en un caos espantoso.

III

El viento nordeste, contra la creencia del capitán, no cesó en toda la noche.

Llegó el día, ó mejor dicho, un crepúsculo de luz, asomando por entre un cielo plomizo, y la fragata siguió bogando en la misma dirección.

Pedro comenzaba á inquietarse seriamente.

El frío tenía retraídos en sus camarotes á los pasajeros; en cuanto á los hombres de la tripulación, estaban medio helados; sus dedos se crispaban bajo sus guantes de gamuza.

Afortunadamente toda maniobra era innecesaria, y casi imposible.

Así pasaron aquel día y la noche siguiente.

La fragata habíase internado un sin número de millas en la latitud septentrional.

El tercer día, la *Culebra* navegaba entre una densa niebla que cubrió su puente de un gran témpano de escarcha.

—Capitán, —dijo el contramaestre acercándose sobresaltado á Pedro Azua, —vamos al Cabo Norte; los hielos eternos nos esperan.

—Aún no; faltan seiscientas millas y el mar no se congela hasta fines del mes próximo.

Pedro tenía razón, pero en esta ocasión se equivocaba.

—¡Capitán! —gritó un gaviero, —parece que cede el temporal.

Con efecto; el viento perdió una parte de su fuerza, pero siguió soplando hacia el Norte.

A la media noche sólo se sentía una brisa muy leve; pero en cambio arreció el frío de tal suerte, que los faroles del buque, helado el combustible, estaban apagados.

La oscuridad era completa.

—¡Atención! —gritó Pedro, —aprovechemos esta declinación del viento. Todos á su sitio.

La tripulación se preparó á la maniobra.

El capitán prosiguió con las pausas consiguientes:

—Cargad el velacho... desplegad la gavia... entablado el palo de mesana... ¡Bien! Ahora orientad el mastelero de juanete.

Por medio de esta maniobra, el capitán Pedro, poniéndose al páiro barloventando, quiso aprovechar el escaso viento que soplabá, separándose en lo posible de la dirección Norte, y en cierto modo lo consiguió; pero la brisa era tan tenue, que la fragata adelantaba poco. Entre tanto el inteligente marino pretendía sondear las tinieblas con su inquieta mirada. Todo en vano: ni una estrella en el cielo, ni una ráfaga de luz sobre el Océano.

Eran dos noches oscureciéndose y penetrándose mutuamente: la sombra del cielo y la sombra del mar.

Envueltos en esta tiniebla bogaron penosamente cuarenta millas.

Dos horas ántes de amanecer, Pedro, que se inclinaba con ansiedad sobre la borda, para explorar el Océano, notó una cosa extraña.

El viento era constantemente el mismo; pero el oleaje lejano, que siempre, aun en la mayor oscuridad, se hace notar en el mar, parecía haber cesado. La sombra móvil de la onda no se distinguía ya, y el Océano parecía una inmensa llanura. Sobre ella veíase confusamente una cosa blanca á trechos, é inmóvil, como la niebla matutina en los países cálidos.

En cambio, sin aumentar el viento, arreciaba el oleaje al rededor de la fragata.

La tripulación estaba admirada.

Pedro comenzaba á comprender; la sorpresa, la ira y la inquietud se marcaban alternativamente en su semblante.

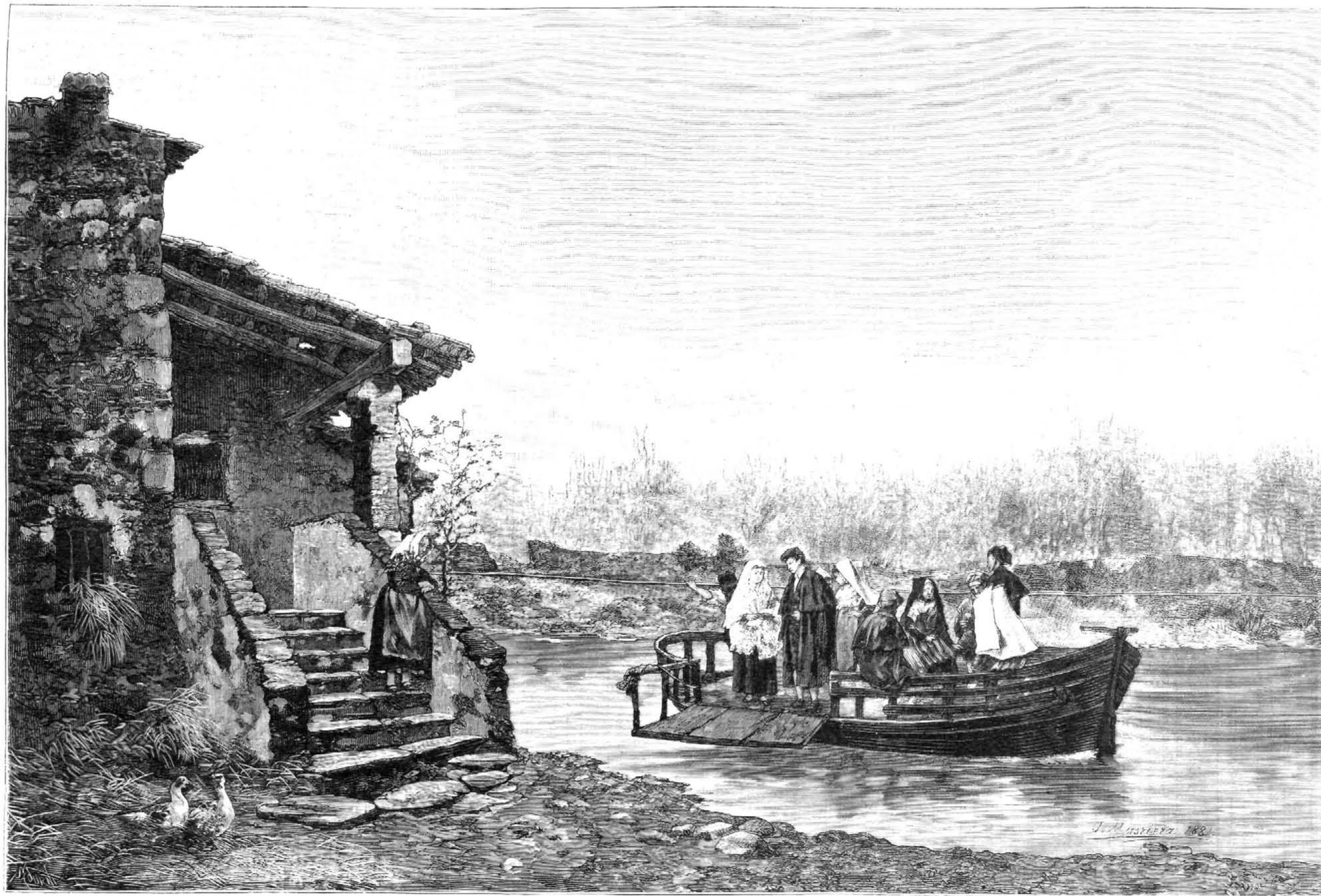
Mandó encender los faroles; en balde, el frío era cada vez más intenso y todo estaba medio helado á bordo de la *Culebra*.

Aquella cosa blanca observada en la lejanía, iba avanzando por la parte de popa y por la banda de babor. Rastreaba sobre el mar, parecía una inmensa sábana desarrollada en el por una mano gigantesca. Casi de repente aumentó el oleaje cercano, cesando en seguida.

El buque disminuía su marcha, como si navegase por un mar de poco fondo, y no obstante, el viento era siempre igual. Había cada vez más tensión en las velas y más curvatura en los masteleros.



UN CUENTO PICAresco, por F. Werner



EL PASO, copia de un cuadro de J. Masriera

Pedro lo comprendió todo y cerrando los puños, como amenazando al cielo, prorumpió en una interminable serie de juramentos y blasfemias inauditas.

Atraídos por sus voces, asomaron por la escotilla algunos pasajeros asustados, entre ellos la señora Stolz, viuda de un comerciante de Bergen y única representante del sexo femenino entre los viajeros de la *Culebra*. Al oír al capitán, se quedó horrorizada; pero luego se adelantó hacia él diciéndole:

—Callaos, desgraciado; ¿no comprendéis que vuestra lengua maldita va á atraer sobre nosotros la cólera de Dios?

—El mismo caso hago yo de Dios, que de las brujas que le temen,—replicó Pedro;—volvemos á vuestro escondrijo ú os arrojo al mar atada á un palo de escoba,—é irritado con esta contrariedad el capitán arreció en sus juramentos.

Poco á poco se fué calmando y algún tiempo después gritó con voz serena:

—¡Descargad todo el velamen! ya no nos sirve más que de peligro.

Acabada la maniobra, se agrupó al rededor del capitán la tripulación, que presentaba una cosa terrible y extraordinaria.

La cosa terrible y extraordinaria estaba en el mar, pero además apareció otra en el cielo.

Vióse en él una nube más oscura que los otros nublados, de figura de segmento de círculo, que fué cubriéndose poco á poco de un fulgor blanquecino. Abrióse luego la parte interior, mostrando rayos de luz amarillos, encarnados, verdes y morados. Esta raya, extendiéndose formó una corona luminosa: era una aurora boreal.

Todas las miradas se alzaron hacia el cielo; sólo las de Pedro Azua se fijaban en el mar.

—¡Rayo de Dios!—murmuraba.—¡En el mes de agosto! ¡Es inconcebible!

Momentos después se oyó un grito de angustia unánime. La claridad celeste iluminaba la vasta superficie del mar, y en boca de todos los tripulantes de la *Culebra* sonó esta misma exclamación: «¡El hielo!»

IV

El hielo, sí, el hielo polar, terrible, monótono, irresistible.

Los témpanos colosales, que formando primero islas inmensas, se van uniendo y solidificando.

El silencio y la quietud de la ola aprisionada.

El desierto petrificado, la extensión infinita, la cadena colosal para el buque encallado.

El *in Pace* de lo inevitable.

El peligro casi seguro del naufragio.

La autopsia, permitásenos la frase, de todos los siniestros marítimos, en que el buque, cadáver viviente, analiza el dolor que produce en él el escarpelo.

El hambre, la sed, el escorbuto, el frío.... luego, la muerte.

La *Culebra* quedó inmóvil; el hielo enemigo habíala alcanzado. Dos masas enormes uniéndose en la popa, por el costado de babor, encerraron la fragata por medio de un ángulo inmenso.

A la luz de la aurora boreal, que aún duraba, notábase, empero, una cosa singular. El mar, completamente helado, dejaba un canal bastante ancho por la parte de la proa del buque.

Pedro, familiarizado con los fenómenos, trató sin embargo de explicarse este. Tomó su anteojito y miró: en la zona oriental, una masa oscura y gigantesca se alzaba sobre el plomizo horizonte del Océano.

Aquello debía ser, y era en efecto, un colosal escollo ó acantilado de algunas millas de extensión.

El agua, siempre inquieta, chocando en él y por él resguardada del soplo glacial del viento Norte, resistía aún á los efectos de la congelación.

Un rayo de esperanza iluminó el rostro de Pedro Azua; porque lejos, muy lejos, en el extremo horizonte, su vista perspicaz de marino descubría el oleaje del mar. La congelación no había llegado hasta allí: la estación aún era favorable, y si cedía el viento, el hielo no debía avanzar más.

Pedro observó la lontananza. Nada interrumpía la inmensidad del mar, únicamente en la lejanía del Norte, diseñábase vagamente una línea oscura. ¿Era la costa ó la niebla polar, que á veces forma esas enormes murallas?

En tal incertidumbre, el hábil marino que sabía por experiencia lo peligroso que es dejar pasar el tiempo en el Océano, adoptó una resolución.

Mandó poner á flote los tres botes de la fragata, con objeto de intentar remolcarla hasta el escollo, siguiendo la especie de canal que había dejado el hielo, dado caso de que pudieran desembarazarse de éste los costados del buque.

Después de inauditos esfuerzos, mayores á causa del frío, trabajando, no sólo los tripulantes, sino los pasajeros; pudo conseguirse poner á flote las tres lanchas. De esta suerte, si la *Culebra* podía desprenderse de sus gélidas prisiones, impulsada por el escaso viento y por los esfuerzos de los botes, se conseguiría llegar al sitio indicado. Durante esta operación la frente de Pedro se oscurecía cada vez más, y murmuraba juramentos espantosos porque habiendo tanteado los dos inmensos témpanos, que aprisionaban al buque, halló en ellos una consistencia invernal.

De todos modos, los botes eran la última esperanza de salvación y convenía tenerlos preparados.

La aurora boreal seguía iluminando aquella extraña y angustiosa escena.

Los botes flotaron, pero faltaba lo más importante: librar á la fragata de sus prisiones. A una orden del capitán, tripulantes y pasajeros, armados de remos, hachas, cachos de masteleros, y en resolución, de cuanto pudieran encontrar á propósito, comenzaron á golpear sobre los témpanos. A tantos esfuerzos reunidos, el hielo cedía en algunos sitios y elevábase la líquida burbuja que anuncia el deshielo, pero esto era por pocos momentos y el agua volvía á solidificarse.

Después de algún tiempo de insistente trabajo, el capitán se convenció de lo inútil de éste y gritó con voz ronca:

«¡Basta!»

Luego, descompuestas las facciones, poseído de un furor terrible, esputando racimos de bilis, prorumpió en su acostumbrada serie de frases impías, de juramentos y de blasfemias horrendas.

Los pasajeros y hasta los tripulantes estaban espantados. La señora Stolz que se hallaba asomada á la borda del buque, se tapó los oídos y se retiró junto al mastelero de mesana.

V

Por fin Pedro Azua se serenó y dijo:

—Es forzoso buscar otro medio de salvación, abandonando el buque inmediatamente, antes que se ciegue este canal; porque pensar en invernar aquí sería una locura que concluiría con comernos unos á otros; á no ser —repuso con feroz ironía—que el *Dios bueno* no nos enviase todos los días algunos centenares de hostias consagradas. Así pues, al avío todo el mundo; á los botes, á ver si podemos arribar al acantilado, al otro lado del cual es probable que no haya llegado el hielo.

Tripulantes y pasajeros, provistos de lo indispensable, comenzaron á trasladarse á los botes, en los que habíanse puesto comestibles y agua para algún tiempo.

Pedro Azua, entre tanto, había subido al puente de la *Culebra*, y sentándose en la borda, con los pies colgando hacia el mar, sacó su pipa, encendióla y presenció la traslación á las lanchas, sereno en apariencia y lanzando grandes bocanadas de humo.

De cuando en cuando escudriñaba con su mirada el buque, desde el petifoque hasta la cangreja, y entonces una vena se hinchaba en su frente y sus ojillos grises se inyectaban de sangre.

Murmuraba palabras que la tripulación ocupada en su faena, no podía oír.

Terminada la traslación el contramaestre gritó:

—¡Capitán, ya está todo listo!

Pedro Azua recorrió por vez postrera el buque con su mirada, y exclamó amenazando al cielo con la mano derecha:

—¡Ah! Dios misericordioso! si yo entendiera tanto de letras como de mar ¡qué gran libro escribiría contra tí!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció. Pedro Azua, por lo visto, era uno de esos imbéciles que sólo creen en Dios para maldecirle.

Luego quiso moverse, pero permaneció inmóvil.

Transcurrió un rato. El contramaestre volvió á decir:

—¿Vamos, capitán?

Pedro no contestó. Seguía inmóvil, teniendo la pipa en la mano izquierda y esta descansando sobre el muslo. Con la mano derecha parecía como que se agarraba á la borda.

Este quietismo comenzó á sobresaltar á todos, porque además los ojos de Pedro Azua giraban en sus órbitas de un modo singular. El contramaestre, suponiendo que la emoción de abandonar el buque había causado alguna perturbación en el capitán, dejó la lancha, y andando sobre el hielo, se aproximó á la proa de la *Culebra*, y casi debajo de Pedro Azua, volvió á decirle:

—¿Qué es esto, capitán, no nos vamos?

Y como Pedro continuase en su silencio é inmovilidad, el contramaestre, subiendo al puente de la fragata, se acercó á aquel; le preguntó sin obtener respuesta; é intentó moverle agarrándole por un brazo; y decimos que intentó moverle, porque no pudo conseguirlo á pesar de que fué redoblando sus esfuerzos.

Le tocó las manos, recelando que estuviese muerto; pero las manos del capitán abrasaban y además sus ojos seguían moviéndose.

El contramaestre se hallaba azorado.

Asió á Pedro por debajo de los hombros queriendo separarle de la borda, pero ¡cosa inaudita! parecía que el capitán estaba clavado á ella y que su cuerpo había adquirido la dureza y pesantez de una piedra. A las voces del contramaestre acudieron algunos marineros, después los restantes, y por fin, hasta los pasajeros. Todos juntos adunando sus esfuerzos, intentaron mover el cuerpo de Pedro Azua; pero todo fué en vano: era éste como una masa de imponderable peso y parecía estar incrustado en la banda del buque.

Entre tanto la señora Stolz rezaba en voz alta y se persignaba; la mayor parte de los pasajeros siguieron su ejemplo: veían en todo aquello un castigo providencial.

¿Qué hacer? El capitán continuaba inmóvil; el canal dejado por el hielo se iba estrechando poco á poco. Era necesario llegar lo más pronto posible al otro lado del escollo: ¿qué hacer?

Se intentaron los últimos esfuerzos para mover á Pedro Azua, pero fueron tan inútiles como los anteriores. Algunos pasajeros no quisieron coadyuvar á esta postrera faena.

Entonces el contramaestre, haciéndose cargo de lo apremiante de la situación, dispuso la marcha.

Colocáronse todos en los botes. Los remos azotaron el agua, y los naufragos, alejándose de la fragata, contemplaban con ojos espantados al capitán.

Este, entre tanto, continuaba inmóvil y como petrificado; pero sus ojos vivían y lanzaban fulgores siniestros, al seguir la dirección de las lanchas. Cuando éstas se alejaron, hasta el extremo de no presentar más que tres puntos negros sobre el canal, el rostro de Pedro Azua se contrajo en una mueca abominable....

Súbito, la aurora boreal, aquella aurora, la más prolongada que se ha conocido en las regiones árticas, apagó su halo luminoso.

* *

Al año siguiente, después del deshielo á mediados del mes de mayo, una corbeta inglesa que se dirigía á Bergen, vió junto á un acantilado colosal un buque al parecer abandonado.

Era la *Culebra*.

Probablemente un golpe de mar habíala llevado junto al escollo, porque su bauprés se hallaba hundido en el intersticio que formaban dos peñascales enormes; y quizá á esta circunstancia se debía el que aún flotase. El casco del buque, resguardado por el acantilado, estaba casi entero; no así el aparejo que presentaba grandes averías. De los palos, sólo quedaban, la mitad del de trinquete, el mayor, que se tambaleaba, y una pequeña parte del de mesana, caído sobre el puente. Las velas, exceptuando algunas de proa, como el velacho y contrafoque, habían desaparecido ó estaban hechas jirones.

La corbeta inglesa destacó una lancha y el capitán mismo registró el buque naufragado. Junto á la banda de babor encontraron un cuerpo humano tendido en tierra, notando con asombro que estaba momificado. Registrados los bolsillos de la blusa islandesa que tenía puesta, hallaron en un bote de hojadelata, el nombre de Pedro Azua y papeles de á bordo.

El siniestro de la *Culebra* había cundido por todas las costas del Norte, divulgado por los tripulantes y pasajeros del buque español, los cuales consiguieron salvarse, recogidos al otro lado del escollo, por un ballenero dinamarqués. La señora Stolz, especialmente, no sabía hablar más que de aquel terrible suceso y del memorable castigo impuesto al impío capitán Pedro Azua.

El capitán de la corbeta conocía, pues, la historia de la *Culebra*, y contempló con asombro la momia de aquel. Lo mejor conservado de los restos del marino español era el rostro. El ojo derecho había desaparecido dejando un agujero orlado de una costra rojiza; pero el izquierdo estaba casi intacto, así como el resto de las facciones, si se exceptúa uno de los cartílagos de la nariz que parecía pulverizado.

El capitán inglés hizo trasbordar la momia con grandes precauciones, y llegado á Bergen se la endonó al consul de su nación. Fué colocada aquella en una sala contigua á la estufa del jardín del consulado, sobre una piedra granítica y sobre ella, por consejo de la señora Stolz, se grabó la siguiente inscripción:

MOMIA DEL CAPITAN MERCANTE ESPAÑOL

PEDRO AZUA

CASTIGADO DE DIOS POR BLASFEMO

F. MORENO GODINO

CRONICA CIENTIFICA

LOS BILLONES

¡Quién fuera millonario! oímos decir con suma frecuencia á los que apenas tienen; porque los millonarios no lo dicen. Y, sin embargo, todos somos BILLONARIOS. En la vida, ¿qué es eso de *en la vida*? á cada instante de nuestra existencia tenemos que habérnoslas con BILLONES. Somos billonarios y ¡nadie sabe lo que es un billon!

¡Hombre! No. Un billon es la unidad seguida de 12 ceros:

1 000000 000000

¡Ya!

Pero es el caso que ese guarismo representa una noción tan oscura, que solamente recurriendo á espacios de tiempo considerables y á ficciones extravagantes de la imaginación es como podemos empezar á asombrarnos de lo que eso es. Una veterana Revista inglesa, *Nautical Magazine*, demuestra que si se hubiese encomendado á DUENDES muy listos é industrioses la tarea de construir gotas de agua encargando á cada operario el colocar en el orden conveniente 1 millón de moléculas por segundo de tiempo, sin serle nunca permitido pararse, ni descansar, ni dormir, cada uno de los tales duendes necesitaría 10 millones de años para terminar una gotita de la capacidad de 1 milímetro cúbico; y 5 billones de años para llenar una botella de $\frac{1}{2}$ litro de capacidad.

Yo me acuerdo de que, estando en la escuela, (hace ya bastantes semanas) un ayudante me hacía escribir cantidades de 20 y 30 cifras, ¡tantas cuantas en la pizarra cabían! y yo me quedaba como unas castañuelas de alegre y satisfecho, cuando, sin tro-

© *Biblioteca Nacional de España*

Los fenómenos naturales no podrían explicarse suponiendo solamente diminutísimas las moléculas gaseosas: hay, además, que imaginarlas dotadas de movimientos enormes, vibratorios y traslaticios; y diferentes para diferentes gases.

Según los cálculos de Clausius, las moléculas del hidrógeno se mueven con una celeridad de 1844 metros por segundo; la velocidad de un tren de ferro-carril es de 15 solamente; la de los últimos proyectiles de los cañones Armstrong es de 634; la de los de Krupp de 651. Cálculase que el libre trayecto de una de estas moléculas en el estado común gaseoso es como unas 5000 veces el diámetro de la molécula misma; y que el número de choques de una molécula de oxígeno con sus compañeras, debe ser de 7646 millones por segundo. La tensión de los fluidos elásticos es la compleja resultante de los choques de esos corpúsculos gaseosos contra las paredes de los vasos que los contienen. En un cilindro de vapor la presión contra el émbolo es la suma de los choques que de las moléculas recibe: si se dobla en el mismo cilindro el número de corpúsculos gaseosos, recibirá el émbolo en el mismo tiempo que antes, doble número de golpes, etc.

Ahora bien: en un recipiente lleno de abejas, éstas no podrán apenas moverse; pero si se las va extrayendo hasta que en el vaso queden muy pocas, estas pocas no se estorbarán mutuamente, tanto como antes, sino que ya podrán volar con celeridad suma y golpear con gran violencia las paredes que las retienen encerradas.

Esto es lo que ha hecho Crookes con las moléculas gaseosas en sus famosos tubos. Por medio de una bomba neumática especial hace el vacío en esos tubos hasta una millonésima de atmósfera; reduce así asombrosamente el número de los antes inevitables choques; la trayectoria libre de cada molécula es, por tanto, muy larga y rectilínea; y, entonces, ayudando la acción eléctrica, aparecen fenómenos de LUZ, de CALOR y de MOVIMIENTO, que confirman sorprendentemente las ideas admitidas acerca, no sólo de la pequeñez de las moléculas sino de la prodigiosa energía de sus veloces movimientos.

Todo cuerpo constantemente golpeado, se calienta. Pues en los tubos de Crookes el bombardeo de

las moléculas funde instantáneamente los metales, el platino inclusive, pone luminosas las paredes de los vidrios golpeados, y mueve ruedecitas de paletas construidas al efecto.

Para estos fenómenos de luz y de fusión vuelven



REGRESO DE LA GUERRA, por Pedro Costa

á aparecer, como condicion, los BILLO-
NES.

Siempre, siempre estamos entre dos infinitos: el infinitamente grande de los espacios celestes, y el infinitamente pequeño de los diámetros y distancias moleculares.

EDUARDO BENOT

NOTICIAS GEOGRAFICAS

En la Sierra del Tandil, inmediata á Buenos Aires, y en la parte superior de un gran peñasco, hay una masa informe de piedras, coronada por una de forma de un gran sombrero de tres picos, cuyo peso se ha calculado en más de diez mil arrobas. La base en que se apoya esta enorme peña en el declive de la montaña, no es más que de pie y medio de diámetro; siendo muy extraordinario que esa mole pueda ser puesta en movimiento oscilatorio por un solo hombre que la impulse, colocándose en la parte superior de la montaña. Muchas veces se ha tratado de hacer rodar esta masa de piedras hasta el pie de la montaña, habiéndose apelado á todos los medios para llegar á este fin, pero todo ha sido inútil, y nunca se ha logrado moverla de su lugar.

RIQUEZA MINERAL.—El amianto se halla en cantidades inmensas en los cantones de Thetford y de Colrairie condado de Megantia (Irlanda); el más pequeño guijarro del camino contiene vestigios, y numerosas vetas surcan en todas direcciones las montañas desde la base hasta la cumbre.

La explotación de estas minas es muy activa en Irlanda, Thetford, y de Colrairie hasta Daville. En este último punto se extraen por término medio de cuatro á cinco toneladas de mineral diarias en una sola mina, donde se emplean de sesenta á setenta y cinco hombres; pero en Thetford es donde se trabaja con más método y actividad. Las tres compañías organizadas aquí tienen un personal de 150 hombres.

EXTENSION DE LOS GRANDES TÚNELES.—El túnel del Monte Cenis tiene 12,233 metros; el del San Gothardo 14,920, el de Arlberg, 10,270. El del Simplon tendrá unos 18 kilómetros, y el submarino del Paso de Calais, 34, sin contar las galerías de enlace con las vías férreas francesa é inglesa. Hasta ahora el más pequeño de los grandes túneles internacionales será el proyectado para la línea transpirenaica por Canfranc, el cual no pasará de 6,600 metros.



LA DESPEDIDA DEL HIJO, por C. Hoff



LA REFORMA (POR G. KAULBACH)

PERSONAJES REPRESENTADOS EN EL CUADRO DE KAULBACH TITULADO LA REFORMA



1. Erasmo de Rotterdam. 2. Reuchlin. 3. Petrarca. 4. Pico de la Mirandola. 5. Vives.
10. Hans Sachs. 11. Shakespeare. 12. Cervantes. 13. Molinaeus (Dumoulin). 14. Nicolás de
17. El Moledor de colores (Seudónimo). 18. Leonardo de Vinci. 19. Rafael. 20. Miguel Angel.
24. Cristóbal Colon. 25. Behaim. 26. Sebastian Munster. 27. Bacon de Verulam. 28. Harvey.
33. Copérnico. 34. Galileo. 35. Cardano. 36. Ticho de Brahe. 37. Keplero. 38. Giordano
43. Bugenhagen. 44. Juan el Constante. 45. Juan Federico. 46. Gustavo Adolfo. 47. Alberto
51. 52. 53. 54. Concelleres de las ciudades de Suiza y de Alsacia. 55. Hugonote. 56. Labriego
59. Guillermo de Orange. 60. Olden Barneveldt. 61. Isabel de Inglaterra. 62. Essex. 63. Burleigh. 64. Francisco Drake. 65. 66. 67. Ingleses. 68. Cranmer. 69. Tomás Moro. 70. Wicleff.
71. Geiler de Kaisersberg. 72. Juan Wessel. 73. Juan Huss. 74. Pedro Valdo. 75. Arnaldo de Brescia. 76. Abelardo. 77. Savonarola. 78. Tauler. 79. Melanchton. 80. Eberardo de Tann.
81. Ulrico Zasio.



6. Ficino. 7. Campanella. 8. Maquiavelo. 9. Jacobo Balde.
Cusa ó Cusano. 15. Ulrico de Hutten. 16. Alberto Durero.
21. Pedro Vischer. 22. Guttenberg. 23. Lorenzo Koster.
29. Vesalio. 30. Sebastian Frank. 31. Paracelso. 32. Leonardo Fuchs.
Bruno. 39. Lutero. 40. Zwinglio. 41. Calvino. 42. Justo Jonas.
de Brandeburgo. 48. 49. 50. Concelleres de las ciudades anseáticas.
del mediodía de Francia. 57. Coligny. 58. Mauricio de Sajonia.





AÑO I

→ BARCELONA 14 DE MAYO DE 1882 →

NÚM. 20

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONFESION AL AIRE LIBRE por Casanova

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—MARTIN MARTINEZ, por Pedro María Barrera.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La Exposición de la electricidad en París* (IX y último).

GRABADOS.—CONFESION AL AIRE LIBRE, por Casanova.—TRAPE-
ROS JUDIOS, por E. Friedrichsen.—EN LA BIBLIOTECA, por Kiesel.
—LA MUSICA DEL PORVENIR, por Pedro Costa.—CENTRO DE
MESA, construido por la casa Megen y C.^a de Berlín.—LA NIÑA
DORMIDA, por Preindisberger.—Lámina suelta.—LA REFORMA,
dibujo de C. Kaulbach.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Si faltara un ejemplo para demostrar que acá en España es una pobre carrera, si es que llega a ser carrera, la de escribir obras para la escena, bastaría saber que un drama, nada menos que de Enrique Gaspar, después de arrastrarse años y más años por los teatros de la Corte, por fin se ha estrenado en Barcelona, en un coliseo de segundo ó tercer orden. ¡Parece increíble!

Gaspar es uno de los autores que ha recogido laureos más legítimos. Fué en España el primero que tuvo la audacia de llevar el realismo á las tablas: escribe en buena prosa, combina interesantes situaciones, conoce los resortes que mueven el ánimo del espectador y sabe imprimir en todas sus obras un sello característico, una marca de fábrica, por decirlo así, que no puede confundirse con otra alguna. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, gozaría Gaspar de una posición independiente, viviría del teatro y para el teatro; aquí en España esto es imposible; el autor de *El Problema*, que este es el título de la obra recién estrenada, desempeña en China un cargo consular. Tomemos las cosas como son y consolémonos pensando que no hay mal que cien años dure.

El drama de Gaspar encierra un pensamiento atrevido, y, sin duda, en Madrid, el miedo, la pusilanimidad, si no el descuido, pesaron más en el ánimo de las empresas, que el renombre tan bien sentado del autor de *La levita* y *Las circunstancias*. Justo es confesar, sin embargo, que la crudeza del argumento á nadie escandalizó, y que las indiscutibles condiciones literarias y escénicas de *El Problema*, fueron debidamente honradas por el público aplauso. El éxito, pues, ha resuelto el problema favorablemente, y de los recelos de las empresas de la corte, no queda más que la extrañeza.

¡Paso á la innovación! ¡Paso á la audacia ilustrada! Tal debería ser el lema de los que tienen el precioso don de elegir las obras destinadas á la escena, los cuales las más de las veces, pagan excesivo tributo á la rutina.

La compañía de opereta italiana que funciona en el *Teatro y Circo de Rivas*, ha dado á conocer una producción de procedencia alemana, debida al maestro R. Genée y titulada *El ajedrez de la reina*. Tanto el autor del libreto como el de la música, siguen las huellas de los franceses inventores del género: el libro es un conjunto de absurdos, la música una colección de piezas de un corte ligero, y los trajes son aún más ligeros que la música. La obra fué bien recibida, lo que no es de extrañar: el teatro y la temperatura se avienen no pocas veces, y no está tan fuera de estación sacar trajes y obras de verano.

Dos juguetes se han estrenado en el *Teatro de Lara*: *Perros y gatos*, de José Extremera, más notable por la facilidad del diálogo y la abundancia de chistes, que por la novedad del asunto; y *Nicolás*, de Eusebio Sierra, que poco más poco menos, reúne idénticas condiciones.

Los filarmónicos de Madrid han tenido ocasión de aplaudir una vez más al eminente Massini, en la función dada en el *Teatro Real* en honor de los duques de Flandes. Pueden por ello dar las gracias á los *dilettanti* de Sevilla, donde, según parece, no pudo concluirse la temporada lírica, promoviéndose en el *Teatro de San Fernando* escenas tumultuosas que son mejores para olvidadas que para descritas.

Pocas noticias de Italia. Wagner se encuentra en Venecia, buscando inspiraciones en la romántica ciudad de las lagunas.—La mayor parte de las compañías de ópera se han desparramado. El *Teatro Manzoni* de Milan ha coronado dignamente una breve campaña lírica, tributando á Virginia Ferni una ovación entusiasta en la función de despedida dada á su beneficio.—En la actualidad menudean los conciertos, y en ellos, entre las obras ya conocidas, se dan algunos estrenos de sinfonías, fantasías, oratorios y otras piezas por el estilo. Digna es siquiera de ser mencionada la paráfrasis del salmo LVI del maestro Bazzini, magníficamente interpretada por el cuarteto coral de la capital de Normandía.

En Génova se ha puesto una nueva comedia del actor Marchisio. Titúlase *La Tempesta* y fué extraordinariamente aplaudida.

El maestro Bottesini está dando la última mano á una ópera que lleva el título de *La figlia del angelo*.

Tampoco los teatros alemanes ofrecen novedad alguna, si por ella no se entiende la excursión, á guisa de apostolado artístico, que se aperciben á emprender por aquel país, Rusia, Holanda, Bélgica y Francia, algunos cultivadores de la nueva escuela musical. Un notable cuadro de artistas recorrerá todos estos países bajo la dirección de Angel Neumann, representando *El anillo de los Niebelungen* y *Tristan é Isolda* con los mismos trajes

y decoraciones con que estas obras fueron puestas en el famoso teatro de Baireuth.

Tenemos, pues, el arte andante, y no es lo peor que puede hacer, llevando armas tan bien templadas.

¡Lástima grande que España no esté incluida en el itinerario!

Y vaya una noticia curiosa á propósito de estas excursiones artísticas. No sabemos de ninguna compañía europea que haya ido á las naciones asiáticas á dar espectáculos, y en cambio el director del Teatro de Bombay debe partir, si no ha partido ya, para Europa, al frente de una compañía indígena que representará en nuestras principales ciudades operetas y comedias en idiomas indostan y persa. Antiguamente brotaban del Asia todas las invasiones; gloria es, pues, de los civilizados tiempos actuales, que los nietos de los persas y de los tártaros vengán á mostrarnos su cultura escénica.

La célebre Albani al hacer su aparición con la *Traviata*, en el *Covent Garden*, ha alborotado á los flemáticos ingleses, con el poderío de su voz admirable y su talento de actriz. Al final de los actos tercero y cuarto cubrió la materialmente de flores.—El maestro Dupont, encargado de dirigir la nueva ópera de Lenepven *Velleda*, ha salido para el país de Gales á fin de ponerse de acuerdo con la Patti, cuya famosa diva aparecerá con esta nueva producción en el favorecido teatro londinense, á mediados del próximo mes de junio.

En el *Gaiety Theatre* es esperada la Sarah Bernhardt, tras de la cual funcionarán los artistas de la *Comedia francesa*.

En el *Sadler's Wells* se ha representado con éxito el melodrama *Cast Adrift*. Sus autores, Palgrave y Gover, conocen el flaco del público, prodigando los horrores, los crímenes y los misterios.

En menos de cinco meses la ópera *Herodias* ha alcanzado cincuenta y cinco representaciones en el *Teatro de la Moneda*. Con ella ha terminado la temporada. Por primera vez el maestro Massenet llevó la batuta, y desbordándose el entusiasmo público, cayeron lluvias de flores y resonaron verdaderas tempestades de aplausos.

También la capital belga cierra sus teatros, dejando el campo libre á los conciertos. Planté, el inspirado pianista que domina todos los géneros con igual maestría, es en la actualidad el embeleso de Bruselas.

Pero la atención del público está fija en la *Leyenda de Santa Isabel de Hungría*, que debe ejecutarse próximamente en el *Teatro de la Alhambra*. Franz Liszt, su autor, se encuentra en aquella ciudad hace algunos días, al objeto de presenciar los ensayos. La ejecución de esta obra corre á cargo de la Sociedad de música de Bruselas y la orquesta de conciertos populares, con el concurso de la Kufferath y la Duvivier, notables artistas del *Teatro de la Moneda*, y Mr. Blanwert, bajo la dirección de M. Mertens.

En la presente semana los teatros de París han presentado, por toda novedad, producciones viejas, algunas piadosamente olvidadas. En este número hemos de contar *La ladrona de niños*, melodrama terrorífico, representado en las *Fantasías parisienses*; un *Matrimonio de París* de Edmundo About y Emilio de Najac, comedia que ha sido mejor recibida ahora que en 1861, cuando se estrenó; y *Madame Caverlet* que promete dar buenas entradas al *Gimnasio*.

La ópera bufa *Doctor Asmoloff*, letra de M. Vazeille y música del maestro Rose, estrenada en el *Chateau d'Eau* y el proverbio de Octavio Feuillet *Los retratos de la Marquesa*, estrenado en una fiesta benéfica dada á beneficio del Orfelinato agrícola, son las únicas novedades en el verdadero sentido de la palabra. Aquella ópera es la millonésima reproducción del género; en el proverbio campea la facilidad, la delicadeza y la gallardía propias del autor de tantos primores teatrales.

Ha producido el mejor efecto la lectura de la nueva partitura de Saint Saens *Enrique VIII*, basada en un drama de Calderon de la Barca. El dramático episodio de Ana Bolena informa el argumento de esta producción destinada á suceder á la *Francesca de Rimini*, en la escena de la *Ópera*.

Vancorbeil, el empresario de este gran teatro, ha celebrado una entrevista con Verdi, apenas llegó á París el insigne maestro.

—¿Puedo contar con la ópera *Yayo* que me ofrecisteis para la próxima temporada? cuentan que le preguntó el empresario.

—Aun no he escrito una línea, respondió el autor de *Aida*. Actualmente traigo entre manos otras obras más importantes. Me ocupo en hacer construir casas para mis paisanos.

Gounod está escribiendo una nueva ópera que llevará el título de *Los Iconoclastas*.

El día 22 de noviembre se representará en la *Comedia francesa* el drama de Victor Hugo *El rey se divierte*. El día 22 de noviembre cumplen precisamente cincuenta años que esta obra fué prohibida, después de su primera representación, y desde entonces no ha vuelto á ponerse.

De modo que se ha decidido que en el cartel no figure la palabra *reprise*, sino *segunda representación*. ¡Un intermedio de cincuenta años! Lo más raro es que su autor, octogenario poeta, espera poder asistir aún á este desquite!

Este hecho recuerda el famoso *decíamos ayer* de nuestro Fray Luis de Leon.

Mucho se habla en París de un niño prodigioso, llamado Galeotti, que apenas tiene ocho años, se sienta al piano

pide un tema cualquiera, cuatro notas, una sencilla melodía, y con ella improvisa durante media hora, con una fecundidad y una gallardía extraordinarias. Si es como dicen algunos periódicos, el extraordinario Mozart, si no por el mérito por la precocidad, ha encontrado un sucesor en nuestros días.

Una dama joven representa pésimamente los dos primeros actos de una comedia nueva.

—¿Qué tal te he parecido? pregunta á un amigo al salir del teatro.

—Hija mía, con franqueza, en los dos actos primeros temí que te silbaran. Por fortuna en el acto tercero te has rehabilitado.

—¿Qué estás diciendo, si no he salido!....

—Pues por eso.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

CONFESION AL AIRE LIBRE, por Casanova

Hermosa es la penitente y nada tiene de extraño que el padre confesor abra el ojo... ¡Y tanto como lo abre!... En el comienzo del presente siglo eran muy comunes esos grupos de manolas y reverendos; el fraile era á la manolera lo que el abate á las lechuguinas, y por poco que el depositario de los secretos de los barrios bajos tuviera la manga ancha en asuntos de amores y cuchilladas, no había canónigo de metropolitana iglesia mejor asustido de primicias *in utero*. Encuentros como el de nuestro dibujo se repetían en sitios públicos y también en lugares solitarios, y en ellos, si la interesada descargaba su conciencia, no creemos ganara gran cosa en reputación. En nuestros tiempos, tan saturados de materialismo y sensualismo, como dicen sus enemigos, las niñas casaderas confiesan en la iglesia y tienen por confidentes á sus queridas madres.

El dibujo de Casanova es delicioso, y en él la ingenua beldad de la joven forma excelente contraste con la picaresca fealdad del mendicante.

TRAPELOS JUDIOS, por Ernestina Friedrichsen

El oficio de trapero no es, ciertamente, ni de los más productivos ni de los más considerados. Agréguese á esto que lo ejerzan judíos, es decir, miembros de la raza maldita, y se explica la repulsión que inspiraron algún día los honrados *comerciantes* en desechos y cosas inaprovechables. Recordamos perfectamente que el coco de nuestra niñez fué siempre el trapero. Aquel saco misterioso, lleno, á nuestro parecer, de criaturas robadas ó vendidas por sus padres, era la constante obsesión de nuestro pensamiento, el gran freno de nuestras travesuras infantiles. La idea de que pudiera venir el trapero por nosotros era la pesadilla de nuestros sueños, el fantasma de nuestras vigiliass. ¿Por qué colgarle al trapero ese terrible sambenito, haciendo de él un sér excepcional entre otros seres ni más ni menos repulsivos, ó sea ni más ni menos pobres? Quizás porque también entre los pueblos del Mediodía, como hoy en los del Norte, el trapero y el judío se confundían en una misma persona. Y sin embargo, si todas las traperas fueran como la de nuestro cuadro, á fe á fe que inspirarían un sentimiento muy distinto del de la repulsión.

EN LA BIBLIOTECA, por Kiesel

Este cuadro tiene una atracción singular, debida sin duda á lo simpático del asunto y más aún de la protagonista. Rico en detalles, cualquiera envidia esa Biblioteca que contiene tan preciosas obras y es visitada por tan preciosas niñas.

LA MUSICA DEL PORVENIR, por Pedro Costa

Los italianos son terribles cuando se trata de música *sábía*; casi tanto como los alemanes cuando oyen *musiquilla*.

El grupo que reproducimos es una verdadera caricatura alegórica. Del piano brotan notas estupendas que el escultor compara con los disparos de revolver y aún de cañón, y del conjunto de monstruosidades que se escapan del instrumento, brota una musa herida mortalmente en el tímpano. Es la musa de la melodía que se lanza al espacio para referir á las sombras de Bellini y de Donizetti el trato que dan á sus obras los compositores de un *porvenir*, que es posible no llegue nunca. Los amantes de la música propiamente dicha, no perderán gran cosa con ello.

CENTRO DE MESA

construido por la casa Megen y C.^a de Berlín

Con motivo de la Exposición de Melbourne, á cuyo realce quiso contribuir el emperador de Alemania costeando uno de los premios que debían otorgarse, construyóse en los talleres de Megen y C.^a de Berlín, un juego para decoración de mesa, formado de siete piezas, entre las que ocupaba el primer lugar la destinada al centro, y que reproducimos en la página 160.

En esta obra de forma severa y elegante halláanse armonizadas la riqueza y la sencillez, pudiendo asegurarse que honra á sus autores y es en un todo digna del objeto á que fué destinada.

El augusto donador había dispuesto fuera concedida á un expositor de la misma Australia, elegido de entre los

36 candidatos propuestos por las secciones que en número igual componían el Jurado; y lo obtuvo con general aplauso la razón Castella y Rowau por los vinos presentados.

LA NIÑA DORMIDA, por Preindisberger

¡Qué sueño tan sosegado!... ¡Qué actitud tan espontánea!

Vámonos de puntillas; no sea que despierte...

LOS CUADROS DE KAULBACH

La pintura, como la música, tiene en las bellas artes manifestaciones grandiosas, hasta tal punto que haya verdaderos poemas musicales y verdaderos poemas pictóricos. Con el simple auxilio del pentágono, se nos ha querido dar una idea de las dos epopeyas más grandes que se conocen: la *Creación del mundo* y las *Siete palabras* del Señor en la Cruz. A su vez el pintor Kaulbach, el genio de mayor aliento de nuestro siglo, ha sacado de sus carbonos y de su paleta seis verdaderos poemas, que abarcan todo un mundo de historia, de filosofía y de inspiración. A la aparición de esas seis obras, de esos seis trabajos portentosos de concepción y de ejecución, los profesores y los profanos de la pintura se sintieron sobrecogidos de admiración, porque el gran pintor alemán reunió en ellos a la corrección de dibujo de Rafael, la fuerza genial, hasta ahora por nadie igualada, de Miguel Ángel.

Para comprender la potencia pictórica de Kaulbach, basta y sobra conocer los asuntos que se propuso trasladar al lienzo, y ciertamente que si se necesitaba tanta confianza en sí mismo para concebirlos, es inútil ponderar hasta qué punto debían venir en su ayuda sus facultades artísticas para ejecutarlos. He aquí los asuntos:

- La Torre de Babel.
- Homero y los griegos.
- Destrucción de Jerusalén por los romanos.
- Invasión de los Hunos.
- Los Cruzados ante Jerusalén.
- La Reforma.

Apénas conocido este portentoso trabajo del esforzado pintor, el grabado en acero reprodujo magistralmente sus cuadros; pero el precio de las seis láminas, por más que estuviese en buena relación con su mérito, no las hacía asequibles a todos los amantes de las preciosidades artísticas. Los editores de la ILUSTRACION ARTISTICA han salido al encuentro de esta dificultad, haciendo grabar por su cuenta y con destino especial a esta publicación, las seis láminas que tan general interés despertaron. Hoy repartimos una de esas láminas, y por ella podrán juzgar los inteligentes, del mérito de nuestro obsequio. A *La Reforma*, título de la lámina que hoy repartimos, seguirán sin interrupción las cinco restantes; abrigando la seguridad de que nuestros numerosos favorecedores han de felicitarse de esta inapreciable adquisición.

La Reforma no necesita explicaciones: en grupos, perfectamente combinados, formando un conjunto grandioso y correcto, aparecen todos los reformistas de primera talla, contemporáneos y sucesores del célebre Lutero, que se encuentra en el fondo de la composición, dominando la escena. Para mayor comprensión de esta lámina, acompañamos por separado los perfiles de las cabezas de los personajes, con el nombre de cada uno de ellos.

Encargamos a nuestros suscritores conserven esmeradamente estas láminas, pues la colección de ellas constituye uno de los más estimables *albums* del arte moderno.

MARTIN MARTINEZ

Hace algunos años llegó a Bermeo un joven que alquiló el piso bajo de la histórica casa de Ercilla, y pocos días después colocó sobre una de las tres puertas ojivales de la fachada principal una muestra con estas palabras: MARTIN MARTINEZ, ENCUADERNADOR.

Nadie le conocía ni para nadie llevó recomendaciones; pero tal maña se dió en ganarse voluntades y poseía de tal manera el arte de meterse en los corazones, que todas las muchachas de la villa, desde la más hermosa hasta la de menos encantos, lo mismo las ricas que las que andaban á la cuarta pregunta, pidieron al santo de su mayor devoción, que hiciera el milagro de casarlas con el forastero, y todos los hombres se afanaban por cultivar la amistad de Martin Martinez. Algunos acudieron al recurso de comprar libros, que no pensaban leer, y llevárselos para que los encuadernase. Con este motivo, pronto se supo en toda la población que el taller de Martin valía unos cuantos miles de duros; que tenía las máquinas, útiles y efectos, más perfeccionados de su profesión; y que desde las operaciones preliminares del cosido hasta dejar las obras en estado de devolverlas á sus dueños, nuestro hombre cumplía con su obligación á maravilla. Llevar de primorosos nervios el lomo de un libro; fijar en sus tapas artísticos relieves; formar en el corte de las hojas mosaicos elegantes de oro, plata y vivos colores, cosas eran para Martin tan fáciles de hacer, que casi puede decirse que se las encontraba hechas. Voló su fama desde aquel puerto hasta Orduña y desde Ondárroa á Lanestosa: Vizcaya entera convi-

no en que sus encuadernaciones eran el colmo de lo bueno, lo bonito y lo barato, y ¡claro está! llegó día en que aunque hubiera tenido veinte manos no hubiera podido dar abasto al trabajo que le encomendaban. Ganaba duros que era una bendición, y las muchachas redoblaban, como es natural, sus esfuerzos para parecerle apetitosas, y menudeaban los rezos á sus santos predilectos, para que el forastero las sacase de penas. No sé si de buena fe, ó echando á volar la especie con objeto de que sirviera de reclamo, ya decían que se casaba con Cecilia; ya era Teodora la favorecida; ya Inocencia la que preparaba el ajuar á toda prisa. Martin, sin embargo, piropo va, piropo viene, las embelesaba á todas y no decía á ninguna cuatro palabritas al alma. Veíasele frecuentemente en la puerta de su establecimiento á la hora de la salida y del regreso de las lanchas pescadoras, y el anciano señor cura de Santa María de la Atalaya, iglesia que hoy no existe, contaba á sus feligreses que en varias visitas que había hecho á Martin mientras le arreglaba un Breviario, se había convencido de que si bien Dios le crió para encuadernador, él tenía más afición á hablar de redes, besugos y embarcaciones que de cartones, tafiletes y papel de cubiertas.

A la caída de una tarde del mes de junio salió el joven de Bermeo por la carretera de Guernica, y en media hora llegó á Mundaca, donde contrató con los patrones de dos lanchas todo el pescado que cogiesen durante la época del bonito. El mismo día había comprado una fábrica de escabeches que acababa de cerrarse por fallecimiento del que la explotaba, y el día siguiente tuvo una entrevista con un barrilero para ofrecerle trabajo en la fábrica que había comprado.

—Hacia veinte años que servía al difunto, dijo el barrilero, y ya me han buscado para otra casa; pero si V. me paga mejor, puede V. contar conmigo. Por cada quintal de bonito que corto me dan tres cuartos y medio: V. me dará cinco. Por cada barril, cabida de diez cuartillos de agua y vinagre, más cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro libras vizcainas de pescado, y la obligación de taponar y rotular, me pagan siete reales: V. me pagará ocho.

—Carillo me parece eso.

—Pues no lo es. Las duelas son de haya y los aros de avellano. Sólo de materiales se lleva cada barril muy cerca de una peseta, y en un día sólo hay tiempo para hacer cuatro barriles ó, á lo más, cinco.

—Sea lo que V. pide; V. se encarga de buscar las mujeres que hagan falta.

—Ya sabrá V. que aunque hace pocos años las que se dedican á cortar las cabezas y arrancar las aletas al bonito, daban, sobre su trabajo, dinero por estos despojos, de los que sacan grasa para faroles y candiles, desde que hay petróleo no sólo se llevan aletas y cabezas, sino que además exigen un cuartillo de real por quintal de bonito que manejan.

—Si es costumbre general....

—Lo es. A las mujeres que limpian el pescado, lo salan y colocan los trozos fritos en los barriles, se les da una peseta de jornal, y una copa de aguardiente y un pedazo de pan por las mañanas. Por cada hora extraordinaria...

—Suprima V. detalles por ahora: yo haré cuanto hagan los demás.

El contrato con los mundaqueses, la compra de la fábrica y lo ocurrido con el barrilero, fué del dominio público en seguida. Y también en seguida el párroco de Santa María de la Atalaya se presentó en el taller de Martin Martinez con otro Breviario que necesitaba una encuadernación nueva.

—¿No le parece á V., señor cura, dijo el encuadernador, que una fábrica de escabeches es una gran cosa?

—Hombre, contestó el cura, si la maneja quien la entienda tan bien como V. entiende su arte, no se necesita mucha suerte para hacer con ella un capitalito.

Martin pasó aquel verano dedicado casi exclusivamente á su fábrica; la entrada de libros no disminuía, y como no salía ninguno, pronto fueron muchos los que esperaban la hora de que se ocupase de ellos el encuadernador. Este, cada vez que tocaban la campana de la cofradía de mareantes bajaba escapado al puerto á ver las lanchas que habían entrado y la pesca que había de venta.

Y sucedía con frecuencia que, después del tercer toque, cuando el mayordomo decía, por ejemplo: —«Han entrado de cincuenta á sesenta quintales de bonito fresco. Se echa á la venta el que pueda venir hasta las doce de la noche: se pedirá á treinta y cuatro maravedís,» y el ventero, ó sea el pregonero, entonces las invariables frases de: —«Buenas tardes nos dé Dios. Cuenta errada, no valdrá. Quien dará treinta y cuatro maravedises por un quintal de bonito fresco, que buen provecho le haga. Está el precio en treinta y cuatro maravedises... en treinta

y tres maravedises... treinta y dos...» Martin, adelantándose á todos, pedía doscientos quintales de bonito, con lo cual quedaba terminada aquella parte del acto de la venta. Anunciaba el mayordomo veintitres arrobas de merluza á cuarenta y tres cuartos libra: cantaba el ventero, y Martin pedía cuarenta arrobas. Había un quintal de congrio, á treinta y seis cuartos libra: Martin pedía cinco quintales. Fácil es de comprender lo que el nuevo fabricante se proponía al contratar con la cofradía mayor cantidad de pescado que la que pudiera esperarse que entraría en el puerto: acaparándolo todo, los que necesitaran alguno, tenían que acudir á él y pagar lo que pidiera. Pero como según un dicho vulgar, contra botones hay ojaes, solía suceder que los demás fabricantes decían para su sayo «hoy no trabajo,» y que sólo le pedían unas cuantas arrobas de merluza aquellos que tenían compromiso de mandarla á Alzola, Deva, Urberuaga ú otro establecimiento de baños, quedándose Martin con una porción de banastas de merluza y con tanto bonito de los cofrades y de las dos lanchas de Mundaca, que no bastaban las veinticuatro horas de un día para escabecharlo. Y aquí de los apuros. Había que buscar á unas cuantas mujeres para que sin pérdida de tiempo llevaran, durante la noche, en burros, la merluza á Bilbao, y había que mandar los barriles de bonito á varios puntos en busca de compradores. Y la conducción de la merluza á Bilbao costaba doble que de ordinario, y los barriles había que malvenderlos más de una vez, porque los comisionados avisaban que comenzaba á picar el escabeche y no se presentaban licitadores. A fin de temporada Martin ajustó cuentas y resultó que la broma le había costado muy buenas pesetas: resultó también que había dejado de ganar algunos miles de reales de encuadernaciones; resultó además que muchos de los que le habían mandado libros le escribieron unas cartas que ardían en un candil; y resultó por último que cedió la fábrica al primero que quiso comprarla, en menos de la mitad de lo que valía.

Pasó todo el invierno sin salir apénas de su piso bajo de la histórica casa de Ercilla, y como por una parte el trabajo continuado cunde mucho, y por otra los envíos de libros al encuadernador eran cada vez menores, cuando llegó la primavera ya había devuelto Martin las obras que amontonó durante su período de escabechero. Los que se habían quejado del retraso con que sus volúmenes volvían á su poder, dieron el enojo al olvido, y hasta á las quejas contra la desidia del hombre habíanse sucedido las alabanzas que merecía tan notable artista. Y no sé si por exceso de buena estrella ó por aquello del don especial de ganar voluntades y meterse en los corazones que tenía Martin Martinez, es lo cierto que no sólo se habían convertido en alabanzas las quejas, sino que todo el mundo se dió á compadecer al pobre joven por las pérdidas que sufriera al comerciar en géneros de agua salada, de tal modo que en su taller comenzaron á llover de nuevo libros y más libros para encuadernarlos, y en las muchachas bermeanas más bonitas y más ricas se recrudeció con tanto ímpetu el afán de apoderarse de aquel corazón volandero, que la que no subió durante un novenario la áspera cuesta que conduce al barriecillo y templo de la Albóniga á pedir á la Virgen que hiciera el milagro que es de suponer, fué porque tuvo más fe en hacer una peregrinación de montaña en montaña hasta llegar al peñón de Gaztelugache, que dentro del mar ostenta como corona la ermita del Bautista, á la que se sube por una serie de rampas combinadas con la friolera de doscientos nueve escalones, rodeados de despeñaderos y rabioso oleaje. ¡Pobres señoritas, dignas por su hermosura, su juventud, sus virtudes y hasta su dinero, de que les diera el inmediato ascenso á señoras el más enamorado y tierno y sensible de todos los Macías pasados, presentes y futuros! Pero Martin ¡mal pecado! continuó piropo va, piropo viene, embelesándolas á todas y sin decir á ninguna cuatro palabritas al alma.

Cundió un día por la villa la noticia de que una casería colocada en el centro de muchas y buenas heredades en la hermosa vega que se extiende á la derecha de la carretera que por Munguía conduce á Bilbao, estaba á la venta con todas sus pertenencias. Era propiedad de un ricacho domiciliado en la corte, y no faltó quien le escribiese haciéndole proposiciones para la adquisición del inmueble: la respuesta, que no se hizo esperar, puso de manifiesto que Martin Martinez había llegado ántes y era ya dueño de las heredades y la casería. En seguida tuvo necesidad el anciano párroco de Santa María de la Atalaya de echar nueva encuadernación á un Breviario, y cuando entró con su libro en casa del artista, encontró á éste arreglando una maletilla de viaje y en traje de marcha.

—Aquí viene esta obra, dijo el párroco.



TRAPEROS JUDIOS, por Ernestina Friedrichsen



EN LA BIBLIOTECA, dibujo de Kiesel

—Y aquí se va este hombre, replicó Martin. ¿Quiere V. algo para París?

—¿A Francia va V.?

—Volveré dentro de una semana. Y dígame V., señor cura, ¿no le parece á V. que una huerta bien cultivada es una gran cosa?

—Hombre, si el hortelano es tan hortelano como V. encuadernador, bien puede hacer de una huerta la base de una fortuna.

Después de esta entrevista, que se prolongó hasta que terminó el arreglo de la maleta, el párroco contó á sus feligreses que en vez de hablar de redes, besugos y embarcaciones, Martin ya no hablaba más que de albaricoques, espárragos y berengenas. Volvió el viajero con dos franceses, padre é hijo, que se instalaron en la casería, y que desde el primer momento se dedicaron á cercar las heredas, con tapias en unos puntos y con setos vivos en otros. Reconstruyeron el suelo, preparándole para el cultivo intensivo; hicieron estufas calientes é invernáculos; cubrieron las tapias con espalderas, y ocuparon una buena parte de la casería con campanas de vidrio, de las llamadas de boton. La mitad de las heredas se destinaron á hortalizas: la otra mitad á árboles frutales. Gracias á la inteligencia y al trabajo asiduo de los franceses, Martin consiguió llevar al mercado alcachofas, cardos, coliflores, lechugas, patatas, tomates, pimientos, guisantes, en una palabra, todo género de hortalizas, las que se cultivaban en el país, y muchas de las que no se creían compatibles con aquel clima y aquel terreno, siendo lo más asombroso para la gente que los franceses consiguieron tener de todo un mes ántes que los demás hortelanos y seguir teniendo un mes después de haberse agostado las plantas en los demás huertos. A pesar de ello, nadie se convenció de que los frutos de la tierra no se anticipan ó retrasan sin grandes gastos, ó si se convencieron algunos, ninguno tuvo por conveniente pagar por las hortalizas de Martin doble ó triple de lo acostumbrado. Hubo, pues, necesidad de mandarlas á Bilbao, donde no faltaron fondas, buques y familias que las recibieran con regocijo, pagándolas á buen precio.

El encuadernador-horticultor tomó tan á pecho el darse aires de inteligente en su nueva profesión, que más de una vez enderezó á algunas personas, que le pronosticaban un barquinazo, la siguiente advertencia:—Ya cambiarán ustedes de modo de pensar cuando vean que mi finca produce en junio la pera moscatelilla, en julio la de flor, en agosto la de donguindo, en setiembre la de agua, en octubre la de azúcar verde, en noviembre la de manteca, en diciembre la de jardín, en enero la real de invierno, y en febrero, marzo y abril, la de Colmar y la de bergamota de Holanda. Ya me envidiarán ustedes cuando observen que desde junio, en que venderé la manzana blanca, hasta mayo, en que les ofreceré la azucarada de Eva, no pasará un día del año sin que alguno de mis manzanos tenga exquisita fruta que esté diciendo comedme. ¡Ya verán ustedes qué melocotones, qué ciruelas, qué cerezas, qué guindas y qué fresa mando yo al mercado!

Desgraciadamente los números, que no tienen entrañas, demostraron á Martin que en un año había gastado un dineral en su empresa agrícola, y que lejos de obtener los rendimientos correspondientes al capital invertido en la finca, los productos de la misma no alcanzaban á pagar los crecidos salarios que había tenido precisión de señalar á los franceses para conseguir que vinieran á España. Calculaba Martin que si al principio todo había sido gastar, en lo sucesivo todo sería recoger: había pasado el período de instalación con sus enormes dispendios y podía asegurarse que cada nuevo día las salidas serían como granos de arena de la playa de Báquio y los ingresos como peñascos del cabo de Machichaco. Pasó otro año y del balance resultó que aunque la finca producía muchos y buenos frutos, los peñascos del cabo de Machichaco continuaban representados por los gastos, y las arenas de la playa de Báquio por los ingresos. Martin vendió su magnífica posesión á los franceses, que la compraron por poco dinero pagado en muchos plazos, y dando la circunstancia de que la fábrica de escabeches, que antes había malvendido, estaba enriqueciendo al que se la compró, llegó á pensar, aunque no se lo dijo á nadie, que había hecho mal en meterse á hortelano y que había hecho peor en dejar de ser escabechero.

Coincidió con la venta de la casería y las huertas la presencia del párroco de Santa María de la Atalaya en el taller de Martin. Esta vez el venerable anciano no llevaba un Breviario: iba á preguntar si estaba ya encuadernado el que llevó hacia dos años.

—Dentro de una semana se lo mandaré á V., dijo Martin. Observó el sacerdote que en un rincón

del taller había varias pilas de libros en rústica, cubiertos de polvo; que las máquinas, las pieles, y todos los utensilios de encuadernar también estaban cubiertos de polvo; y que el encuadernador acababa de escribir una porción de cartas, en cuyos sobres iba pegando sellos de franqueo.

—¿Escribe V., dijo sonriéndose el cura, á los dueños de esos volúmenes ofreciéndoles, como á mí, cumplir con ellos dentro de una semana?

—No, señor: la mayor parte de esos caballeros me ha dirigido cada insolencia que canta el Credo, y como yo he de contestarles con otra insolencia que cante la Salve, no puedo escribirles sin que vayan por delante sus obras. Y diga V., señor cura, ¿sería negocio en Bermeo abrir un establecimiento surtido de géneros de comer y beber, capaces de despertar la gula al hombre de menos apetito?

—Hombre, aunque la gula es pecado mortal, también es pecado mentir, y yo mentaría si no contestase á V. que en mi opinión una buena tienda de esas que V. dice, manejándola quien la entienda como V. entiende las encuadernaciones, puede dar grandísimas ganancias.

Desde aquella visita el cura se creyó obligado á contar á sus feligreses que Martin Martínez había dejado de hablar de albaricoques, espárragos y berengenas para hacerlo sólo de otros comestibles más nutritivos. Pronto lució sobre otra de las tres puertas ojivales de la fachada principal de la casa de Ercilla un rótulo con letras grandes, que decía: LO MEJOR DEL MUNDO. Explicación ó secuela de esta leyenda presuntuosa y vaga, Martin repartió con profusión en toda Vizcaya un catálogo, según el cual lo mejor del mundo era:

Vino de Chipre á treinta reales botella; Jerez añejo á cuarenta y cuatro; Champagne á cuarenta y seis; Oporto á cincuenta; Madera á sesenta y cuatro; Burdeos á sesenta y seis; Borgoña á sesenta y ocho; Sauternes á ochenta y ocho, y Rhin á cinco duros. También, según el catálogo de Martin, forman parte de lo mejor del mundo las siguientes bebidas: el ajeno suizo á veinticinco reales litro; la aniseta de Burdeos á treinta, y la de Amsterdam á treinta y tres. La Chartreuse blanca á treinta y cuatro, la amarilla á treinta y ocho y la verde á cuarenta y siete. El marrasquino de Zara á treinta y dos y el curazao á treinta y cuatro. La ginebra, el ron, el coñac y la cerveza; la sopa de tortuga, de tapioca, de hierbas y de caldo inglés; las conservas en vinagre, de pickles, coliflor, pepinillos y alcázaras; las anchoas y aceitunas en aceite; las salsas y pastas de carnes y pescados; los faisanes, capones, jamones y lenguas trufadas; las terrinas de foie gras y de alondras; los salchichones de Cambridge, Lyon y Génova; los quesos de Parmesan, Brie, Chester y Roquefort; las galletas inglesas y los bombones franceses: todo cuanto se expende en esos establecimientos ómnibus que no venden nada que no cueste un sentido, y que no tienen nada, absolutamente nada, que sea un artículo de primera necesidad; todo esto había llevado Martin á Bermeo, anunciándolo pomposamente como lo mejor del mundo. ¡Error crasísimo! Aquellos géneros en aquel país donde con un pedazo de pan de maíz y un par de sardinas pasa cualquier mortal un día en el mar ó labrando la tierra; en aquella villa donde apenas se conocen de nombre, y eso por una docena de personas, ciertos refinamientos que siempre serán enemigos de las costumbres y los gustos sencillos de los pueblos, sólo podían servir para que el almacenista tragara saliva oyendo pullas é indirectas más ó menos desvergonzadas.

—¿Y esto es lo mejor del mundo? decía un mozaibete. Lo mejor del mundo son los ojos de mi novia.

—No cambio yo una torta de chicharrones y un trago de chacolito, por todas estas pinturerías y golosinas, añadía un campesino.

—Engaña muchachos y saca dineros, vociferaba al paso una mujer del puerto que llevaba un mamon en los brazos y una banasta de pescado en la cabeza.

Tuvieron suerte un día los pescadores: tanta suerte que los más ancianos no recordaban marea de más provecho. Las ventas de la cofradía importaron muchos miles de duros, y, para celebrarlo, compraron en el almacén de Martin algunas docenas de botellas de Burdeos y Champagne.—Ya van entrando por el aro, decía el dueño de LO MEJOR DEL MUNDO. Pero, cuando esto decía, lo que iba entrando por las puertas de su establecimiento era un grupo de pescadores, completamente embriagados, alborotando y amenazando con no dejar hueso sano al pícaro forastero si no les devolvía lo que, según ellos, les había robado por unas botellas de vinagre flojo y de agua gaseosa tan floja como el vinagre. —¡Eche V. margaritas á puercos! gritaba Martin.

¡Vinagre y agua el Burdeos y el Champagne, legítimos, de las marcas más acreditadas!

Otro día se presentó el mayoral del coche correo con encargo de recoger, estuvieran como estuvieran, varios libros de gente de Zornoza. Otro día fué á Bermeo un vecino de Lequeitio sin más objeto que reclamar á Martin varios volúmenes que le había enviado hacia más de un año, ponerle como chupa de dómine y obsequiarle con una bofetada. Consiguieron las tres cosas y consiguió también que el encuadernador, á su vez, le obsequiase á él con un garrotazo que le abrió la cabeza.

La situación se hacía cada momento más insostenible: si de tarde en tarde tenía Martin alguna alegría, esta era menudita, menudita como las arenas de la playa de Báquio; en cambio salía lo menos á disgusto por día, y el disgusto más insignificante era gordo, gordo como los peñascos del cabo de Machichaco. Después de infinitas inútiles tentativas para conseguir traspasar el almacén, un bilbaíno se prestó á tratar del asunto, previo detenido exámen de todas las facturas para convencerse de que los géneros no estaban en comisión en poder del que los vendía. El almacén cambió de dueño, comenzando el bilbaíno por rebajar el setenta y cinco por ciento de los precios de fábrica y acabando por descontar del importe del veinticinco por ciento restante los gastos de embalaje y traslación á la capital de Vizcaya. A todo esto, los franceses sacaban un río de oro de las frutas y hortalizas. Martin no lo ignoraba y llegó á pensar que había hecho mal en meterse á almacenista y que había hecho peor en dejar de ser hortelano. Pensó también que ya ni como encuadernador podía continuar en aquel punto, y quitando el polvo á los utensilios de su verdadera profesión, dedicó unos días á arreglar el último Breviario que le llevara el párroco de Santa María de la Atalaya, esmerándose tanto en este trabajo, que difícilmente podrá salir de distintas manos otro tan primoroso como ejecución y tan peregrino como arte.

Acababa de sonar el toque de ánimas una noche oscura, lluviosa y huracanada: el silbido del viento que bajaba de las montañas y el rugido de las olas que se elevaban hasta meterse en la población, se confundían con el monótono ruido de las canales convertidas en arroyos, produciendo todo junto un alarido extraño y salvaje. Las calles estaban desiertas.

Martin, que había tomado un asiento en el ómnibus que salía á las tres de la madrugada, fué á despedirse del cura de Santa María y á entregarle el Breviario.

—¿Ha pasado ya la semana convenida? dijo sonriendo el anciano, al par que desenvolvía los papeles en que le presentaban su libro. Cuando vió la encuadernación, estuvo largo rato contemplándola, sin acertar á pintar su asombro más que con esta palabra:—¡Divino! ¡divino!—¡Valiente noche, exclamó al fin, ha elegido V. para hacerme la primera visita!

—La primera y la última, contestó Martin. Antes de que amanezca habré salido de Bermeo para siempre. Yo creí, como V., que una fábrica de escabeches, una huerta ó una tienda, producirían buenas ganancias...

—Alto ahí, dijo el cura. Yo creía, y sigo creyendo, que un excelente fabricante, un excelente hortelano y un excelente tendero, pueden, como un excelente encuadernador, vivir y ahorrar algún dinerillo con sus respectivos oficios. ¿Qué le ha sucedido al que le compró á V. la fábrica? ¿Qué tal les va á los franceses con los árboles y hortalizas? ¿Qué va á ganar en Bilbao el que se ha llevado el almacén? V. ha cometido el error de emplear su tiempo y su dinero en edificar sin cimientos... ¿qué culpa tiene en ello este pobre viejo?

—Ninguna. No vea V. en mis palabras una queja. No lo son. Sólo quería decir á V. que vine á Bermeo con el propósito de pasar aquí el resto de mi vida y que, después de haberme arruinado, tengo precisión de irme hoy voluntariamente para evitar que mañana me eche la necesidad.

—Si V. supiera todo lo que yo le estimo, añadió el párroco, comprendería la pena con que estoy oyéndole. Pero seamos justos, y convengamos en que aquí no ha tenido V. más enemigo que á usted mismo. Comenzó ganando cuanto quería: ¿Por qué abandonó V. su taller? Ha tenido V. á su devoción á todas las jóvenes de la villa: ¿Por qué no se ha casado V. con la que le pareciese mejor? Cualquiera de ellas merece por sus virtudes y sus atractivos el cariño de un hombre. Ya ve V. cómo en Bermeo ha tenido á la felicidad llamando á sus puertas: su trabajo inteligente y honrado bastaba para satisfacer necesidades materiales; la familia que ha podido formar hubiera bastado para satisfacer las necesidades del alma.

El joven dió un suspiro y exclamó:—A lo hecho, pecho. Al fin, natural es que salga con las manos en la cabeza el que deja lo cierto por lo dudoso.

La visita fué larga. Martin quedó convencido de que el párroco de Santa María de la Atalaya tenía un corazón de oro, y el párroco quedó lamentando que se ausentara de Bermeo un hombre de tanto mérito como Martin.

Las últimas palabras que cambiaron fueron las siguientes:

—Con que, señor cura, venga un abrazo y cuando oiga V. que citan á Martin Martinez como ejemplo de los que no prosperan por meterse en lo que no entienden, defienda V. á un amigo ausente.

—Tome V. mis brazos y con ellos mi bendición. Y vaya V. persuadido de que sus buenas cualidades, que son exclusivamente suyas, se recordarán aquí todos los días, y de que su gran pecado se olvidará pronto, porque, por desgracia, son tantos los que le cometen, que, bajo este punto de vista, la mitad de los españoles debía llamarse Martin Martinez.

PEDRO MARÍA BARRERA.

Madrid: 18 diciembre 1881.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Acaba de constituirse una Compañía en el Canadá para abrir un túnel por debajo del río San Lorenzo, que es el mayor de la América inglesa. Nadie ignora que al salir el San Lorenzo del lago Ontario forma lo que se llama el lago de las Mil Islas y que se ensancha en seguida para dar origen al lago San Francisco. Su travesía en ciertos puntos es muy difícil á causa de sus raudales y cascadas. Para hacer su navegación menos peligrosa se han construido canales y esclusas gigantescas.

Trátase pues de perforar el túnel subfluvial cerca de Montreal para que pase por él una vía férrea. Edificada esta ciudad más abajo de los primeros raudales del San Lorenzo, en la confluencia del Champlain y del Ottawa, se halla situada en la costa meridional de la isla de su nombre. El túnel que se ha de construir de una á otra orilla tendrá más de 3 kilómetros de longitud, costará unos 18 millones de francos y no quedará terminado hasta 1885.

El *New-York-Herald* ha recibido un telegrama de San Petersburgo fechado el 8 de abril, anunciando que algunos balleneros han visto en la isla Herald una embarcación con cadáveres y efectos que llevaban inscrito el nombre de la *Jeannette*.

Otro despacho fechado en Irkutsk el 18 de abril, da la noticia siguiente:

«El 6 de abril he encontrado cerca de Aldan á un ruso llamado Asprawnik y á un correo portador de un despacho anunciando la pérdida del buque *Rodgers*, enviado en busca de la *Jeannette*. El *Rodgers* ha sido destruido por un incendio y se ha ido á fondo. La tripulación, los oficiales y el capitán Bery, 36 hombres en total, se encuentran en Tepkin, y aguardan socorros.»

EL IMPERIO BRITÁNICO.—La Gran Bretaña, con sus dependencias y posesiones, tiene una extensión de 8,922,177 millas cuadradas con una población de 303,200,000 almas.—Las rentas públicas ascienden á 183,750,000 libras esterlinas y la deuda á 1,050,900,000.—El valor reunido de las importaciones y exportaciones llega á 1,204,815,000 libras esterlinas.

M. de Lesseps y M. Roudaire, han tenido hace poco una larga conferencia con el presidente del Consejo de ministros de Francia acerca de la creación del mar interior de Argelia. El gobierno parece dispuesto á adoptar el proyecto del comandante Roudaire, y muy en breve se constituirá una comisión de 45 individuos encargada de examinar tan gigantesco plan, que de llegar á feliz término, será otro de los asombrosos trabajos que nuestro siglo ha de legar á la admiración de la posteridad.

La ciudad principal de California, San Francisco, es una población curiosa bajo el punto de vista del origen de sus habitantes. Tiene 234,000, y de ellos 40,000 son alemanes, 17,500 austriacos y húngaros, 10,000 italianos, 3,500 franceses, 3,000 rusos, 2,000 españoles y portugueses, 500 escandinavos, más de 21,000 chinos, 500 japoneses, 2,000 negros, etc.—En suma, la población extranjera excede en 20,000 almas á la americana.



LA MUSICA DEL PORVENIR, grupo en yeso por Pedro Costa

NOTICIAS VARIAS

LA CORREA MAS GRANDE DEL MUNDO.—Ciertas industrias requieren que se transmita el movimiento del motor á las diferentes máquinas por medio de una sola correa, que en este caso suele ser de grandes proporciones. La mayor conocida hasta el día es sin disputa la que han construido MM. Sampson y C.^a de Manchester, para la Sociedad anónima de Loth (Bélgica). Su anchura llega á 1^m,88 y su longitud á 46^m,80; pesa 1270 kilogramos, y debe transmitir una fuerza de 600 caballos: la polea del motor tiene 8^m,54 y la de la trasmisión 2^m,60. Dicha correa está formada de tiras de una sola pieza cortadas en espiral en la parte mejor de la piel entera y cuya anchura media es de 6 centímetros; es de dos gruesos, unida con hebillas y no cosida: en uno de los gruesos tiene treinta y dos anchos y treinta y tres en el otro.

Son por demás curiosos los siguientes datos relativos á la longevidad. Se supone que la vida del hombre, por regla general, debería llegar á 200 años si se compara nuestra organización con la de los mamíferos, desde el elefante hasta al ratón; y efectivamente, hay ejemplos auténticos y fehacientes de individuos que han llegado hasta 160 años, pero estos casos, y todos los que pasan de cien años son excepcionales, bien que con los progresos de la civilización se prolonga el tipo medio de la vida del hombre. La gente es hoy más nerviosa que ántes, pero envejece más pronto. En Francia moría ántes de 1775 una persona por cada 30, anualmente; ahora una por 39; ántes se calculaba que de 100 individuos, llegaban poco más de 21 á la edad de 50 años, y hoy alcanzan esta edad 32⁵ por ciento; ántes morían de 100 recién nacidos la mitad en el primer año, hoy solamente 38 en lugar de 50. A la edad de 70 años llegaban ántes 15 personas de cada ciento, hoy 24.

En los países habitados por salvajes, no aumenta, sino que más bien disminuye la población aunque pasen miles de años, si no tienen cerca de ellos países más civilizados donde sus habitantes puedan ejercer sus rapiñas.

Hace poco más de un año que fué cortado cerca de San Francisco en California el árbol más viejo la tierra á causa de su manifiesta decrepitud. El número de círculos anuales que este árbol presentaba en su corte le daba una existencia de 4,840 años. Era contemporáneo de las pirámides más antiguas del Egipto, y en el interior de su carcomido tronco podían reunirse cómodamente hasta unas trescientas personas.

Otro gigante vegetal, y además histórico, porque 400 años ántes de nuestra era le mencionó ya en sus escritos Pausanias, ha sido consumido en 15 de marzo del año pasado por el fuego que una banda de gitanos había encendido junto á su tronco y que en breve se apoderó de todo el árbol. Era un ciprés que por el gran número de viajeros y curiosos que atraía, formaba una gran parte de las ganancias de los habitantes de un villorrio llamado Mistra, cerca de la ciudad de Esparta, en Grecia. Tenía últimamente 52 metros de alto, 3,5 metros de diámetro en su base: el diámetro de la copa en su parte más ancha se había calculado en unos 25 metros. Su edad resultó ser aproximadamente de tres mil años.

Se han hecho algunos experimentos para conocer los efectos de la electricidad en el vino. Poniendo en comunicación los dos electrodos de una pila con el vino contenido en un barril, se ha visto que el líquido adquiría más pastosidad, y mejores condiciones, observándose esto más especialmente en los vinos duros y ásperos. Parece pues que la electricidad ejerce en estos vinos una acción parecida á la del caldeoamiento, es decir, que los modifica, que les da cierto sabor de añejos por la descomposición del bitartrato de potasa. En rigor, no es de extrañar este resultado, pues ya se sabe que se hace uso de la electricidad para rectificar los alcoholes de mal gusto.

CRONICA CIENTIFICA

LA EXPOSICION DE LA ELECTRICIDAD EN PARIS (IX Y ULTIMO)

Continuando la enumeración de las aplicaciones de la electricidad, y después de la luz eléctrica y del transporte de fuerza, es decir de aquellos inventos en que la corriente se transforma en luz y en energía mecánica, vienen por orden natural aquellos otros, en que la electricidad transporta á centenares de kilómetros pequeños movimientos, que combinados de cierto modo pueden ser símbolos materiales de las ideas, es decir, los telégrafos eléctricos; aquellos que llevan de un extremo á otro de un conductor metálico el sonido bajo forma de sucesión rítmica de corrientes, como son los teléfonos; los que pretenden apoderarse de sombras, luces, matices y contornos, y convertidos en éter circulante, hacerlos brotar por admirable combinación á cualquier distancia del punto de partida, como los telectroscopios que transportan las imágenes en perspectiva aérea, y los que convierten los efectos fotográficos en efectos eléctricos y reproducen las imágenes en un papel sensible, siempre á gran distancia del modelo. Y después de movilizarlo todo, la luz, la fuerza, el pensamiento, los sonidos, la palabra, las imágenes y la plancha fotográfica; y después de transportar en forma de sutilísima emanación etérea por un hilo metálico lo mismo la forma geométrica, que el grito de dolor, que el invisible contorno de la idea, cansado el genio moderno de alcanzar victorias sobre el espacio, de hacer que el hombre con su cuerpo, con sus sentidos, con su palabra y con su pensamiento esté presente, en cierto modo, en todas partes á un mismo tiempo, convertido en el pequeño Dios del pequeño mundo que ha bitamos; cansado, digo, este maravilloso espíritu de invención y de progreso de recorrer alambrados, de escalar montañas y de cruzar abismos, recógrese en sí y emprende nuevos trabajos, que con nuevos nombres han de enriquecer esta lista interminable de maravillas, único contenido del presente artículo.

Si la electricidad se transforma en luz en el arco voltaico y en la lámpara de incandescencia, y se transforma en fuerza en las máquinas de inducción inversas, se ha transformado también en calor en el crisol de Siemens. Una capacidad ó vaso refractario y en su interior un enorme arco voltaico, hé aquí lo bastante para fundir rápidamente algunos kilogramos de acero con menos gasto de combustible, á pesar de lo tortuoso del procedimiento, que si se hubiera aplicado á la fusión inmediata del metal. Así lo atestigua una experiencia realizada no há muchos meses en el palacio de la Exposición.

Y como en la naturaleza todo círculo se cierra, todo círculo se cierra asimismo en la ciencia. La disolución del zinc en las pilas era el origen, hasta cierto punto, de la corriente eléctrica; pues hé aquí que ocurre invertir los términos, unir los extremos, cerrar el ciclo de los fe-

nómenos, y aplicar la corriente eléctrica á la extracción del zinc.

Una gran categoría de minerales, que en este metal se halla contenida, es la de los sulfuros; pues éstos, y aún todos los demás, pueden convertirse en sulfatos fácilmente y disolverse en un depósito, y no es más difícil hacer que por la masa líquida pase una corriente eléctrica. Con esto basta para que el sulfato se descomponga y el metal puro se deposite en el polo negativo. [Singular procedimiento metalúrgico! Una caída de agua poniendo en movimiento una rueda hidráulica; una máquina magneto-eléctrica ó dinamo-eléctrica recogiendo su acción y transformándola en una corriente de éter; y silenciosa, y tranquila, y reposadamente, el zinc cayendo molécula por molécula se pone en el baño en que ántes, bajo forma de sulfato, se hallaba disuelto. Es el triunfo en verdad del agua sobre el fuego, de Neptuno sobre Pluton, dos sombras del viejo paganismo que vienen á luchar en las márgenes de un etéreo é invisible río por donde el rayo de Júpiter circula con eléctrico oleaje.

Y con esta novísima invención se enlaza otra ya más antigua, y á su lado viene á colocarse en nuestra lista todo el sistema galvanoplástico; pero de él tanto se ha dicho, que es inútil pronunciar á este propósito unas cuantas frases, únicas que podríamos consagrar en esta enumeración al invento que nos ocupa.

La electricidad como luz no se contenta con arder en plazas, calles, teatros y fábricas, fundiendo en claridad las tinieblas; con lanzar desde elevado faro una columna trasparente sobre las encrespadas olas, como si un sér gigantesco y fantástico alargase desde la costa su enorme y trasparente brazo al angustiado navegante para sacarlo del abismo; quiere sustituirse al mismo sol en sus efectos químicos, y suprimir la noche para la vida vegetal; así se veía en la gran nave de la Exposición un gabinete consagrado á estudiar la influencia de la luz eléctrica en el desarrollo de las plantas, atrevida aplicación cuyos resultados no tenemos ni tiempo, ni espacio para reseñar.

La inmensa rapidez con que la electricidad se trasmite es cualidad preciosa, que hace del fluido eléctrico el gran vigilante, y el avisador sin par. Y aquí se abre ante la ciencia eléctrica un campo inmenso de aplicaciones, de cada una de las que sólo un nombre podemos pronunciar, porque al principio nos comprometimos á terminar en este artículo, y apremia el tiempo y el espacio nos falta.

Vigila y avisa la corriente eléctrica en las vías férreas evitando ó procurando evitar accidentes ó catástrofes por varios sistemas más ó menos ingeniosos: vigila y avisa la repentina inundación por sencillísimo mecanismo: da la voz de alarma cuando el incendio nace: anuncia la tem-

pestad que llega: y desde el modesto timbre de una casa particular, hasta el timbre inter-oceánico que se anticipa al ciclón, recorre toda la escala de las precauciones y de las vigilancias. Así vemos á la corriente fijar los instantes en que el proyectil pasa por los distintos puntos de cualquier monstruoso cañón, y fijar los instantes en que la sensación pasa por los varios puntos de un nervio, ó en que la voluntad llega á las varias secciones de un músculo; midiendo por maravillosa invención la velocidad de la muerte en la monstruosa máquina de guerra y la velocidad de la vida y de la libertad en la maravillosa máquina del sér humano.

Es la electricidad vigilante y centinela de peligros, pero es también observador atento en el meteorógrafo de Theorell inscribiendo las indicaciones del barómetro, del termómetro, del anemómetro y de cuantos aparatos contenga un buen observatorio. Es explorador quirúrgico, y como tal, fijó no há mucho la posición exacta de la bala que dió muerte al Presidente de los Estados-Unidos, por medio de la maravillosa balanza de inducción de Hughes. Es pianista prodigioso, sin mas alardes artísticos que los modestísimos de un *papel agujereado*, que no pueden ser muchos, por mucho que se posea *del papel que representa*; y de este modo la electricidad es armonía ya que fué luz, otra armonía visible. Es artista en sus ratos de ocio decimos; pero aprovechando la vaguedad de su sexo, de su especie y de su alcurnia, lo mismo borda como la buena hada de la leyenda, que funde metales como buen camarada de Pluton, que saca polluelos á la vida, como la gallinácea mas tranquila, que arrastra tranvías á manera de caballo aéreo, que empuja globos, que tira del arado, que pone en movimiento todas las máquinas agrícolas é industriales, que arregla relojes, que aplica sus micrófonos á las palpitaciones de la tierra, que hace transparentes las vivas y palpitantes entrañas de los peces: y de esta suerte á todas partes llega, y en todo está, y todo lo emprende, desde lo más humilde á lo más grandioso, que como puede ser elemento comun de todan las fuerzas y de todas las actividades, por la forma eléctrica pueden pasar todas ellas para transformarse unas en otras: encrucijada portentosa á donde vienen á concurrir todas las sendas y todas las grandes vías de la energía universal.

Y hé ahí una nueva lista para nuestra enumeración, que no por eso, ni con ella, queda completa; pues á cada instante nos asalta el recuerdo de nuevas omisiones y olvidos.

Preciso es, por tanto, si hemos de cumplir nuestra palabra, que acabemos aquí, ya que en alguna parte hemos de dar fin á nuestra tarea.

Terminemos de una vez, estos artículos sobre la Exposición de la electricidad, pero terminémoslos con el remordimiento de no haber dicho ni una pequeñísima parte de lo que debíamos decir, ni tal vez lo más importante del gran espectáculo que pretendíamos reseñar; y como consecuencia de este remordimiento, con el propósito de volver de cuando en cuando á tratar de aplicaciones eléctricas, que por ahí va la invención de preferencia, por ahí camina el sabio, y hasta la moda, en medio de sus veleidades, coloca su caprichoso trono iluminado con novísimas lámparas eléctricas.

JOSÉ ECHEGARAY

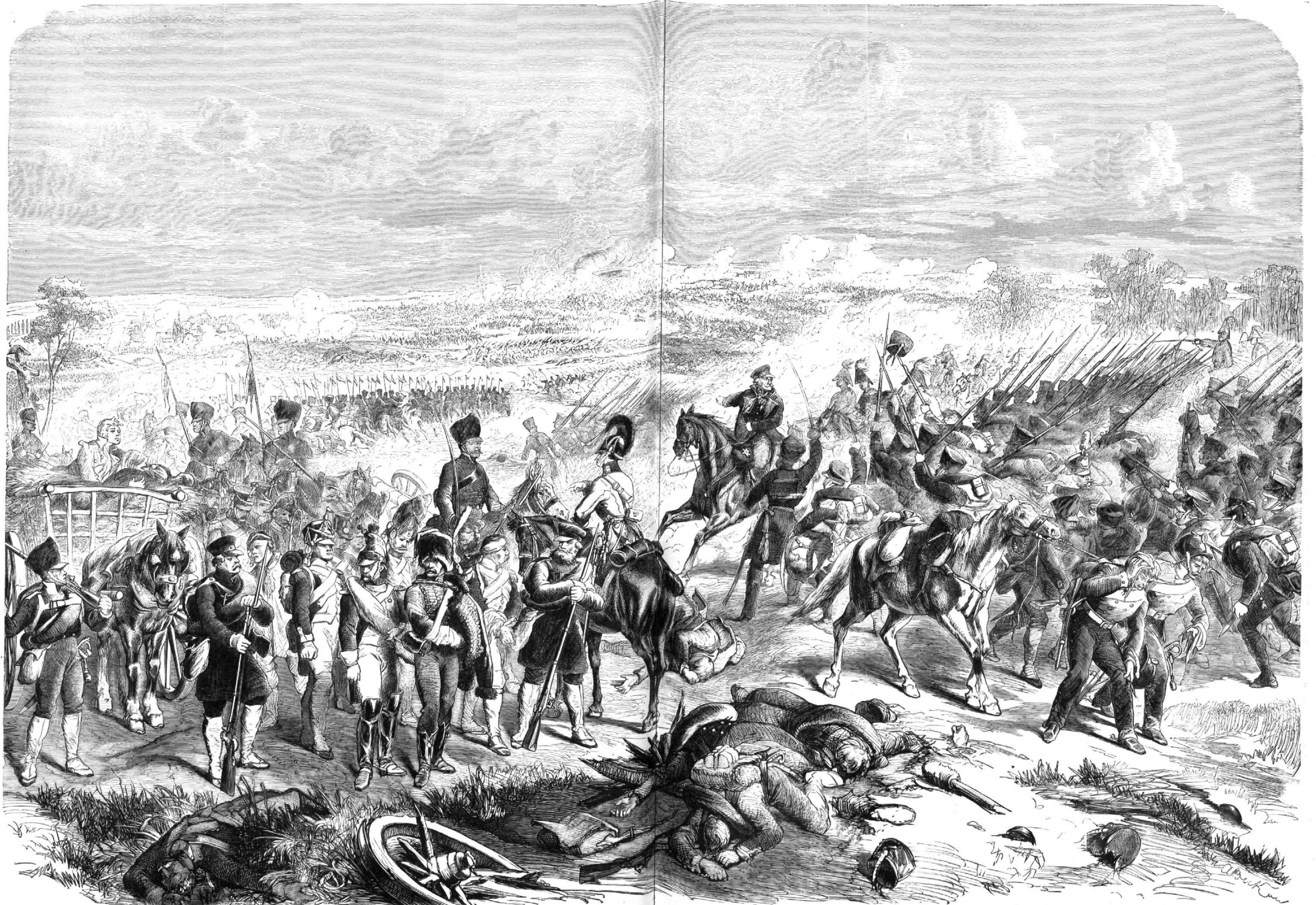


CENTRO DE MESA CONSTRUIDO POR LA CASA MEGEN y C.^a DE BERLIN



LA NIÑA DORMIDA, por Preindisberger

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



BATALLA DE WATERLOO



AÑO I

→ BARCELONA 21 DE MAYO DE 1882 ←

NÚM. 21



LAS CIGARRAS por G. Costa

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA (continuación), por don Francisco Giner de los Rios.—EL DESERTOR, anécdota, por don Cecilio Navarro.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—LAS CIGARRAS, por G. Costa.—GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza.—REGRESO DE LA IGLESIA, por J. Raffel.—EL GUANTE DE SCHILLER, por Meyerheim.—LA COSTURA, por Bregenzer.—LÁMINA SUELTA.—LA DESTRUCCION DE JERUSALEN, dibujo de C. Kaulbach.

LA SEMANA EN EL CARTEL

El estreno de *Lohengrin* en el Teatro Principal de Barcelona ha sido un verdadero acontecimiento: Wagner ha triunfado en toda la línea. Aquella música original, vigorosa, llena de contrastes, exuberante de matices, fecundo manantial de inspiraciones, ha sido interpretada magistralmente por la Vitali y la Pasqua, por Barbaccini y Roudil, y la orquesta dominada por Goula ha hecho prodigios. Con mejores coros y un aparato escénico más decente, la ejecución de esta obra formaría época en nuestros fastos musicales. Aun así hubo momentos de delirante entusiasmo en que los aplausos ahogaban la voz de los cantantes y los robustos acentos de la orquesta.

En los teatros madrileños solo se han estrenado dos obras: el juguete cómico del Sr. Perrin y Vico *Mundo, demonio y demás*, celebrado por sus chistes y versificación fácil; y la ópera *Tirios y Troyanos* de Ricardo de la Vega, escrita expresamente para el Sr. Arderius, con ripios musicales de varios autores célebres y gran abundancia de alusiones políticas no todas del mejor gusto.

Stagno ha cantado con éxito colosal el *Rigoletto* en el teatro *Constanzi* de Roma.—La *Sociedad orquestal* de Milan continúa dando aplaudidos conciertos en la *Scala*. En uno de ellos ha gustado mucho la *Guardia notturna* de Hiller.—En el teatro *Dal Verme* debía trabajar la Donadio, pero tuvo que ausentarse por sentirse enferma. El empresario se ha desquitado mandando añadir un pasaje al baile *La Sirena*, con el objeto de exhibir a Miss Aenea, la célebre *mosca de oro*.

En el *Fossati* de Milan se ha estrenado una risueña comedia de Camerón titulada *Las metamorfosis de Bertoldo*.

Finalmente ha obtenido un éxito brillante en el *Balbo* de Turin un nuevo baile de Smeraldi, que lleva el título de *Emma Florens*.

Juan Strauss reina en la ciudad de Berlin con su ópera *La guerra divertida*. Pero el verdadero acontecimiento teatral de aquella ciudad es la aparición de la Tagliani, una de las mujeres más hermosas que jamás han pisado la escena. Esta soberbia cantante se vió obligada a ausentarse de la capital de Austria, a consecuencia de las relaciones que se le suponían con cierto personaje de la dinastía imperial.

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Flotow, el inspirado autor de *Marta*, ha asistido personalmente al 77º aniversario de su nacimiento que se ha celebrado con gran pompa y no menos entusiasmo en uno de los teatros líricos de Viena.

El Teatro de la Ciudad de la misma capital inaugurará la próxima temporada de Octubre poniendo en escena una trilogía del *Faust*, debida al compositor Wilbrandt. Va cundiendo la moda de Wagner: la trilogía se representará en tres noches consecutivas, comprendiendo la primera el prólogo hasta la metamorfosis de Faust; la segunda el drama de Margarita hasta la muerte de ésta, y la última, toda la segunda parte del poema.

La presencia de Liszt en Bélgica ha dado lugar a grandes manifestaciones artísticas. Mencionemos siquiera la ejecución de la *Leyenda de Santa Isabel*, en la cual, a través de algunos recitados asaz monótonos, sobresalen hermosos pasajes exuberantes de originalidad y colorido. Liszt ha sido brillantemente festejado. Notables maestros de Francia y otros puntos acudieron a Bruselas ansiosos de estrechar su mano: entre ellos figura Saint Saens, quien en honor del ilustre Liszt, ejecutó en el órgano del Conservatorio la leyenda de éste *San Francisco predicando a los pájaros*, con tanta maestría, que el célebre maestro hubo de decir: «Saint Saens, como organista, no es el número primero, sino el número único.»

¿Qué efecto ha producido en Londres la hermosa ópera de Wagner *Der Ring der Nibelungen*? De entre la prensa diaria, sólo el *Times* muéstrase entusiasta de la obra; el *Daily News* reserva su juicio, y en cuanto al *Standart* y al *Daily Telegraph* censuran acerbamente el libreto y la música. Asistió al teatro una concurrencia brillante; pero a muchos el género wagneriano correspondiente a la última época del maestro no les entró. Todos los periódicos convienen en lo mismo: fué excelente la interpretación vocal; pero la orquesta adolecía de un desequilibrio muy desagradable entre la cuerda y el metal, y el aparato escénico no era digno ni siquiera de un teatro de tercer orden.

La temporada de *Covent Garden* va de triunfo en triunfo: la Sembrich y Frapoli en *Dinorah*, y la Stahl, la Fursch Madié y Pandolfini en *Aida* merecieron entusiastas ovaciones. Sin embargo, los *dilettanti* piden un tener digno de tan aventajados artistas, pues Mierswinski,

cuyas facultades son limitadas, es lo mejor que hay en su clase. El empresario que regateó la asignación a nuestro incomparable Gyarre, con todo y ofrecerle ahora lo que antes le negaba, no ha podido tentar al rey de los tenores, que a todas las súplicas de Mr. Gye ha interpuesto el veto de su dignidad.

No podemos salir de Inglaterra sin mencionar dos éxitos que corresponden a la interesante comedia *Times will tell* (El tiempo lo dirá), de Herbert Gardener, y a la ópera cómica *A simple Sweep*, de música ligera y divertido argumento. Esta fué estrenada en el Teatro de la Princesa, y aquella en *Bridgewater House*.

Sarah Bernhardt debe reaparecer en París el día 24 del corriente atraída por un acto benéfico. La eminente actriz se ha comprometido a dar una representación de *La Dama de las Camelias* en el Teatro de la Gaité a beneficio de la viuda del pintor Cheret. Las localidades de preferencia se han puesto a pública subasta cotizándose a precios fabulosos.

Dos reproducciones que han alcanzado el mismo éxito que si se tratase de obras nuevas: *Las bodas de Figaro*, de Mozart, en la Ópera cómica, y *Madame Caverlet*, de Emilio Augier, en el *Gimnasio*. Augier es uno de los primeros dramaturgos franceses: no tiene ni la trascendencia de Dumas, ni la travesura de Sardou; pero supera a ambos por el vigor y el relieve de sus escenas, y sobre todo de sus diálogos.

Como obras nuevas merecen citarse la pieza en un acto *Servicio en campaña*, de Felipe de Massa, agradable anécdota militar, estrenada en la Comedia francesa; y *La oveja descarriada*, divertida comedia puesta por primera vez en el Palais Royal, cuyos autores Grangé y Bernard, más que a la verdad y a la verosimilitud, atienden al afán de excitar la risa de un público acostumbrado de antiguo a aplaudir las mayores extravagancias, a trueque de que sean divertidas.

Siempre es satisfactorio consignar los triunfos de un compatriota; pero la satisfacción sube de punto cuando el que los merece, sobre ser joven, se ha granjeado ya una reputación envidiable. En este caso se encuentra el joven barcelonés M. Calado que en la Sala Pleyel ha dado nuevas muestras de su talento y de sus portentosas facultades, ante un público selectísimo. Todo el mundo reconoce en el joven pianista un mecanismo sorprendente y aquel fuego que anima al concertista y entusiasmo al auditorio y que suele ser patrimonio exclusivo de la gente meridional.

El Consejo federal Suizo ha prohibido la representación del drama de Luisa Michel, en todo el territorio helvético.

Nadine hasta ahora ha producido un duelo que ofrece cierto sabor teatral. El director de los *Bufos del Norte*, M. Lisbonne, increpó algo duramente a un joven que se había permitido silbar la obra de la célebre agitadora. Hubo cambio de tarjetas y en un instante se arreglaron los preliminares de costumbre.

El duelo era a pistola. Los adversarios se hallaban colocados frente a frente, y tocándole disparar primero al adversario de M. Lisbonne, no salió el tiro. Entonces M. Lisbonne se adelantó a ofrecerle el arma que tenía, y volviéndose a su sitio cruzóse de brazos tranquilamente, esperando el disparo. El joven, ante este rasgo de caballerosidad disparó al aire, y los testigos aprovecharon la ocasión para declarar el honor satisfecho.

Hé aquí un magnífico episodio para un drama.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

LAS CIGARRAS, por G. Costa

A los quince años no se concibe la estación de invierno: el cielo toma el color de la esperanza y se sabe de memoria que Dios atiende al sustento hasta de la última de sus criaturas. A esa edad son muy comunes las cigarras.... ¿Quién no canta bajo el hermoso cielo de Italia, a la luz del sol que todo lo fecunda, a la sombra de los árboles que todo lo embellecen, aspirando el aroma de las flores que todo lo embalsaman? ¿Qué filósofo es capaz de hacer comprender a las jóvenes de nuestro cuadro lo efímero de la vida de las cigarras? ¿Cómo su naturaleza exuberante se reducirá al pasivismo del trabajo y trocará por la insípida rúca el acordeón y la pandereta con que acompañan sus populares cantos o estimulan el cuerpo para el baile? Y sin embargo, un día la necesidad llamará a las puertas de su más que humilde albergue; la cigarra, lanzada de la rama en que se posó cómodamente durante el verano, tenderá el vuelo por un mundo donde todo es helado, todo, hasta el corazón de sus moradores; y gracias si es su cuerpo el que perece de frío, porque hay enfriamientos del alma que dan la muerte a todas las virtudes, dejando solamente a salvo, para mayor dolor, el remordimiento!

GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza

Por ganarse la vida se pierde la vida, dice el refrán; pero confesemos ingenuamente que hay maneras de ganarla muy crueles y maneras de perderla muy salvajes. Entre estas vidas, pendientes siempre de un cabello, la del titiritero es indudablemente horrible. La perfección del arte (porque también a eso se le llama arte) consiste en buscar distintas y siempre más fáciles maneras de romperse el esternón en el pavimento del circo o estam-

parse los sesos en el techo. Una de estas desgracias está representada en el cuadro de Lonza. El infeliz gimnasta ha sido desprendido del trapecio ó derribado del caballo en cuyo lomo hacía el doble salto mortal. La avería es grave; bien lo demuestra el cuerpo del paciente y el semblante de sus compañeros. A pesar de lo cual hay de parte de fuera un público que ha pagado para presenciar unas cuantas barbaridades más, y es preciso no robarle el dinero mientras quede titere con cabeza.... por romper. Dícese que hay padres ¡y hasta madres! que adiestran a sus tiernos hijos para que sigan esa carrera.... No lo creemos, no podemos creerlo, no queremos hacer a la paternidad, a la santa paternidad, semejante ultraje.

REGRESO DE LA IGLESIA, por J. Raffel

¡Qué hermoso idilio! La senectud apoyándose en la infancia; la niñez buscando la sombra protectora de la ancianidad; en la parte inferior del paisaje un caserío que revela pobreza, en lo alto una iglesia en donde se prodigan consuelos; junto a nuestros caminantes una rústica cruz que simboliza a la esperanza. ¡Qué apacible serenidad la del anciano, y qué inefable candor el de su nietecilla!... La vida del primero debe haber sido tranquila, serena, basada en el trabajo, sostenida por la fe, embellecida por la familia.... La existencia de la niña será quizás más rudamente combatida.... ¡La pobre ha perdido a sus padres!... Pero todos los días festivos, después de orar en el templo, ora sobre la tierra que a aquellos cubre y con mano piadosa recoge algunas de las muchas flores silvestres que crecen en su sepultura.... Mientras conserve este talismán, los huracanes del mundo nada podrán contra ella, porque entre los pliegues del viento irán esfluvios de la bendición paterna y de los castos besos de su santa madre....

EL GUANTE DE SCHILLER, por Meyerheim

Representa este grabado una escena de cierta leyenda muy popular en Alemania. Erase un rey que tenía el mal gusto de dar a la corte espectáculos de riñas de fieras, y érase una dama que tuvo el gusto, aun peor, de arrojar su guante entre dos enormes y carnívoros felinos, diciendo a un caballero que de enamorado y valiente se pregonaba: —Si es tal vuestro valor como el amor que describís, disputad esa prenda mía a aquellas fieras.

El caballero no se hizo repetir la orden, y un momento después presentaba el guante a la dama.

—Gracias —dijo simplemente ésta con una sonrisa que apenas revelaba interés.

Entonces el ofendido caballero repuso:

—Vuestras gracias no me hacen a mí poca ni mucha.

Y en lugar de devolver galantemente a la dama el preciado guante, se lo arrojó indignado a la cara.

Este final es poco caballeresco. Una tradición parecida hay en España, y de ella sale mejor librada la hidalguía del protagonista.

LA COSTURA, por Bregenzer

A la vista de esta interesante criatura, solamente se nos ocurre decir: —¡Me la comería a besos!

LA DESTRUCCION DE JERUSALEN, por Kaulbach

Las profecías habían de cumplirse, y se cumplieron. Treinta y ocho años después de la muerte del Justo, la sangre del Crucificado caía sobre la cabeza de sus verdugos y de los hijos de sus verdugos, que así lo habían pedido antes de que Pilatos se lavara las manos. No registra la historia sitio más horrible que el de la antigua Jerusalén, ni venganza más espantosa que la tomada por los romanos de los vencidos judíos. Doscientos mil habitantes perecieron de hambre antes de ser tomada la ciudad; un millón y cien mil judíos hallaron la muerte detrás de sus muros. ¡Madre hubo que llegó a matar y a devorar a su hijo!... ¿Quién sabe si esa madre se había mofado, treinta y ocho años antes, del dolor de aquella otra Madre, que seguía los pasos del Hijo amado, hasta el lugar del infame suplicio?... Cuantos no murieron de hambre ó al filo de la espada fueron condenados a esclavitud; los niños menores de diez y siete años y las mujeres fueron vendidas como vil mercancía, al extremo de pagarse solamente un dinero de plata por treinta de aquellas.... ¡Qué mucho si ellos habían comprado por treinta dineros la sangre del Justo! La ciudad deicida fué arrasada; el osado romano surcó los campos donde antes se alzara la impura sinagoga; cuadro de horrible devastación únicamente comprendido cuando se leen las lamentaciones de Jeremías; canto sublime aun no igualado por elegía alguna.

Kaulbach, el gran pintor, ha concebido y ejecutado la destrucción de Jerusalén por los soldados de Tito, no ciñéndose precisamente a pintar una ó muchas escenas de matanza; su imaginación, tan potente como filosófica, ha abarcado en este cuadro el pasado, el presente y el porvenir. El pasado es el tribunal eterno, cuyos angélicos ministros blanden la flamígera espada sobre los deicidas; el presente, son los romanos que matan y los judíos que mueren; y el porvenir está representado por el delicioso grupo de la Sacra Familia, escoltada por los espíritus celestes que salvan la Hostia propiciatoria, y ante la cual se postran de rodillas tres inocentes niños, simbolizando el germen del cristianismo naciente y en lo futuro triunfante.

Composiciones de esta importancia recuerdan al sublime pintor de la Capilla Sixtina.

LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA

POR D. FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(Continuación) (I)

III.—Grecia

Entramos en un nuevo mundo, así por la naturaleza de las obras, como por la mayor abundancia de los datos. Grecia inaugura un período en las artes todas, tan peculiar, con un sello tan característico, que, al contemplar su originalidad y riqueza, se comprende haya podido reinar por largos siglos la idea de que aquella maravillosa nación nada debía á las demás, habiéndolo creado todo de su propia sustancia. Sin embargo, esta idea inexacta es hoy unánimemente contradicha, merced á un mayor conocimiento de los antecedentes y orígenes de aquella cultura, y merced también á principios más acertados en punto á lo que debe verdaderamente entenderse por originalidad. Nada pierde el arte helénico, que sigue siendo tan admirable como ántes, por que se expliquen las causas de esta originalidad, sus condiciones y los elementos que recibe de otros pueblos, de los cuales se sirve y que gradualmente y con incomparable ingenio transforma.

En el mobiliario se observan necesariamente estos dos factores, el heredado y el propio. Grecia toma de Egipto, de Asiria y Persia, del Asia menor, formas y motivos de decoración que en los primeros tiempos se conservan con escasa mudanza. Por ejemplo, en uno de los bajos relieves del Museo Británico, procedente de Janto, se halla esculpida una silla completamente asiria, tanto en su figura, cuanto en su adorno; y en el Museo Pio-Clementino, de Roma, se hallan otras dos, que recuerdan también una procedencia semejante. En ellas, el asiento está sostenido, ya por dos panteras sentadas y aladas, ya por dos sirenas de análoga forma.

Pero, conforme va desenvolviendo aquel pueblo su vida peculiar, va realizando en este orden nuevas ideas. El progreso del mobiliario entonces tiene diversas causas. Nace, primero, del desarrollo de necesidades cada vez más complejas y que van exigiendo instrumentos más varios y refinados; y segundo, del incremento de las demás artes, con las que tan estrecha dependencia guarda el mobiliario, según ya se indicó. Por esto, en el período de florecimiento, que lleva el nombre de siglo de Pericles, el mobiliario alcanza también su mayor belleza y apogeo, de que luego decae con las demás artes (aunque después, por ser también sus progresos más tardíos), sin que la suntuosa magnificencia de los materiales pueda compensar la degeneración de las formas.

En los primeros tiempos, la sencillez de las costumbres y el predominio de la vida pública sobre la privada no permitieron gran desenvolvimiento á estas artes, cuyas obras más preciadas apenas podían aspirar á servir fuera de los templos y las grandes solemnidades nacionales—ocasiones casi exclusivas para desplegar el lujo que faltaba en las casas. Además, la preponderancia de las clases populares fué tal á veces, por ejemplo, en Atenas, que obligaba á los ricos á captarse su benevolencia, gastando su patrimonio en estas fiestas, es decir, haciéndoles dedicar á las diversiones públicas, cuidados y recursos que habrían debido emplear en sus casas, á tener sobre el particular las ideas de nuestros tiempos. Nueva aplicación del principio de aquella célebre fábula de Schubart, del mandarín y el bonzo, que le daba gracias por la atención y los sacrificios que se imponía para presentarse en público tan espléndidamente vestido y adornado, sin poder por esto gozar de su magnificencia, no ya más, sino tanto siquiera como los pobres, á quienes daba gratuitamente tan hermoso espectáculo. En Inglaterra, no es raro este modo de concebir las funciones de las clases ricas.

En la época de Homero, ó á lo ménos, en la que él describe, se hacían ciertos muebles de bronce, hasta que fueron introduciéndose materiales más ricos, como el oro y la plata, el ámbar, el mármol, el marfil y las maderas preciosas. Muchas veces, se construían formando un armazón, generalmente de olivo, y forrándolo luego con chapas de metales costosos. Después de este primer período, parece que el mérito artístico fué adquiriendo cada vez más importancia; y aún cuando nunca desaparecieron los materiales suntuosos, el valor de los objetos no se midió ya principalmente por ellos. El bronce se esculpió y grabó; introdujéronse la incrustación y el chapeado; afinóse el torneado; la talla en madera se elevó á un grado desconocido hasta entonces; y el uso de los colores aumentó la impresión pintoresca de los muebles.

(1) Véase el núm. 13, pág. 102 y el núm. 15, pág. 115.

El progreso realizado por Grecia en las formas de estos corresponde al que en todas sus obras cumplió sobre sus progenitores orientales. Con esto, ya se dice que las líneas rígidas desaparecieron, transformándose en curvas complicadas y graciosas; se adelgazaron los soportes y se hicieron más elegantes; atendióse en la construcción de los muebles á la mayor comodidad para su uso y estos presentaron una ligereza, una esbeltez y una vida—así pudiera decirse—completamente distintas de la pesadez y amazotamiento que luego habían de renacer en los estilos greco-oriental y bizantino. En cuanto á la decoración, el adelanto fué superior todavía. Con sólo reflexionar en la inmensa perfección de la escultura griega, tipo incomparable con todas las anteriores y siguientes, se comprende qué verdadero abismo debía existir entre los adornos esculpidos del mobiliario, hermanos de los del Partenón, y aquellos otros del Egipto y el Asia, cuyo mérito no por esto debe desconocerse. La talla en cedro, encina, ébano, naranjo, representando cabezas de hombres, ó de fieras como el león ó el leopardo, esfinges con las alas levantadas («forma favorita—que dice un escritor—de la ornamentación helénica,» pero heredada de Egipto), piés y garras de toda clase de animales, etc., puede calcularse qué perfección llegaría á alcanzar en la patria de Fidias; y lo mismo los demás elementos. En un principio, el adorno era puramente esquemático ó geométrico, es decir, da figuras abstractas y poco complicadas, aunque oriundas á veces de las naturales (v. gr. las grecas ó meandros); pero luego esta fantasía abstracta cedió á la realidad y ensanchó sus dominios hasta abrazar en ellos á la creación entera y formar verdaderas composiciones de personajes y grupos de animales. Así se explica que Grecia llevase su mobiliario á todas partes, como había llevado sus otras manifestaciones artísticas; Egipto y Persia, sus antiguos maestros, sufrieron su influjo é importaron sus tipos y hasta sus obras; y el mobiliario romano es sólo un desarrollo del griego, desarrollo cuyo carácter se apreciará en su lugar oportuno.

Todos aquellos muebles que «tienen piés,» es decir, que descansan sobre uno ó varios soportes á modo de columnas, recibieron gran variedad de formas. Las principales terminaciones eran en figura de garra, ó de una larga y muy delgada pirámide invertida y ligeramente truncada, terminación á que luego se ha llamado «pié de aguja,» y que por expresar perfectamente la mejor idea de esta clase de soportes, con el mínimo de material y el máximo de resistencia, ha llegado á ser predominante entre todas, hasta nuestros tiempos inclusive. Y sin embargo, esta forma ofrece quizá un nuevo ejemplo de la herencia oriental, pues probablemente es sólo la transformación gradual, merced á un gusto delicado, de aquellas piñas ó machuchos conos que hemos notado en los muebles asirios. El mobiliario del estilo neo-clásico, que ha venido imperando desde Luis XVI hasta el primer tercio de nuestro siglo, esto es, hasta la época de la reacción romántica, mobiliario del cual abundan los ejemplos, entre otros lugares, en los palacios de Madrid y sitios reales, puede dar alguna idea general de estas formas, si bien debe tenerse en cuenta que están acomodadas á las necesidades y usos modernos, y que la imitación suele dejar bastante que desear, sobre no ser directamente griega, sino más bien romana. Pues ni el arte griego se conocía bien aún, si es que en realidad se tenía de él alguna noción exacta, ni el ideal que por entonces imperaba en los espíritus y en todas las esferas de la vida, desde la política á la literatura y al traje (ideal inocentemente apadrinado y protegido por la corte francesa y que de tal modo contribuyó luego á la revolución del 89) era realmente griego, á pesar de lo que de Grecia se hablaba doquiera. Por otra parte, el influjo tal vez más directo sobre el mobiliario de ese período neo-clásico, se debe á los descubrimientos de Herculano y Pompeya, admirable ejemplar de la sociedad romana del imperio.

Por último, los dibujos y figuras que se conservan de muebles griegos, no son anteriores al siglo VI ántes de Cristo.

La filiación oriental del mobiliario helénico se ha hecho más evidente desde los últimos descubrimientos recién hechos en Chipre y en el Asia menor, señaladamente en Troya. Con ser los poemas homéricos una de las más grandes expresiones de su genio nacional, el menaje en ellos descrito, especialmente en la *Odisea*, conserva un carácter completamente oriental. El catálogo, además, de esos muebles es por extremo sucinto. A juzgar por esa fuente, tenían camas, sillas, carros, mesas, cofres y cajas; y si queremos contar toda clase de objetos domésticos, pieles, tapices, porta-antorches ó candelabros, platos, bandejas, urnas, jarros y copas: todo ello de forma sencilla, un tanto pesada aún y

cuyo tipo contrasta con lo suntuoso, á veces, de la decoración (1).

Los lechos usados por los griegos en los tiempos heroicos y siguientes, servían sólo para dormir, no pues para comer, y eran muy sencillos. Homero en la *Iliada* habla de alguno torneado; y en la *Odisea* alude varias veces á esta clase de muebles. La conocida descripción que en el último poema (2) hace del de Penélope indica un grande atraso y cierto gusto semi-bárbaro. «Yo mismo lo he hecho con todo esmero,» dice Ulises. «Había en el patio de palacio un hermoso olivo, tan grueso como una gruesa columna. Mandé construir á su alrededor una alcoba; corté luego las ramas del árbol; aserré el tronco, hasta dejarlo á la altura conveniente; allané y acomodé el pié, agujereándolo de trecho en trecho y tendiendo sobre la madera correas de piel de toro, teñidas de púrpura; luego, para enriquecerlo, prodigué en él el oro, la plata y el marfil.» Una cama con *raíces* en el suelo, hecha nada ménos que por un rey en el corral de su casa es sin duda un mueble extraño y en rigor no es siquiera un *mueble*, pues que, como el propio Ulises añade, sería menester aserrarle los piés para trasladarla á otro sitio. Todas las magnificencias y esplendores de este lecho no impidieron que su dueño y autor durmiese, la primera noche de su regreso, punto ménos que al raso y sobre unas pieles de buey y de carnero; costumbre, por lo demás, extremadamente en uso por aquellos tiempos (3).

Aparte del dato sobre la sencillez del menaje de entonces, hallamos en esa descripción otros varios, entre los cuales sólo señalaremos dos. Ante todo, vemos confirmada la idea de que el uso de los metales preciosos en el mobiliario, lejos de denotar un gran adelanto, se compagina perfectamente con un arte todavía en la infancia, cuyos ulteriores progresos, sin necesidad de desterrar aquellas aplicaciones, las subordina á otros factores decorativos de mayor importancia. No deja de ser curiosa la opinión de ciertos autores (4) de que el uso del marfil comenzaría por el de colmillos enteros de elefante, como piés de los muebles. Además, las correas que, sujetas en la madera, debían sostener el lecho propiamente dicho, compuesto de tapetes y pieles, indican ya cierto adelanto sobre las pieles enteras y tendidas, que son bastante ménos cómodas, por su continuidad y rigidez. Igual perfeccionamiento denotan el uso de cobertores ó mantas, citado por Homero.—Pausanias habla de dos lechos de bronce, de Tarteso; uno de estilo dórico, y otro jónico, conservados en el tesoro de Altis, pero de fecha incierta, aunque parece que pertenecían á tiempos anteriores al florecimiento del arte helénico (5).

Este florecimiento, como es sabido, se inicia cinco siglos ántes de la era cristiana; y ya hemos dicho las causas de que no aprovechase tanto al mobiliario como á las otras manifestaciones. En un vaso del Museo Británico, está representado un mueble, mitad lecho, mitad sofá, para dos personas, compuesto de un colchoncillo, que cubre un rico paño, el cual deja ver por debajo un trozo de los largueros torneados, apoyados sobre cuatro piés, que van disminuyendo hacia su parte inferior, terminada por una bola; sobre el colchoncillo hay á cada extremo un cojín, forrado asimismo de rica tela listada; delante, un taburete largo y de poca altura, con adornos de marfil, sirve de escalón. En otras figuras, se halla un solo almohadon, pero mayor. En unas y otras, las telas tienen carácter oriental. Por último, se abrigan con pieles, tapetes y mantas de lana, las más finas de las cuales venían de Mileto, Cartago ó Corinto. Andando el tiempo, se añadió á veces un lienzo, á modo de nuestras sábanas, un verdadero colchon, y hasta una almohada.

Vengamos ahora á los *asientos*. Ya hemos dicho que el origen del sofá puede explicarse de dos maneras: ó por la transformación de la cama, ó por la unión de dos ó tres asientos; de estas dos formas, aquella domina en la edad antigua y la segunda en la moderna. Representan dos ideas completamente distintas: la primera, la de un mueble para reclinarse ó recostarse, y descansar de modo más perfecto que sentado; la última, la de un asiento donde puedan conversar con mayor intimidad dos ó más personas. Los *lits de repos*, las sillas alargadas (*chaises-longues*), los divanes, etc., pertenecen á aquel tipo; los canapés, confidentes, marquises, *vis-à-vis*, y otros análogos al último. Por ejemplo, en la época macedónica y á influjo sin duda del sibaritismo persa, se introdujo la moda de comer recostados

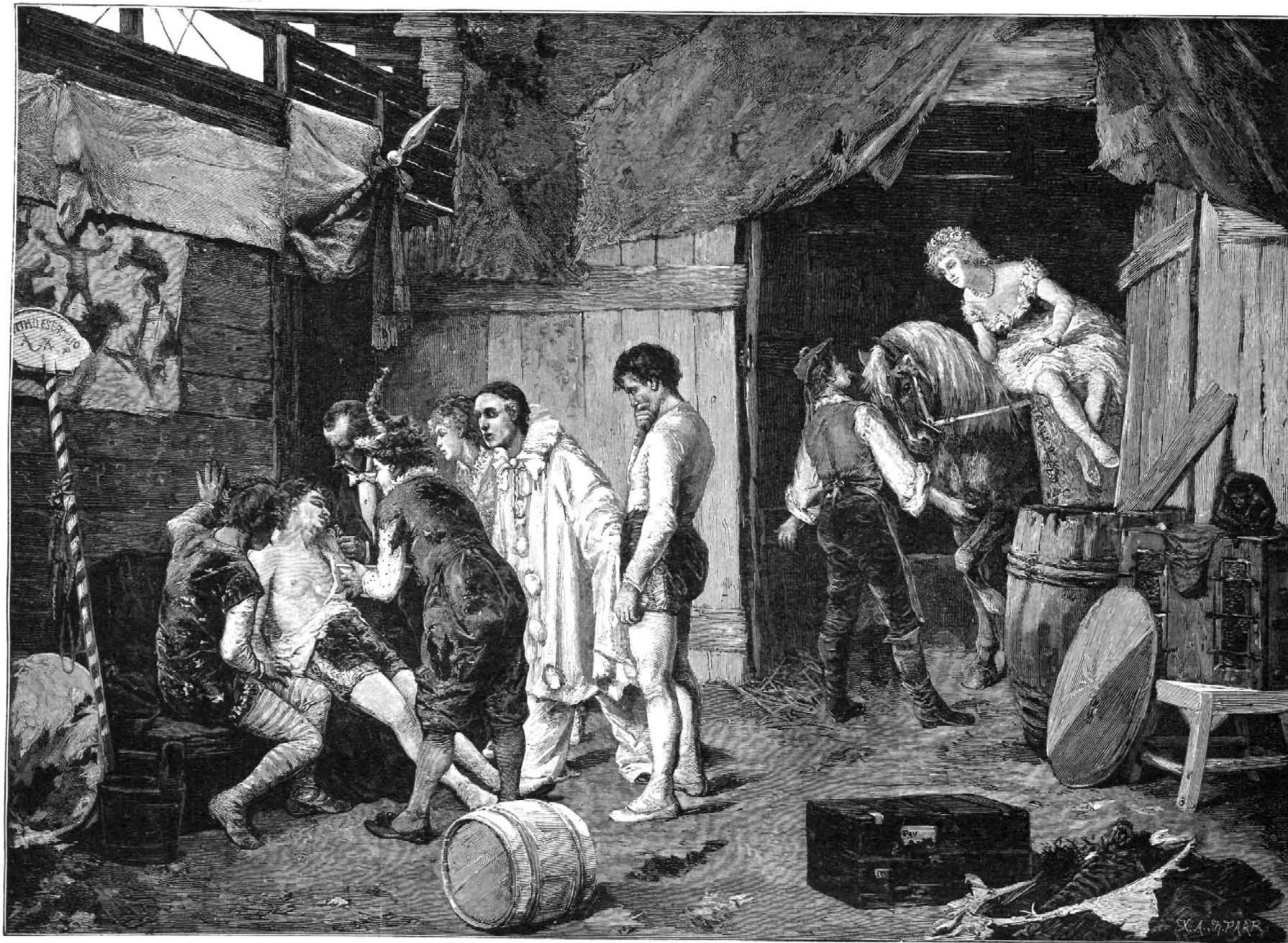
(1) El mobiliario de la *Odisea*, en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, 1881.

(2) *Od.* XXIII.

(3) *Ib.* IV, VII, XV.

(4) Hungerford, CLXXII, al cual desde aquí seguimos en casi todo.

(5) Hungerford, XIV.



GAJES DEL OFICIO, por A. Lonza



REGRESO DE LA IGLESIA. por J. Raffel

en los lechos (moda que comenzó primero en la Grecia asiática), lo cual vino á darles carácter mixto de cama y sofá: muchas veces consistían sólo en un tablado, ó en una especie de poyo de mampostería, sobre el cual se tendían los almohadones. A diferencia de lo que acontecía en Roma, cada uno de estos lechos servía únicamente para dos personas, siendo el sitio de honor, como entre nosotros, el de la derecha. Las mujeres no comían reclinadas, sino sentadas en sillas.

Eran, estos últimos muebles, de varias hechuras. Los había con respaldo y sin él, con y sin brazos; taburetes, bancos, sillones, tronos, etc.—También Homero describe la silla de Penélope, «toda de marfil y plata, obra del célebre tornero Icmalio y que tenía unida un taburete muy cómodo y magnífico» (1). Sobre ella se tendían varias pieles, según añade, por lo cual debía ser una especie de esquelito ó armadura de madera, forrada y adornada luego con chapas de aquellos materiales preciosos. Tal vez podría doblarse para trasportarla con mayor facilidad: por lo ménos, los griegos poseían asientos de este sistema, siendo algunos de ellos de metales. Las sillas con espaldar solían tenerlo bastante inclinado hacia atrás y compuesto de las tres piezas capitales que hoy se usan todavía, esto es, de dos largueros unidos horizontalmente en la parte superior por una tabla ancha y curva, destinada á sostener el cuerpo, apoyado sobre ella; el asiento, más ó ménos plano, ya se cubría con telas, ya con pieles de león, leopardo, etc.; y los dos pies de delante bajaban, apartándose de los de atrás, para dar al mueble toda la estabilidad posible y compensar la falta de travesaños. El perfil general era semejante á una *h*, cuyo trazo mayor se quebraba hacia atrás desde el asiento, formando ángulo obtuso; modelo que desde entonces ha venido luchando con su rival, el de respaldo recto, habiendo acabado por prevalecer, merced sin duda á sus condiciones higiénicas, estudiadas, no hace mucho, de una manera científica (2). Sin embargo, los tronos de las divinidades solían diferir de este tipo y ser rectos, así en la dirección del espaldar, como en todos sus ángulos. Cuando llegue á concluirse y abrirse al público el Museo de Reproducciones artísticas que, bajo la dirección de una competentísima persona (3), ha comenzado á instalarse en el Cason del Retiro, podrán contemplar nuestros lectores en uno de los relieves del gran friso del Partenon el trono de Júpiter, gran sillón cuadrado, con brazos sumamente bajos, sostenidos en su parte anterior por dos pequeñas esfinges aladas, y de espaldar también bajo: el asiento es muy largo, los pies están unidos por un travesaño, y su forma general es sencilla y noble, por más que en estos tronos de las divinidades era donde la talla de la madera desplegaba mayor lujo. Análoga figura—salvo carecer de esfinges y tener delante un taburete que descansa sobre cuatro patas de perro, al parecer, y en el cual apoya los pies el padre de los dioses—ofrece otro sillón en que se halla sentada esta misma divinidad y que puede verse en nuestro Museo Nacional Arqueológico. Se encuentra esculpido en los relieves que decoran el brocal ó puteal, hallado en la Moncloa por el Sr. Rada (4); brocal, por cierto, que recientemente Schneider y Brizio (5) han declarado uno de los datos más interesantes para formarse idea del fronton oriental del Partenon, cuya parte principal, como es sabido, no se conserva, ni en el original, ni siquiera en los dibujos de Carey y Stuart. A propósito de taburetes: en el relieve del Museo Británico que representa la visita de Baco á Icaro, hay uno cuadrado, horizontal y decorado con mascarillas. En el propio friso del Partenon ya citado, se ven otras divinidades sentadas en taburetes sin brazos ni respaldo y montados sobre cuatro pies altos y afilados; y las dos estatuas del fronton oriental, que generalmente se tienen por representación de Ceres y Proserpina, están asimismo sentadas en taburetes mucho más sólidos, cuyos costados macizos bajan casi hasta el suelo, dejando apenas asomar la terminación de los pies. Por último, tratando de asientos, no debe olvidarse el famoso trípode, desde el cual pronunciaba sus oráculos la pitonisa del templo de Delfos.

(1) *Od.*, XIX.

(2) V. uno de los núms. de *Nature* (inglés), correspondientes al año 1879 á 80.

(3) El Sr. D. Juan F. Riaño. Este museo brinda en sus vacíos importantísima fuente para el estudio de artes y épocas de que poco ó nada poseíamos en Madrid. Aparte de las reproducciones del Partenon, ahora por vez primera completas, encierra otras de admirables estatuas, bustos y relieves de las mejores épocas helénicas; de dipticos romanos pertenecientes á los siglos II á VII; de objetos de vidrio y de metal, de muebles romanos y, por último, del célebre tesoro de Hildesheim.

(4) Ha sido publicado, con una monografía, por el Sr. Villamil y Castro en el t. V del *Museo Español de Antigüedades*.

(5) El primero, en Viena, 1880; y el último, en las lecciones de Arqueología que en este mismo curso de 1881 ha dado en la Universidad de Bolonia.

El más importante de los *carruajes* griegos era el *arma*, de dos ruedas, arrastrado por dos caballos, ó por cuatro, y tan ligero, que á veces tenía la caja de mimbre trenzado y con las dimensiones estrictamente indispensables para dar sitio á una sola persona que de pie los guiaba. El frente era redondo y cerrado; los lados se cortaban oblicuamente hacia atrás, y todo estaba clavado y sostenido sobre el eje, al cual se unían las ruedas por pinas y cubos, como hoy. El extremo libre de la lanza terminaba en una cabeza de carnero ó otro animal, esculpida y á veces dorada; y el conjunto se decoraba con delicado arte. Los jefes iban á la guerra en carros de esta clase. Pausanias (1) habla de uno de bronce tomado á los beocios y conservado en la Acrópolis de Atenas. El *harmamaxa* era una especie de litera montada sobre cuatro ruedas, destinada especialmente al servicio de las damas y los niños, y de origen oriental, según parece. En el friso del Partenon pueden verse algunos ejemplares de los tipos más pequeños. Son casi todos muy bajos; las ruedas están divididas por cuatro radios sólo y llevan á una ó dos personas, ya de pie, ya sentadas, á las cuales acompaña el *apobates*, «especie de peon armado con el yelmo y escudo argólico (2),» ó bien un guerrero, ó un heraldo.

Las *mesas* de este mobiliario consistían, las más de las veces, en un tablero de madera, mármol ó bronce, más ó ménos enriquecido y colocado sobre un trípode; siendo muy común esta clase de soportes aplicados á braseros y otros objetos, así del culto, como de la vida doméstica. Las mesas para comer, sin embargo, á causa de sus mayores dimensiones, se apoyaban sobre más pies, que imitaban los de diversos animales; y los tableros eran, ya cuadrados, ya redondos. Quizá las mesas con un solo pie, á la manera de nuestros veladores modernos, no fueron desconocidas á los griegos; los romanos al ménos, las tenían. Los altares de los dioses eran mesas de materiales preciosos, puestas delante de las imágenes y en las cuales se colocaban las ofrendas, se quemaban los perfumes, se vertía el vino y se hacían los sacrificios; para cuyo objeto tenían á veces una cavidad en la parte superior con una especie de sumidero, á fin de dar salida á los líquidos usados en las ceremonias.

En toda clase de muebles de algun valor, la regla general era que los adornos de relieves, v. gr. las hojas, flores, garras, cabezas y aun figuras enteras de animales, estuviesen además pintados de colores, ó dorados.

En cuanto á *cajas*, arcas, etc., no conocemos datos suficientes, si bien debe hacerse mérito de la célebre arca de Cipselo, conservada en Corinto como reliquia de la leyenda del célebre tirano, al cual, siendo niño, encerró su madre en aquel cofre, para salvarlo de las iras de la nobleza doria, en el siglo VII antes de C. (3). Era, según parece, de cedro, de planta elíptica, y decorada alternativamente por fajas horizontales de madera tallada, cuyos relieves representaban las conquistas de los antepasados de Cipselo, y otras incrustadas de marfil y oro (4). También Homero menciona algunas cajitas (5); pero sin dar pormenores.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(Continuad)

EL DESERTOR

ANÉCDOTA

POR DON CECILIO NAVARRO

I

Fabricábase el real Monasterio de San Lorenzo del Escorial y admiraba, ó miraba solamente la maravilla, por la parte de afuera, un soldado de buen talante, aunque de rostro avinagrado, como quien tuviera enojo y no tuviera por qué disimularlo.

Húbolo de ver Felipe II, rey avinagrado también, y como las simpatías atraen, el rey fué cerca del soldado, el cual ni se dignó mirarlo, como quiera que no lo conocía personalmente, ni llevaba Felipe, para darse á conocer, ninguna real insignia.

Vestido de hombre, es decir, no vestido de rey, el gran Felipe II era un hombre vulgar, mucho más vulgar que el soldado. No hay, pues, que extrañar

que quien allá en los tercios de Italia estaba acostumbado á acuchillar buenos mozos, mirara con desden á un hombrezuelo.

El rey pasó por alto el desden.

—Dios guarde á vuestra merced, le dijo por entrar en conversacion honestamente.

El soldado miró de arriba abajo al desconocido con depresiva arrogancia, y luego le devolvió el saludo reduciéndolo á su mínima expresion.

—Y á vuestra merced.

—¿Qué le parece la fábrica? le preguntó el rey despues, pasando tambien por alto el desacato.

—¡Pche! se limitó á contestar el soldado.

—¿Mala es?

—No.... pero he visto otras mejores.

—¡Mejores! exclamó el rey esforzándose por sonreír.

—Mejores, sí, repitió el soldado con su acento de vinagre.

—Y ¿dónde, si se puede saber?

—¿Dónde?

—Si se puede saber.

—Allá.... allá en Italia.

—Bien pudiera ser; pero....

Y el rey meneó la cabeza negando.

—Es.... porque sí y.... porque lo digo yo, replicó el soldado con entono; yo, que he visto á Roma, á Florencia, á Palermo, á Siracusa, á Milan y vengo ahora de Nápoles.

—¿De Nápoles viene vuestra merced?

—De Nápoles.

—Buena ciudad.

—La mejor del mundo.... á lo menos para el soldado: buen vino, buen pan y buena carne.... muy buena, aunque sea un enemigo del alma.

Felipe II hubiera querido santiguarse; pero quiso más guardar el incógnito.

—Y ¿qué le trae por aquí, señor soldado? le preguntó luego.

El soldado volvió á mirar al rey de arriba abajo, y despues de una pausa, contestó con toda esta gallardía:

—Y eso ¿qué le importa á vuestra merced?

El rey miró del mismo modo al soldado con mal encubierto enojo; pero pudo reprimirse y contestó simplemente:

—Pudiera ser que importara á vuestra merced que yo lo sirviera en algo.

—Eso es otra cosa, repuso el otro cambiando de tono.

—Porque no hay hombre sin hombre.

—Eso es el Evangelio.

—No es el Evangelio, pero es la verdad.

—La verdad es. Y un hombre es lo que yo buscaba, pero francamente.... no creí haberlo encontrado.

El rey se mordió los labios, y el soldado añadió con toda su franqueza:

—Pues, como iba diciendo, lo que me trae por aquí es que he desertado de mi tercio y....

—Mal hecho, interrumpió el rey á secas sin poder contenerse.

—Mal hecho es un jorobado, replicó el desertor con viveza; y yo, gracias á Dios y al oficio y al honor y á mi gusto, soy mas derecho que un mástil.... cuando no me dan motivo para torcerme.

—Para eso no hay nunca razon, y ménos en un soldado.

—La razon es de quien la tiene, sea soldado ó general, y yo tengo aquí la razon y soy capaz de probarlo en todos los terrenos y.... no digo más.

—Diga, diga, que no lo dije yo por tanto, sino por darle un buen consejo.

—Pues, vuestra merced, seor hidalgo, se sirva dársele á quien lo haya de menester, que yo no necesito más que ver al rey.

—¿Ver al rey?

—¡Pardiez! exclamó el soldado como si fuera maestre de campo. ¿No puede ver al rey un soldado que se mata por el rey?

—¡Oh! si que puede; pero....

—Pues nada más que eso es lo que yo deseo. Y juro á Dios que he de estar aquí de centinela hasta que lo vea entrar ó salir para.... para que me haga justicia seca; las gracias no las pido; me las gano yo con esta.

Y el soldado llevó con ímpetu la mano á su tizona.

—Acaso podais verlo y hablarle sin necesidad de hacer la centinela, dijo Felipe obedeciendo ya á un plan.

—¿De qué modo?

—Simplemente: facilitando á vuestra merced una audiencia.

—¿Tiene vuestra merced entrada en palacio?

—Entro y salgo.

—¿Y pudiera facilitarme?...

—Acaso.

(1) 1, 28; apud Hungerford XIX.

(2) Riaño, *Catálogo del Museo de Reproducciones artísticas*, página 33.

(3) Pausanias, 3, 17; ap. Theil, *Dictionn. de biographie*, etc., art. *Cypselus*.

(4) Ménard, *Hist. des beaux arts*, p. 56.

(5) *Od.* XIII y XV.

—Y ¿quién es vuestra merced, si no es mal preguntado?

—Soy de la casa.

—¡Pardiez! A haberlo sabido ántes, no hubiéramos gastado la pólvora en salvas. Pero, en fin, ya lo dijo vuestra merced y tiene la obligacion de cumplirme su palabra.

—Palabra no dí ninguna; pero la doy y la cumpliré.

—A la mano de Dios.

—Pero advierta vuestra merced, señor soldado, que el rey Don Felipe II, que Dios guarde, es muy agrio de genio.

—Yo tambien.

—Y que luego que sepa lo del abandono del tercio.....

—Me dará la razon..... si es justiciero.

—Justiciero es.

—Así lo quiero yo; porque siendo justiciero hará justicia, y haciendo justicia castigará á mi capitán y me destinará á mí á otro tercio.

—¿Y si lo destinara á galeras? preguntó el rey con marcada intencion.

—No puede ser.

—¿Y si fuera?

—¡Mil rayos! exclamó el soldado con enojo. Entonces lo echaria al gran..... (y lo echó redondo) y me iria á mis galeras.

—A la mano de Dios.

—Pero ¿cuándo y cómo?...

—Mañana á esta misma hora, ronde vuestra merced en torno de la fábrica, y yo le prometo que verá al rey.

—Hablarle es lo prometido.

—Le hablará tambien.

—Quedamos de acuerdo.

—Pues hasta mañana.

—¡Ah! ¿El nombre de vuestra merced?

—Y ¿para qué quiere saberlo?

—Para si fuera menester buscarlo.

—No lo será; yo se lo afirmo.

—Sin embargo, al buen pagador no le duelen prendas. Yo me llamo Lope Aguilera. ¿Y vuestra merced?

—¿Yo?... Felipe.

—¡Buen agüero! Como el rey.

—Lo mismo.

—Felipe..... ¿de qué?

—De Castilla.

—¡Como mi alférez! ¡Bien comenzamos! Pues hasta mañana.

—Si Dios quiere, contestó el rey piadosamente. Y partieron por opuestas direcciones.

II

A la misma hora del día siguiente rondaba Lope Aguilera en torno de la fábrica del Escorial, como conviniera con el hidalgo Felipe de Castilla, y ya se impacientaba dudando de su palabra, cuando se llegó á él otro incógnito, hidalgo tambien al parecer.

—¿Es vuestra merced el soldado de ayer? le preguntó.

—¡De ayer!.... De hace diez años, siete meses y veinte dias, contestó Aguilera con cierto orgullo.

—No lo digo por tanto, sino por tomar señas para conducirlo á presencia del rey, si es el soldado Lope Aguilera de los tercios de Italia.

—El mismo. Pero vuestra merced no es el hidalgo de ayer.

—No, pero vengo á cumplir por él, que es lo mismo.

El soldado meneó la cabeza con cierta desconfianza, y dijo resueltamente despues de una breve pausa:

—Vamos allá. Pero advierta vuestra merced, señor hidalgo, que si las veras se tornan burlas, las burlas pudieran tornarse las *Trece Manos* del rey Fares de Babilonia.

—No olvide el soldado que trata con un caballero.

—Ni el caballero que trata con un soldado.

—Sígame, pues.

—Sigo.

Y partieron uno tras otro, sin hablar ya una palabra.

III

De allí á poco entraban en un aposento pequeño y á un mequino, especie de celda, donde sentado á una mesa de despacho, mequino tambien, habia un hombre enteco, pálido, feo.

A un lado y otro del que estaba sentado permanecian en pie y un tanto inclinados por respeto, cuatro altos personajes hinchados, purpúreos, hermosos.

Detrás de estos, á respetuosa distancia, habia

otros cuatro ni hermosos ni feos, indefinibles, oscuros como cuatro sombras, como cuatro frailes.....

El introductor de embajadores, por decirlo así, adelantó dos pasos en la fosca estancia, hizo una profunda reverencia é indicando al que lo seguia, dijo anunciándolo;

—Señor, el soldado Lope Aguilera.

—¡Malo..... me he puesto! dijo para sí el soldado reconociendo en el rey al hidalgo de la víspera.

—¿Qué pide, pues, el soldado á su rey y señor? preguntó luego Felipe II frunciendo el rostro como un pergamino en ascuas.

El soldado vaciló un momento; dió luego resueltamente un paso al frente, como diciendo: ¡pecho al agua! y contestó exabrupto:

—Pues señor, me llamo Lope Aguilera y soy soldado del primer tercio de Italia con plaza en la compañía del capitán don Carlos Nuñez, de presidio en Nápoles. Y sucedió..... la verdad, porque aquí no hay ninguna doncella que se escandalice al oírlo; sucedió que, por requebrar á una hembra, que yo creí *lazarona* y resultó ser condesa, el capitán don Carlos, que andaba tras el condado, me dió.....

Y el soldado se interrumpió pasándose la mano por el rostro.

—¿Qué le dió? preguntó el rey despues de una pausa.

—¿No lo he dicho ya?

—No.

—¿Y es preciso decirlo?

—Sí.

El soldado se acercó un paso más y dijo con voz tática:

—Me dió..... un bofetón en esta cara.

El soldado retrocedió aquel paso y esperó.

El rey iba escribiendo de su puño y letra estos detalles.

—¿Y qué dijo á eso el Aguilera? preguntó despues de hacer sus apuntes.

—El Aguilera, señor, dijo á eso mucho y malo; sino que lo dijo para sí, atándose las manos con cadenas de prudencia. Una de las cosas que dijo fué decir: ¿Lo mato ó me querello?... Y fuí á querellarme al virey.

—¿Y el virey qué proveyó?

—Nada.

—¿Nada?

—Y entonces volví á decirme: ¿Lo mato ó voy á querellarme al rey? Y aquí estoy, señor.

—Luego ha desertado del tercio, arguyó Felipe II.

—Preciso, contestó sencillamente el soldado: para venir aquí era preciso salir de allá, á ménos que no escribiera mi queja. Pero, como pliego de soldado no tiene salvoconducto y yo tenia que esperar en la compañía, hubiera resultado al fin lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—El quinto mandamiento, que es matar.

—No matar es el quinto, murmuró un fraile.

—Pues será el sexto, murmuró el soldado.

—¿Qué más? preguntó secamente Felipe.

—Ya no hay más que hacer justicia, señor.

—Justicia haré, dijo el rey levantándose imponente.

Y despues de decir en latin que toda autoridad viene de Dios y otros textos de subordinacion absoluta, añadió con sorda voz:

—A galeras debe ir soldado que con agravio ó sin él abandona así sus armas.

—Mis armas, se atrevió á interrumpir Aguilera, vinieron, señor, conmigo para servir á Dios y al rey.

—¡A galeras! volvió á decir Felipe, haciendo un silencio pavoroso.

El soldado se inclinó para salir, y dijo al retirarse:

—Entonces, señor, lo dicho..... y me voy á mis galeras.

IV

El día siguiente recibia Lope Aguilera un pliego para el virey de Nápoles.

Estaba aún bajo la mala impresion de la audiencia, cuya última palabra fué la de galeras.

Nadie le habia dicho una palabra sobre su suerte, y el pliego estaba cerrado.

—Aquí, decia el buen Aguilera, en camino ya de Italia, aquí dirá el rey al virey: «Se servirá vuecelencia arcabucear al portador de este pliego.» No, no será el hijo de mi madre quien lo lleve, á lo ménos sin saber lo que lleva.

Y fué á abrir el pliego.

—Pero no, añadió conteniéndose. Solamente le dirá que me recomiende al cómitre de la mejor galera, porque lo convenido no era más que galeras. De cualquier modo, esto de llevar yo mismo mi sentencia es cosa más fuerte que un combate. No la llevo, no..... Pero, ¿habia de ser tan desleal un rey tan grande?... ¡Bah! Más grande era Urías, rey de la

Biblia, y con todo eso le dió una carta igual á su fiel vasallo David, para que lo arcabucearan tambien, y lo arcabucearon por cierto. No, no será Lope Aguilera quien lleve esta otra carta de Urías.

Y fué otra vez á abrirla y otra vez se contuvo, diciendo:

—¿Y si aquí se me hace justicia?... Entonces yo mismo la malogro, pues abierto no puedo ya entregar el pliego al virey..... ¿Qué diablos haré, Dios mio?.... La cosa es un poco seria para resolverla de prisa..... Vamos andando.

Y siguió andando su jornada sin pensar más en ello hasta el día siguiente.

—Vamos andando, dijo otra vez al comenzar la jornada. ¿Y para qué he de andar, si al fin no he de entregar el pliego?... ¿Cómo que no has de entregarlo, Lope Aguilera? Es una partida de honor empeñada entre el soldado y el rey, y lo llevarás intacto á ver quien es más caballero, si el rey ó el soldado, ¡Adelante!.... Pero si me arcabucean, juro á Dios...

Y el buen Lope Aguilera siguió ya resueltamente su camino.

Al fin de su viaje entregó el pliego intacto al virey de Nápoles.

Era ya una competencia de honor entre el soldado y el rey. El soldado habia cumplido ya noblemente.

¿Y el rey?

Lope Aguilera, no tenia ya ningun cuidado. Si lo arcabuceaban, habia jurado á Dios..... ¡Lástima que no hubiera dicho lo que iba á hacer..... despues de arcabuceado!

—Buen Lope, le dijo el virey luego de haber leído el pliego; tomará vuacé el comando de la tropa de Nuñez, el cual queda privado desde ahora.

—Pero..... señor, balbuceó Aguilera con asombro; pero yo..... ¡pobre de mí! soldado raso.....

—Capitán vivo por este real despacho.

—¿Es posible?

—Ya lo ve.

—¡Bien se ha portado el rey!.... ¡Y el otro tambien! Era una competencia de honor entre los dos y..... se han portado á cual mejor el uno y el otro.

—¿Quién es el otro?

—El otro soy yo.

Y el flamante capitán se retiró orgulloso de sí mismo y con la esperanza de llegar á maestre de campo con tan poderosa proteccion.

No sabemos si lo conseguiria, pues no se ha sabido más de Lope Aguilera.

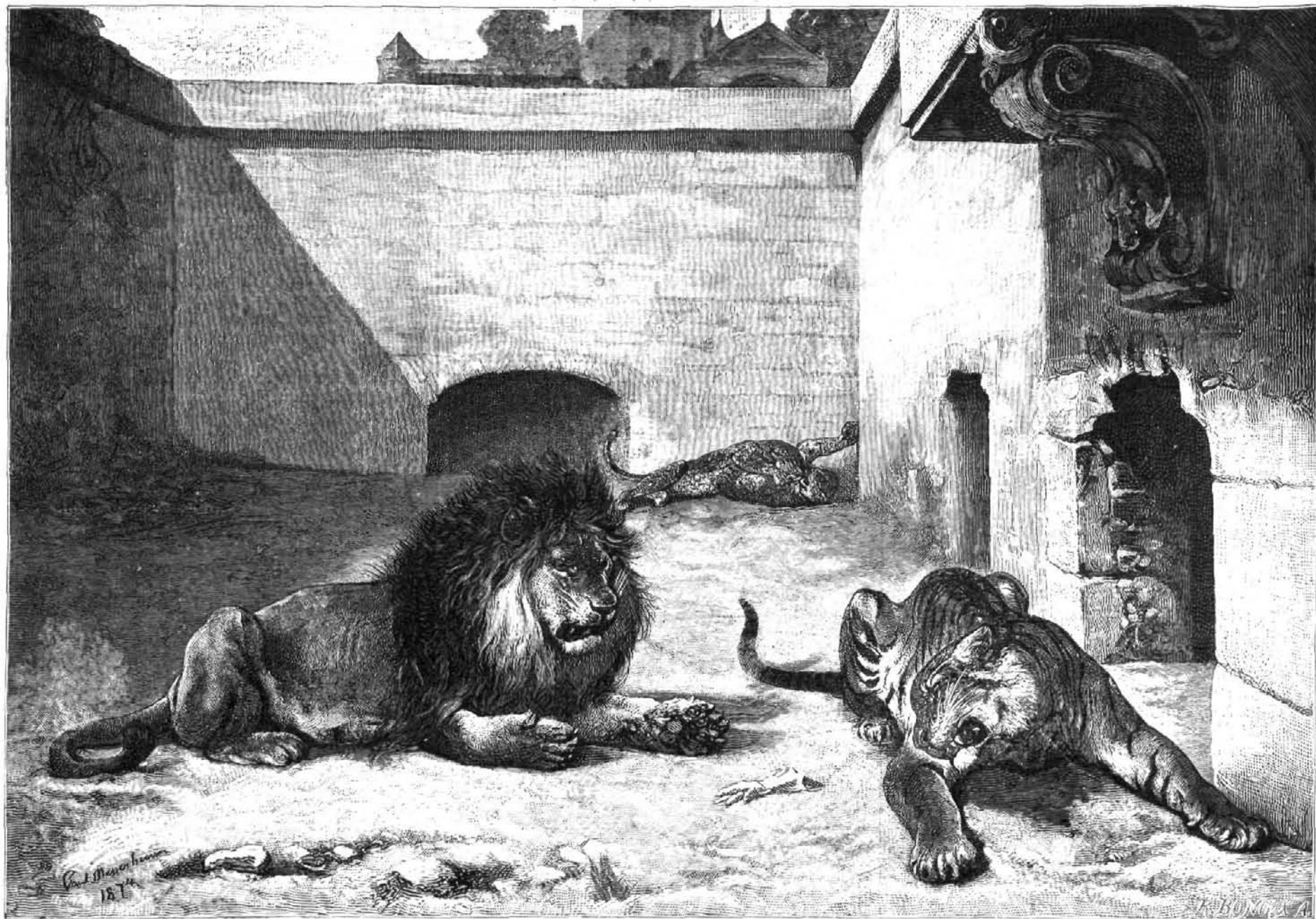
NOTICIAS GEOGRAFICAS

En la colonia inglesa del cabo de Buena Esperanza acaba de hacerse un importante descubrimiento, cual es el de que la ciudad de Kimberley está construida sobre una mina de diamantes. El resultado inmediato ha sido que los habitantes se dan ahora más prisa para derribar sus casas de la que tuvieron para edificarlas, y los solares que ocupaban alcanzan hoy precios fabulosos.

Batum, una de las ciudades cedidas por Turquía á Rusia á consecuencia de la última guerra, antigua capital del bajato del Lazistan, ha cambiado notablemente desde que está en posesion de los rusos. Poco tiempo atrás apenas tenia 800 tenduchos, y se envanecía, como de una maravilla arquitectónica, de la casa de dos pisos del vice cónsul de Rusia; pero se ha agrandado y cuenta ya con numerosas casas de muchos pisos. Se ha construido como por ensalmo todo un barrio europeo y ha variado notablemente el aspecto de la ciudad turca. Hay en ella varios restaurantes rusos, y en todas las calles se oye hablar en ruso gracias á los funcionarios de este imperio y á la colonia de sectarios molokanes que se ha instalado en Batum. Las dos escuelas, griega y turca, que ántes habia, han desaparecido, siendo reemplazadas por otra fundacion de la Sociedad georgiana de instruccion primaria. El comercio adquiere tambien notable desarrollo.

Aparte de esto, se va á mejorar el puerto, que puede contener diez buques acorazados, ensanchando el muelle y construyendo un nuevo acueducto. En el mes de setiembre próximo estará enlazada la ciudad por un ramal de ferro-carril con la estacion de Samtredia de la vía férrea de Poti á Tiflis, y Batum será entonces un puerto de muchísima importancia, que destronará por completo á Poti y su malhadada bahía.

Un despacho fechado en Irkutsk el 5 de mayo, y enviado á dicho punto desde el Delta del Lena, da la triste noticia de haberse encontrado al capitán Delongue de la *Jeannette* y á los individuos de la tripulacion, muertos; tambien se han encontrado todos los libros y papeles referentes á la expedicion, y continúan la pesquisas para dar con los buques.



EL GUANTE DE SCHILLER, por Meyerheim

Es digno de elogio el interés que manifiestan algunos gobiernos disponiendo viajes de exploración a las regiones árticas. La expedición austriaca que se encamina a dichas regiones polares y que salió del Adriático a fines del pasado abril, acaba de llegar a Inglaterra a bordo del buque de la marina imperial *Pola*, que ha anclado en el Támesis, enfrente de Gravesend. En seguida zarpará para su destino, la isla de Juan Mayen, situada a 340 millas al noroeste de Islandia, permaneciendo en ella un año entero. Cinco oficiales y nueve marineros, en junto catorce personas, componen la expedición; los marineros son istrijs y dálmatas que, según las pruebas hechas cuando la expedición del capitán Weyprecht, soportan perfectamente, a pesar de su naturaleza meridional, el clima de las regiones del extremo norte. Van provistos de toda clase de medios, de chozas de fieltro y de barcas.

El jefe de esta expedición es el teniente Wohlguemuth, quien ha publicado un interesante folleto explicando sus proyectos y describiendo detalladamente las medidas tomadas por su gobierno para hacer lo ménos dura posible la residencia en aquella tierra desierta.

La isla de Juan Mayen está situada en el Océano Glacial ártico, al Oeste de Groenlandia, a los 71° de latitud Norte y 12°24' de longitud Oeste. Domínala el gran volcán del Beerenberg, que tuvo una erupción en 1818 y cuya altura es de 2,085 metros. Debe su nombre al navegante holandés Juan Mayen que la descubrió en 1611; sus costas están erizadas de verdaderos montes de hielo.

* *

El ingeniero americano M. Gregory ha concebido el proyecto de transportar viajeros de Nueva-York a París en ferro-carril. Los planos están ya hechos, y la ejecución de las obras empezará tan pronto como los

capitalistas hayan proporcionado los fondos necesarios. La inmensa vía férrea irá de Nueva-York al cabo del Príncipe de Gales, atravesando el Canadá, la Nueva Georgia y el territorio de Alaska. La única solución de continuidad estará entre el cabo citado y el cabo Este en

la costa asiática, enfrente del estrecho de Behring y a 40 millas de la extremidad nordeste del continente americano. El viaje entre ambos cabos se hará en vapor, lo cual será cuestión de unas dos horas. La vía férrea volverá a empezar en el cabo Este y atravesará el territorio ruso del Asia septentrional, para empalmar con la red de ferro-carriles siberianos que, por Moscú y San Petersburgo, están en comunicación directa con todas las capitales europeas. De este modo se podrá hacer el viaje entre Nueva-York y París en cinco días y medio, comprendiendo las dos horas de navegación.

NOTICIAS VARIAS

CIRCULACION DE CARRUAJES EN PARÍS.—Con objeto de averiguar el número de carruajes que en un espacio de tiempo determinado circulan por algunas de las principales calles de París se han construido en ellas unas pequeñas garitas provistas de unos contadores especiales, los cuales han marcado las cifras siguientes:

Por el faubourg Saint-Honoré pasan, por término medio, 6000 carruajes cada veinticuatro horas; por el boulevard Haussmann, 13,000; por el Malesherbes, 8,000; por la calle Real, 20,000; por la de Chateaudun, 8,000; por la Calzada de Antin, y Puente Nuevo, de 11,000 a 18,000; por la avenida de la Ópera, 26,000; por el boulevard de los Italianos, 20,000; por el de la Magdalena, 25,000; por la calle Montmartre, 100,000; por la del Cuatro de Setiembre, 3,000; por el boulevard San Dionisio, 15,000; por la calle Turbigo, 7,000; por el boulevard San Martín, 11,000; por el Beaumarchais, 9,000; por el boulevard de Palacio, 10,000; por el de S. Miguel, 9,000; por el puente de la Concordia, 12,000; por el de los Santos Padres, 9,000 y por la calle de Amsterdam, 4,000.



LA COSTURA, estudio por Bregenzer

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



LA DESTRUCCION DE JERUSALEN (POR G. KAULBACH)



AÑO I

← BARCELONA 28 DE MAYO DE 1882 →

NÚM. 22

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MES DE MAYO, por Niczky

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—¡FATALIDAD! *Novela original*, por D. Florencio Moreno Godino.—LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA (*continuación*), por don Francisco Giner de los Ríos.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—EL MES DE MAYO, por Niczky.—SOBERBIO TRIUNVIRATO, por Brown.—DOS AMIGAS, por J. Llovera.—EL GUARDIAN DE LA CAZA, grupo en madera, por Pagano Salvatori.—RORRO MIO..., modelo por F. Jerace.—EN LAS MONTAÑAS DEL TIROL, por Matías Schmidt.—Lámina suelta.—HOMERO Y LOS GRIEGOS, dibujo de C. Kaulbach.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Una noticia de sensación enteramente nueva: Gayarre se propone hacer una gira artística por América, empezando, como es consiguiente, por los Estados Unidos, la sublime tierra del *dólar*. El eminente tenor está organizando la compañía, que se compondrá casi exclusivamente de españoles: hasta ahora se habla de la soprano Mantilla, del barítono Laban y del bajo Meroles.

Entre los obsequios que el célebre tenor ha recibido en Bilbao, se cuenta uno sin precedentes: tal es el haberle arrojado una corona formada con ramas del tradicional árbol de Guernica, símbolo venerable de la nacionalidad vascongada. Gayarre se encuentra actualmente en Valladolid, en donde alcanza embriagadores triunfos.

Las novedades de la semana madrileña se reducen a un concierto en el *Conservatorio*, que dió ocasión al violinista D. Fernando Palatin para lucir sus admirables condiciones; a la reaparición de D. Manuel Catalina en el desgraciado *Teatro de Apolo*, que, según parece, cobrará nueva vida con tan excelente actor, y a una lucida función a beneficio de la Asociación de escritores y artistas, a la cual han cooperado los primeros artistas de zarzuela, la Sociedad de conciertos del maestro Vazquez y los más reputados actores, que desempeñaron a la perfección *La comedia nueva* ó el *Café de Moratin*.

El empresario del *Real* activa las contratas para la temporada de otoño, contando ya con los siguientes aventajados artistas: la Fursh Madić, que actualmente canta en el *Covent Garden*; la Tremelli, contralto que ha sido muy aplaudida en San Petersburgo; la célebre Sembrich, rival de la Patti en el género ligero; Massini, escrutado por tres temporadas consecutivas, y una joven soprano, la Teodorini, que ha formado el encanto de los filarmónicos barceloneses, seducidos por la frescura de su voz hermosísima y la rara intuición artística que revela.

Milán acaba de celebrar la solemne inauguración del túnel del San Gothardo con grandiosas fiestas, a las cuales se ha asociado la música, como era de esperar, tratándose de una ciudad eminentemente artística. La solemnidad musical ha consistido en un soberbio concierto dirigido por Faccio, estrenándose un himno de Ponchielli, alusivo a la unión de Italia y Suiza realizada a través de los Alpes por la rauda locomora. El calor de las circunstancias acrecienta la valía de estas composiciones.

El público romano ha acogido con gran entusiasmo la aparición de una joven cantante llamada Bulicoff, que ha interpretado admirablemente la Margarita del *Faust*. Todos los periódicos de la Ciudad Eterna se hacen lenguas de esa esperanza del arte lírico, augurándole una brillantísima carrera.

En Dresde se ha representado una porción de veces la traducción de la obra maestra del príncipe de nuestros ingenios, *El Alcalde de Zalamea*.—Después de esta producción se pondrá en escena la nueva comedia en dos actos de Blumenthal y Girudt, *Para nada*.

El tribunal de Viena ha pronunciado su veredicto en la causa formada a consecuencia del incendio del Teatro Ring, siendo condenados el director Janner a cuatro meses de cárcel, y el inspector Getinger y el maquinista Vitsche a ocho y cuatro meses respectivamente de trabajos forzados.

Activanse en Bayreuth los preparativos para el estreno del *Parsifal*, la última obra de Wagner. Ya se han repartido los papeles, habiéndose duplicado y triplicado, ya para prevenir cualquier indisposición de los artistas, ya para colmar los deseos de los principales cantantes de Alemania, que se disputan el honor del estreno.

Y a propósito de Wagner. Recientemente ha prohibido la representación del *Lohengrin* en París. En una carta que publica la prensa francesa dice el egregio compositor: «Mi obra, que ha recorrido todo el mundo, no tiene necesidad de tentar fortuna en París. Hay además otra circunstancia: considero imposible una traducción francesa que pueda dar una idea de ella; y en cuanto a su representación en alemán, concibo muy bien que los franceses no la deseen.»

No cabe mayor menosprecio en tan pocas palabras. Wagner y el público de París están en pleno período de represalias. El ilustre maestro fué silbado en aquella capital hace unos veinte años; luego se desquitó durante la guerra en 1870, escribiendo y haciendo representar una terrible sátira contra Francia y los franceses, y ahora eran estos los que se disponían a tomar venganza en *Lohengrin*, de haberse puesto, como se aseguraba, en el *Teatro de las Naciones*.

¡Es muy sensible que los odios internacionales no se apacigüen ni en el artístico campo de la armonía!

Amberes no ha querido ser ménos que Bruselas en punto a festejar a Liszt. Pedro Benvit, compositor fla-

menco, organizó un concierto en honor del maestro húngaro, a quien hizo saborear su *Kiuder Cantate* y algunos fragmentos de su ópera inédita *Carlota Corday*, que fueron extraordinariamente celebrados.—En la propia ciudad se han ejecutado dos obras de compositores neerlandeses: el prólogo sinfónico *Jeanne d'Arc* de Hentoy y una cantata de Nicolai.

Enrique Ketten ha lucido sus cualidades de compositor y concertista en la sala de la *Grande Harmonie* de Bruselas, ante un público que le ha colmado de entusiastas aplausos.

¡Cuánta distancia entre tiempos y tiempos no significa la cifra de nueve mil francos que se recauda todas las noches en la *Opera comica* de París con la representación de las *Bodas de Figaro* de Mozart, y la miserable suma de 448 libras que en el año de gracia de 1793 produjo la misma obra en su quinta representación dada en la Opera! ¡Y sin embargo, en tan menguados tiempos escribíanse producciones tan peregrinas, porque el verdadero genio se levanta con sus propias alas, sin que haya necesidad de erigirle el vil pedestal de algunos montones de monedas!

Así debe haberlo comprendido Víctor Hugo, que se ha opuesto a que se representara un fragmento de su poema inédito *Torquemada*, que estaban ensayando los actores de la *Comedia francesa*, con el intento de destinar los productos de la representación a aumentar la suscripción abierta para erigir una estatua al ilustre poeta.

—No, ha dicho éste, yo no puedo pagar el bronce de mi propio monumento.

Y *Torquemada*, el gran inquisidor a quien Víctor Hugo presenta, no como un malvado, sino como un fanático imbuido en la creencia de que para la salvación de las almas bien vale algunos minutos de tortura una eternidad de goces; esta nueva producción del primer poeta de nuestro siglo, aparecerá ántes en el libro que en las tablas.

Los retratos de la Marquesa, comedia de Feuillet representada en un teatro particular, conforme dijimos en otra revista, se ha puesto en la *Comedia francesa* con éxito notable.—En el *Vaudeville*, con el título de *Un marido á pesar suyo*, se ha estrenado una pieza muy chusca de M. M. Nus y Courey.

La reaparición de la Bernhardt en el *Teatro de la Gaité* ha sido un verdadero acontecimiento. El público de París ha abierto los brazos y el bolsillo a su hija pródiga.

En el propio teatro prosiguen los ensayos de la obra científica de Luis Figuier *Denis Papin ó la invención del vapor*. El vapor jugará en este espectáculo un papel importante, como que ha de aparecer la destrucción del barco de Papin, y en el último cuadro la explosión de una bomba, pereciendo el protagonista envuelto entre una nube de vapor y de fuego.

Una nueva compañía alemana, dirigida por M. M. Eranke y Pollini, ha inaugurado sus tareas en *Drumy Lane* de Londres, con mayor fortuna que la de Neumann, que funciona en *Her Majesty* y que aun no ha podido rehabilitarse del fracaso de *El anillo de los Nibelungen*. La compañía de *Drumy Lane* ha puesto *Lohengrin* y el *Buque fantasma*, más accesibles a la inteligencia del público que la celebrísima trilogía.

En *Covent Garden* se repiten los acontecimientos. Después de haber obtenido la Albani dos grandes triunfos en *Rigoletto* y *Mignon*, por fin apareció la Patti, y con esto está dicho todo. «No hay más que una Patti en el mundo», dicen los periódicos ingleses a impulsos del entusiasmo. La diva debutó con la *Estrella del Norte* de Meyerbeer y fanatizó a la concurrencia.

En breve se pondrá en aquel teatro la *Herodias* de Massenet. Y ahora de paso diremos que la *Herodias* no será la tal *Herodias*, pues la partitura ha tenido que ser adaptada a un nuevo libreto, a fin de no chocar con la veneración que los ingleses sienten por la *Biblia*, tan maltratada en la ópera del joven maestro francés. Estos remedios suelen ser muy peligrosos: dígalos sino *Odette*, el famoso drama de Sardou, representado en *Haymarket* y hasta tal extremo adulterado para contemporizar con el gusto del público, que la protagonista en vez de suicidarse, ingresa en un convento. La obra ha sido recibida con mucha frialdad.

Para mayor desdicha, un autor inglés, Mr. A. A'Beckett, es otro de los que disputan a Sardou la paternidad de la idea fundamental de su drama. Al efecto ha desenterrado un acto titulado *Long Ago* (Tiempo há) que ofrece algunos puntos de semejanza con la debatida *Odette*. El patriotismo británico, como es natural, condena a Sardou a silencio y llamamiento perpetuos.

Espectáculo digno de ser celebrado es el concierto que acaba de darse en el *Floral Hall* para allegar fondos en favor del proyectado real Colegio de música. En esta solemnidad artística tomó una parte activa el duque de Edimburgo, acompañando en el violín, que toca con singular destreza, a la Albani y a la Nilsson. El duque de Edimburgo, príncipe real y gran almirante de Inglaterra, dió con ello una muestra de su amor al arte, y fué el principal atractivo de la velada.

Antes que en *Covent Garden*, la Patti hizo su aparición ante el Tribunal del Jurado. Habiendo mandado hacer algunas obras en su quinta de Craig-y-Nos, los industriales que en ellas intervinieron creían que a una mujer que gana cuatro mil duros en una noche, era lícito presentarle las cuentas del Gran Capitán. Así un jardinero pedía por sus trabajos la friolera de 135,000 francos y luego se con-

tentó con 8,025. Un amigo de la diva encargóse voluntariamente de mediar en estas y otras rebajas; pero léjos de hacerlo a título gratuito como debía, salió luego con la pretensión de que aquella había de abonarle 75,000 francos por honorarios. De aquí un proceso y la reunión del Jurado, ante el cual compareció la Patti personalmente, siendo recibidas sus disculpas con atonadoras salvas de aplausos del público que llenaba la sala de justicia. Los jueces absolvieron libremente a la egregia cantante.... y el señor de los 75,000 francos ha huido de Inglaterra para ocultar su vergüenza.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL MES DE MAYO, por Niczky

Dos hermosas damas recorren los verdes campos en una de esas incomparables mañanas de primavera, que los habitantes de las ciudades no saben apreciar debidamente. Cuando el sol vivifica a la vegetación sin agostarla; cuando el ambiente se perfuma con los aromas de la naturaleza resucitada, sin ser asfixiante como en el ardoroso verano; cuando los pájaros vuelan de rama en rama cual si se hicieran visitas de bienvenida, sin necesidad de ir a buscar en las copas de los robles un refugio contra el sol que les abrasa; cuando los riachuelos murmuran deslizándose por su limpio cauce y no se evaporan produciendo mefíticos miasmas; cuando los trigos tienen aun el color de su juventud que trocarán en julio por la palidez amarillenta de la vejez prematura; en este mes de Mayo que por ser el más hermoso del año está dedicado a la Virgen más hermosa de la Creación, es cuando debiéramos pedir al campo su concurso para reparar los estragos que en nuestra monótona existencia producen las sedentarias costumbres del trabajo intelectual ó que en nuestros pulmones causan los espectáculos que tienen lugar en recintos cerrados, donde nos vamos suicidando diariamente del modo más agradable posible. ¡Oh deliciosos mes de las flores! Todos te cantan y pocos te gozan....

SOBERBIO TRIUNVIRATO, por Brown

De la asociación viene la fuerza: este conocido principio ha dado por resultado la sociedad de esos tres mozos inseparables. La comunidad de sus sentimientos produce la identidad de su conducta. No se ha visto mayor unanimidad de pareceres; por ejemplo, proponer cualquiera de ellos dejar de ir a la escuela: no haya temor que ninguno de los tres estorbe en la clase. Se le ocurre a otro romper los cristales de la farmacia, y llegan a las vidrieras tres distintas piedras cual si fuesen lanzadas por una sola honda. Se trata de robar los melocotones de la huerta del señor alcalde, y héte a nuestros socios caballeros sobre las tapias, evolucionando con la precisión de unos guardias civiles veteranos. No recibe paliza alguna cualquiera de ellos que no repercuta en las espaldas de los dos restantes, ni se conoce desdicha en el pueblo en que no aparezcan tres huellas a un tiempo mismo. Lo que estas tres inteligencias no discurren, los siete sabios de Grecia juntos no lo resuelven; la presa codiciada que ellos no alcanzan, se hubiera escapado de Alejandro, de César y de Napoleón I. Teníaseles en el lugar como una plaga y hay vecino que diera la cosecha de un año porque les llegase a ellos el del ingreso en el ejército. Cuando llegue este caso, ingresarán los tres en un mismo cuerpo, ó desertarán los tres de su respectivo regimiento. Juntos en vida y juntos en muerte—tal es su divisa. Dios permita que esa muerte les alcance en el lecho de un santo hospital y no en el tablado de un afrentoso presidio.

DOS AMIGAS, por J. Llovera.

A esas dos amigas puede augurarse que no las faltarán amigos. Una y otra pertenecen al género español puro, ese género que, cualquiera que sea el tratado de comercio que se celebre, puede sostener la competencia con todos sus similares extranjeros.

EL GUARDIAN DE LA CAZA, grupo en madera, por Pagano Salvatori

Este trabajo escultórico ha llamado poderosamente la atención en la Exposición milanesa. Perteneció a la clase que un crítico llama escultura pintoresca y se recomienda tanto por la elegancia del conjunto como por la delicada ejecución de sus detalles.

RORRO MIO..., modelo por F. Jerace

Es una escena de la vida real ejecutada con una delicadeza que seduce desde el primer momento. El gato sufre resignadamente los tormentos que le impone su tiranuelo.... Es el privilegio de los niños, cuyo candor parece influir hasta en los aviesos instintos de muchos irracionales.

EN LAS MONTAÑAS DEL TIROL, por Matías Schmidt

No todos los pueblos han perdido la fe en el Dios de sus mayores. En el Tirol, en esas abruptas montañas en que late viva la idea de la patria y en que, como en ninguna otra región de Europa, se gana el pan con el sudor de la frente, la modesta familia que poco ó nada espera de los hombres, tiene puesta su confianza en Dios, que en los pliegues del huracán lleva el grano al pico del pajarrillo. Por esto, al encontrarse en presencia de una de esas imágenes del Crucificado que bordean el camino,

para que el fatigado caminante conciba la idea del descanso eterno, la familia se inclina y saluda devotamente, y prosigue su camino murmurando una oración. Esta oración sube ciertamente al cielo y la acoge benévolo el que dijo:—¡Bienaventurados los humildes; ellos serán exaltados!

HOMERO Y LOS GRIEGOS, por Kaulbach

Homero es algo más que un poeta, pudiera decirse que es la poesía. Tan famoso es su nombre y tal debió ser la seducción de sus cantos, que algunos le han creído realmente un mito, en el cual se ha querido simbolizar el periodo de oro de la poesía helénica. El gran pintor alemán ha tratado á Homero de una manera grandiosa. En el cielo aparece el Olimpo griego, aquel conjunto de divinidades que constituían el credo religioso de los poetas, á quienes muchas de aquellas debían probablemente su existencia. En primer término el gran poeta entona sus cantos, y Grecia entera, representada por sus arcontes y sus guerreros, sus sacerdotes y sus pastores, sus artistas y sus cortesanas, está pendiente de los labios del inspirado cantor. Las ninfas mismas de los mares dejan su elemento natural para oír al afortunado vencedor de Hesiodo; y en el fondo del cuadro el incendio de las naves de los griegos y la danza pírrica recuerdan el episodio del sitio de Troya, en que Homero se inspiró para escribir su *Iliada*. En el fondo aparece el sol de la inmortalidad, que nunca más se ha puesto para el cantor de Aquiles y de Ulises.

¡FATALIDAD!

Novela original

POR FLORENCIO MORENO GÓDINO

Prólogo

I

Hace dos años, un joven de agradable presencia, sencilla y elegantemente vestido, estaba sentado á la puerta de uno de los efímeros cafés, que, con motivo de la feria de Sevilla, se construyen en el Prado de San Sebastián.

Este joven se llamaba Luis de Aguilár, pertenecía á una noble y rica familia de Alcalá de Guadaira, se había educado en París y despues de viajar algunos años por Bélgica, Inglaterra é Italia, volvió á Sevilla al lado de su anciana madre, deteniéndose solamente algunas semanas en Madrid. Luis, no obstante sus 21 años de edad, tenía un carácter inclinado á la melancolía: así es que desde su regreso á la hermosa ciudad del Bétis, apenas se había separado de su madre, á la que amaba entrañablemente.

Luis, que era algo poeta, aunque no hacía versos, se hallaba en ese momento supremo, que en los jóvenes de corazón y de inteligencia, decide de su porvenir. La juventud rica é inactiva, necesita expansiones desconocidas á los que llevan una existencia trabajosa, y como el espíritu no sea enteramente frívolo, el corazón se socaba si no puede dilatarse. En el de Luis había una gran levadura de sensibilidad que necesitaba de gran fuego para fermentar, porque nuestro joven no sentía esas impresiones frecuentes y rápidas que constituyen el encanto de la juventud.

Sus ideas eran confusas: experimentaba el vacío, buscaba la plenitud y no sabía en dónde hallarla. Su clara inteligencia hacía comprender que á los 21 años el amor es el complemento y el fin de la vida, y algunas veces había hecho esfuerzos para enamorarse, pero en vano: su corazón, tibio un momento, volvía á enfriarse, y la mujer preferida á serle tan indiferente como las demás.

El amor es tan inesperado como la inspiración poética: viene cuando quiere y no cuando se le llama.

Así es, que, desalentado por sus inútiles conatos, Luis pensó con espanto en que tal vez podía hallarse condenado á la impotencia moral y su corazón encallado entre hielos eternos; quizá supuso que era tan pequeño que sólo podía dar cabida al amor filial, y desde que abrigó estas ideas, se refugió en el cariño de su anciana madre, como en una postrera tabla de salvación.

Hallábase en Nápoles, y, aún cuando pensaba continuar sus viajes durante algún tiempo, preocupado por estos pensamientos, volvió apresuradamente á Sevilla.

Preciso era que Luis estuviese muy triste, y quizá algo maniático, para que pudiera resistir á la alegre influencia del panorama que se ofrecía á su vista, mientras que sentado á la puerta del café paseaba su distraída mirada por el prado de la feria.

El cielo ligeramente velado por nubes blancas y de color de rosa, mostraba á traves de ellas un azul deslumbrante. Había llovido la noche anterior, y la brisa, húmeda aún, soplabla impregnada de los olores de los jardines de San Telmo. El sol, que pugnaba por romper las nubes, consiguiéndolo á medias

reflejaba sobre las infinitas tiendas levantadas en aquel extenso prado, caprichosos efectos de luz.

Era una de esas mañanas de Sevilla, en que hay palpitaciones en el aire y arrullos inauditos en el ambiente, henchido de una savia vivificadora que penetra en el corazón llenándole de la vida de la primavera.

Así es que, la inmensa multitud que apenas cabía en el prado de San Sebastian, bullía gozosamente.

Había allí millares de mujeres hermosas, más hermosas todavía por la influencia del sitio y de la estación; porque la mujer andaluza, semejante á los niños, se trasfigura en el campo, al aire libre, cimbreándose como una flor sobre su tallo y necesita instintivamente para dilatar sus miradas, el infinito espacio, en vez del limitado artesonado de los salones.

Pero Luis no sentía el influjo primaveral, ni se animaba con aquella maravillosa exhibición de lujo, de belleza y de alegría.

Súbito, su vista se fijó en un punto, y quedóse absorto, fascinado, inmóvil como un pájaro paralizado por un efluvio magnético ó como un antiguo caballero andante á quien una hada maligna dejara encantado en medio de una floresta. ¿Qué causa motivaba esta repentina transformación en nuestro héroe? Una en realidad sencilla, pero muy extraordinaria, atendiendo á los antecedentes y al carácter de Luis.

II

Una mujer, casi niña, acompañada de dos caballeros, uno de los cuales la llevaba del brazo; se aproximaba lentamente por el paseo cercano al sitio en donde se hallaba Luis.

Aquella joven rayaría apenas en los 17 años, y cuanto pudiera decirse no sería suficiente para expresar la delicada belleza de su semblante.

Castaños y sedosos cabellos coronaban su frente, atenuando con sus tintas sombrías el fuego de sus ojos garzos, rasgados y brillantes, en los que se notaba una expresión profunda, serena y ardiente á un mismo tiempo. Su tez, de una blancura mórbida y suave, tenía el color terso y mate de la de un niño enfermo, con el que contrastaba admirablemente la frescura de sus labios húmedos y encendidos como una rosa que comienza á entreabrirse. Un aristócrata, observando las líneas vigorosas á par que correctas de su nariz, la altiva actitud de su cabeza, pecho y hombros, y la palidez de su semblante, hubiera reconocido en ella la heredera de una raza histórica: un artista habría elegido su frente para modelo ático y un escéptico, al contemplarla, creería en la segunda naturaleza, en la diversidad de las razas humanas y en los seres medio entre los ángeles y los hombres.

Llevaba un vestido de muselina color de lila, cuyas flotantes mangas hacían parecer más esbelta y flexible su cintura y más pequeñas sus manos descarnadas y un poco largas, como las de las vírgenes de Rafael. Un cuello de batista liso rodeaba pudorosamente su garganta y un velo negro airoosamente llevado completaba su sencillo atavío.

Luis, al verla acercarse, experimentó una sensación profunda, que al modo de una flecha de fuego, abrasó primero sus mejillas y estremeciendo su cuerpo, fué á refluir en su corazón. Luego, á aquella emoción ardorosa y febril, sucedió un delirio inefable que inundó de alegría su alma: alegría nerviosa, enérgica, casi salvaje, que hizo latir sus arterias; pues no habiendo sentido nunca impresiones semejantes, tuvo la revelación de la viril impetuosidad de su corazón, que él creía frío, vacío é incompleto.

La joven pasó por delante de Luis, y éste, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso en pie y la siguió.

Evocó sus recuerdos de la niñez; pasó revista en su memoria á todas las niñas que habían compartido sus juegos infantiles: en vano: no halló el menor indicio de quién pudiese ser la desconocida que tan profunda é inesperada impresión le había producido.

Estos pensamientos le preocuparon algunos momentos, y volvió á caer en el éxtasis de la contemplación.

La joven andaba con un contoneo admirablemente gracioso, en el que había elegancia y languidez. Durante un momento se detuvo á ver los objetos expuestos en una rifa, y apoyándose en el caballero que la daba el brazo, mostró á las ávidas miradas de Luis el pie más delicioso del mundo.

Era un pie lilliputiense que hubiera podido calzarse el zapatito de la *puerca cenicienta*. En la parte superior tenía una curvatura modelada con delicada suavidad, mientras que en la inferior formaba una especie de arco que comenzaba en un talón fino y descarnado y debía, sin duda, acabar en unos dedos blancos y de color de rosa. Luis, al verle, recordó

el de la *Leda* de Benvenuto Cellini, que había admirado en el palacio Pitti de Florencia.

Aquel pie calzado con el lindo zapato español, comenzó á golpear el suelo y tomó todas las posturas imaginables; irguió su punta como un ave que levanta el pico, pronta á volar; la bajó hasta la tierra como una golondrina que, suspendida en el aire, se inclina para beber en un arroyo; se recostó graciosamente á uno y otro lado como desafiando á la mirada á que hallase en él la mas lijera imperfección.

Hizo inocentemente tan provocativas muecas, que Luis estaba encantado.

La joven y sus dos caballeros, que eran ambos de alguna edad, siguieron andando. En un momento en que Luis se acercó, oyó hablar á aquella en francés, pero con acento enteramente español: tenía, como dice Balzac, *la voz de plata*.

III

Mientras seguía á la desconocida, se despertó en nuestro héroe la levadura poética, unida á los refinamientos de su elegante organización.

Elevó magníficos palacios en donde reunió los bronces más antiguos, las más ricas porcelanas, los muebles mas raros y preciosos, las obras artísticas más admirables, desde la *Vénus de Praxiteles* á la *Psiquis de Cánova*, y los habitó con ella. Se balanceó á su lado sobre los almohadones de carruajes blasonados y resplandecientes. Viajó con ella por todos los países del mundo; atravesó los canales de Venecia, bajo los pabellones de púrpura de una lijera góndola; corrió por las nevadas calles de Moscú y de San Petersburgo arrastrado por un rápido trineo; se sentó con ella en la playa de Nápoles á oír los cantos de los pescadores de Prócida; surcó los rios del Nuevo-Mundo como Chactas, en una balsa impelida por la corriente, llevando como él á su Atala, tan amante, pero más hermosa; oyó las melodías de Bellini en un jardín silencioso y perfumado; se embelesó en amorosos coloquios á la caída de una tarde de otoño, en la ribera de un lago de Suiza ó en el terrado de mármol de una quinta de la campiña del Arno; besó aquel pie incomparable en las íntimas veladas de invierno, en un gabinete templado por la alegre lumbre de la chimenea; finalmente, deliró una existencia embellecida con todos los ardientes delirios del amor, y con los prestigios del lujo y de la opulencia.

¡Oh! ¡cómo comprendió entonces el culto consagrado á la mujer en la Edad media! ¡cómo se le revelaron todos los sentimientos de la pasión de los grandes poetas y de los grandes artistas! No la pasión sensual que hizo morir á Rafael en brazos de la Fornarina, sino el amor respetuoso y tierno del Dante hacia Beatriz; la adoración abstracta en que, bajo el nombre de Laura, encarnó el Petrarca la esencia de sus cantos que repitieron los ecos de Valclusa; esa apoteosis de la mujer, que presintió Platon entre las voluptuosidades carnales del amor antiguo.

IV

Embelesado en estos encantados sueños, nuestro joven siguió á la desconocida, cuyo pie le pareció que dejaba una estela luminosa como la nave en el sereno mar, hasta que aquella y sus dos caballeros llegaron junto á la calle que desemboca en el prado de la feria, y subieron en una lujosa carretela, que sin duda les esperaba.

Este incidente, no previsto por Luis, le llenó de azoramiento.

Miró hacia todas partes, buscando un coche de plaza; pero todos los que iban y venían estaban ocupados.

Entre tanto, la carretela se alejaba.

Luis corrió en pos del carruaje atropellando á los transeúntes, que le creyeron loco, y estábalo en efecto, pues locura era seguir el rápido trote de las dos magníficas yeguas meklemburguesas que tiraban de la carretela.

Esta se alejaba cada vez más; Luis corría á más no poder; pero, no obstante sus esfuerzos, al llegar á las gradas de la catedral la perdió de vista.

Entonces, desesperado y jadeante, se dejó caer en uno de los asientos de la Plaza del Triunfo.

Allí permaneció algunos instantes, experimentando una cosa parecida al triste azoramiento que produce al despertar de un sueño agradable.

Luego, ya más tranquilo, pensó el siguiente monólogo:

«¡Bah! me abato demasiado pronto: ella es andaluza: con aquel pie, con aquel gracioso contoneo, no puede ser de otra parte. Indudablemente vive en Sevilla..., de todos modos, necesito encontrarla, y la encontraré.»

Hechas estas consoladoras reflexiones, se puso en pie, y se dirigió hacia el centro de la ciudad.



SOBERBIO TRIUNVIRATO, por Brown



DOS AMIGAS, dibujo de J. Llovera (grabado por Brend'amour)

En la calle de Génova se encontró con el conde de M.... amigo suyo de la infancia que, abrazándolo con efusión, le dijo:

—Querido Luis! ¿cuándo has venido?

—Hace seis días.

—¿Y cómo no te hemos visto?

—Los he pasado al lado de mi madre.

—Supongo que no nos abandonarás.

—Creo que no.

Ambos jóvenes, que llevaban la misma dirección, siguieron andando juntos.

—Te hallo triste, preocupado,—dijo el conde observando á Luis.

—Lo primero no, lo segundo tal vez.

—¿Cómo?

Entonces, nuestro joven que sabía que el conde conocía á toda Sevilla, le contó su encuentro de la feria, haciéndole una descripción apasionada de la belleza de la desconocida.

El conde reflexionó un momento y dijo:

—Me parece que sé quien es.

—¿Quién? preguntó Luis con el corazón palpitante.

—Tez blanca y pálida, boca sonrosada, contoneo al andar, pié de privilegio, carretela con tronco meklemburgués, no puede ser otra que la marquesa de J....

—¿Casada?

—Sí, amigo mío.

Luis sintió frío en el corazón.

—¿Podré verla?

—Cuando quieras. Yo te presentaré á ella.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Hoy es último día de feria é indudablemente irá al baile del casino.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Trajano, n.º....

Los dos jóvenes quedaron citados para por la noche.

V

Luis entretuvo su impaciencia pasando muchas veces por la calle de Trajano, pero la casa en que suponía que moraba su ídolo permaneció constantemente cerrada.

Aun no había llegado el tiempo en que todas las casas de Sevilla, abiertas por causa del calor, se transparentan.

Llegada la hora, Luis se vistió con esmero, buscó á su amigo, y dirigiéndose ambos al Prado de la feria, penetraron en la tienda del círculo del Casino.

El baile había ya comenzado; pero la marquesa de J.... no se hallaba allí todavía.

—¿Vendrá?—preguntó el conde á uno de los íntimos de aquella.

—Sin duda,—contestó éste,—por lo menos tal era su intención.

Luis estaba triste é impaciente á la vez. Su recto carácter rechazaba los amores ilícitos y una parte de sus deliciosos ensueños habíanse desvanecido; pero sentía una imperiosa necesidad de volver á ver á aquella mujer, única que había hecho vibrar las fibras de su corazón. Como todos los enamorados buscaba términos medios de transigir con su conciencia.

—Nunca la declararé mi amor,—se decía,—la veré, la trataré: esto me basta.

El amor naciente se contenta con poco y la primera ilusión de los amantes es creerse felices con cualquiera cosa: luego la pasión se desborda y exige más cuanto más obtiene: es un arroyo que acaba en el mar.

Luis sentado junto á la puerta de entrada del Círculo, estaba entregado á estas y á otras reflexiones.

De repente sintió una mano que se posaba sobre su hombro, y el conde de M.... le dijo:

—Ya está ahí,

Luis se puso en pié, se aproximó á la puerta con su amigo, que con un grupo de algunos caballeros, se adelantaron á recibir á algunas señoras que llegaban.

—Aquí está la marquesa,—dijo el conde, señalando á Luis una joven de deslumbrante hermosura que se adelantaba.—¿Es ella?

—No,—contestó nuestro héroe dejándose caer en un diván.

VI

Una mujer joven y elegante,—dijo el conde—en la última noche de feria, no puede menos de estar en algún baile, levántate: vamos á recorrer todos los círculos.

Luis siguió á su amigo.

Penetraron en todos los salones en donde se bailaba, pasaron por delante de todas las tiendas particulares, registraron todo el prado de la feria.

En vano: la desconocida no estaba en parte alguna.

—Es extraño,—dijo el conde,—¿será una de las muchas inglesas que han venido de Gibraltar? El tren de Cádiz ha marchado esta tarde lleno de extranjeros.

Luis no contestó. Estaba desalentado: en su corazón había un contrasentido; porque la juventud es la esperanza, y no obstante, nuestro joven creía en una especie de fatalidad que debía condenarle á eterna soledad de corazón.

Esta creencia, especie de monomanía, indisculpable en Luis, y sólo concebible en los que han sufrido mucho, coartó su energía. Otro amante, en su caso, hubiera dicho: ¡Yo encontraré á la que amo y sin la cual no puedo vivir!; y de seguro la hubiera encontrado; bien así como un preso aherrojado en su calabozo, viendo al través de los hierros de su ventana el cielo azul, las verdes praderas y el espacio infinito, exclama: ¡Yo recobraré la libertad!

Los grandes deseos, las pasiones profundas, tienen el ímpetu irresistible y las inteligentes revelaciones del genio, que casi siempre se realizan.

Luis, enérgico á medias, sin embargo de que la impresión que en él produjo la desconocida beldad fué verdaderamente extraordinaria; hizo lo que un amante vulgar. En los días siguientes recorrió los paseos, los teatros; todos los sitios públicos; habló de su encuentro á algunos amigos íntimos, esperando que le diesen algún indicio; confió durante algún tiempo en la casualidad y luego cayó en su extraño fatalismo.

Hubo una circunstancia atenuante en esta ceguera del corazón de Luis, que no pudo hacer la luz en el caos de su amor. Una enfermedad de su madre, peligrosa en la avanzada edad de ésta, le retuvo á su lado y se complicó, digámoslo así, con su habitual desesperanza, haciéndole desistir de sus amorosas pesquisas; de suerte que cuando aquella se restableció lentamente, el recuerdo de la hermosa de la feria, surgía menos vivo y más de tarde en tarde en la memoria de Luis.

Algun tiempo después se encontró un día con el conde de M.... que había estado ausente de Sevilla.

—¿Y tu amada de la feria, ha parecido?—le preguntó el conde.

—No,—contestó Luis.

—De suerte, ¿que ya te habrás olvidado de ella?

—Los sueños se olvidan pronto.

(Continuará)

LOS MUEBLES EN LA EDAD ANTIGUA

POR D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

(Continuación)

III.—Roma

Los romanos, en la época de los reyes, tomaron de los etruscos su mobiliario, del cual se hallan algunas indicaciones en los vasos y tumbas de aquel pueblo. Esto debe notarse tanto más, cuanto que, en el desarrollo ulterior de las artes romanas, bajo el prepotente influjo de la Grecia, jamás se pierde por completo la huella de aquel origen; distinguiéndose la concepción artística romana de la helénica por una mayor robustez y grandiosidad en las masas, que con frecuencia degenera en cierta pesadez, pompa y afectación de majestad y magnificencia, sumamente ajenas al fino tacto del pueblo griego, por lo menos en los tiempos de su mayor pureza, antes de la dominación macedónica. —Por estas cualidades en el arte de Roma, correspondientes á la altisonancia y rebuscamiento de que suelen adolecer hasta poetas como Ovidio, oradores como Cicerón, historiadores como Salustio y Tácito, desenvolvió allí la arquitectura el arco y la bóveda en términos desconocidos á los griegos y capaces de satisfacer el deseo de aparato, anejo á su ideal, y las necesidades de una vida que no podían ya encerrarse en los reducidos espacios de la arquitectura adintelada.

La catástrofe de Herculano y Pompeya nos ha proporcionado abundantes ejemplos del mobiliario romano: toda vez que, al descubrirse en 1713 la primera y en 1748 la segunda de aquellas ciudades, han ofrecido el cuadro de sus costumbres públicas y privadas, sorprendidas y como petrificadas por el torrente de cenizas que nos las ha conservado hasta hoy. Sin embargo, este cuadro dista mucho de representar el de los primeros tiempos, en que la formación del espíritu militar romano y la sencillez de la vida privada ofrecían muy otro carácter del que tomó á consecuencia de las guerras púnicas y fué en aumento hasta llegar al monstruoso lujo del imperio; en cuya época, el romano, dueño ya del mundo, se abandonó á la molición y sensualidad que suelen seguir á todo poder excesivo y acompañan todas las decadencias. Este lujo se ostentó, no sólo

en Roma, sino en otros centros, como Antioquía y Alejandría; «aquella,—dice un escritor,—la más corrompida y disoluta; ésta la más culta y refinada de todas las grandes ciudades provinciales,» y ambas muy influyentes en las maneras, usos y modas del imperio entero.

En la época de éste es cuando el mobiliario, pues, se desarrolla en un grado hasta allí desconocido; por lo menos, según los datos de que hoy por hoy podemos disponer.

Las maderas usadas en los muebles eran principalmente el pino, el álamo, el olivo, el fresno, abeto, ciprés, encina, haya, limonero, nogal, y sobre todo el cedro: empleaban, como hoy, el chapeado y el embutido; el barniz y la cola, con los demás procedimientos é ingredientes para enriquecer aquellos artefactos con ébano, marfil, boj, palma, concha, etc.

Las camas de los romanos eran sumamente diversas. Como forma general, constaban de un marco rectangular, montado sobre cuatro piés, y encima del cual se tendían cuerdas cruzadas (*instite*) para sostener el colchón, primeramente relleno de yerbas, y luego de lana, de viento y aún de pluma, y hasta basteado (*torus*). Cubríalo una colcha (*stragulum*) y lo completaba una almohada (*pulvinus*), á la que sustituía en ocasiones el extremo del mismo colchón doblado ó inclinado sobre el declive que solía hacer el cabecero. Llamábase *toral* el paño más ó menos rico que á veces se ponía bajo el colchón, colgando hasta el suelo, como cuelgan nuestras colchas; sólo que estas no se colocan debajo, sino encima de los colchones. Muchas camas tenían ruedas (*lecti sperulati, spherulati*); otras eran una especie de petate (*grabatum*, de donde el francés *grabat*), en que al colchón reemplazaba una estera. Por lo común, eran sumamente altas, necesitando taburetes y hasta verdaderas escaleras para subir á ellas: al lecho nupcial (*lectus genialis*) representado en el *Virgilio* del Vaticano y copiado por Rich (1) preceden nueve escalones colocados á los piés. Algunas camas tenían, como las actuales, dos testeros; pero, así por sus dimensiones como por sus usos, estos *lectuli* eran, más bien que camas, sofás. En la verdadera cama para dormir (*lectus cubicularis*), no siempre había estos dos testeros, sino uno sólo, y lo más común, en la cabecera; en cambio, tenía siempre un espaldar (*phuteus*) como los de nuestros sofás, en el sentido de la longitud, no dejando abierto, por consiguiente, más que un lado para entrar (*sponda*).

En cuanto á las colchas, gozaban de gran celebridad las llamadas *atálicas*, en memoria de Atalo, rey de Pérgamo, que las usaba, y eran de telas ricas y bordadas de oro. Usaban igualmente cortinajes y pabellones, como también doseles con mosquiteros de gasa (*conopea*), sobre todo en las cunas (*cunabulae*) de los niños, para defenderlos contra los insectos, á los cuales se procuraba también ahuyentar mojando las cortinas con ciertas esencias aromáticas.

Los romanos que tanto uso hacían de los lechos para sentarse, escribir, y demás fines análogos á los que cumplen nuestros modernos sofás, divanes, sillas alargadas, descansos, etc., los empleaban también para comer, rodeando con ellos tres de los lados de la mesa, que era cuadrada, y dejando abierto el cuarto para el servicio de los manjares. Esta combinación de tres lechos alrededor de una mesa constituía el célebre *triclinium*, nombre que se daba también al mismo comedor. Los hombres comían recostados en esos lechos y apoyados sobre el codo izquierdo: las mujeres, al principio, sentadas, como en Grecia, por parecer entonces impropia de su sexo aquella posición, un tanto libre,—hasta que al cabo desaparecieron estos escrúpulos, al par con tantos otros. La altura de las mesas para los triclinios no pasaba de la de los lechos: difícil sería hallar en esta disposición una prueba del ponderado refinamiento de los romanos en punto al *comfort* de la vida. Algo más cómoda sería una especie de *chaise-longue* (*accubitus*), sustituida en los últimos tiempos al lecho triclinial, á fin de aumentar el número de los comensales, que antes no excedía regularmente de nueve, tres en cada lecho. Al introducirse las mesas redondas, en vez de las cuadradas, tomó este la forma de un semicírculo.

En el Museo de Nápoles se halla un lecho, que probablemente corresponde al *accubitus* y fué encontrado en Pompeya en 1868: es de bronce fundido y tiene un solo testero, con una pieza inclinada y algo convexa, para reclinarse (*anaclinterium*). El *biclinium* era también á modo de un sofá-cama para dos personas; y el *scymposium*, especie de silla prolongada para tenderse, y principalmente usada por los enfermos, era otro mueble análogo, que forma la

(1) Rich. *Dictionn. d'antiquités romaines et grecques* (trad. Chenu) — Paris, 1863, p. 350.

transición entre estos y los destinados á servir de asiento, de los cuales debemos apartar toda clase de sofás ó canapés, de que ya hemos hablado, por usarse para ambos fines.

Viniendo pues á los asientos (*sedes*), comencemos por los más inferiores.

El subselio (*subsellium*) era un banco largo sin respaldo, al modo de los nuestros. A veces constaba sólo de un tablon fijo sobre cuatro piés un tanto divergentes: los había de madera y de bronce. Un banco venia á ser tambien el escaño (*scamnum*), pero más corto, como destinado á una sola persona; macizo, á modo de un cajon (forma probablemente primitiva de todo asiento de madera) y con un escalon delante, constituyendo en su conjunto un mueble algo parecido á las escalerillas de dos ó tres gradas que se usan en nuestras iglesias. Un escaño de esta clase, pero de menores dimensiones, solia ponerse delante de las sillas elevadas y de cierto lujo, según se observa en muchas estatuas y relieves de Júpiter, en que se le representa sentado en un trono con los piés apoyados sobre uno de estos escaños de dos gradas, cuya particularidad lo distingue de otros muebles más sencillos, ya destinados al mismo uso de sostener los piés, ya al de permitir la subida á los lechos, etc. Tales eran, por ejemplo, el escabel (*scabellum*) y el alzapíes (*suppedaneum*).

La *sella* y la *cathedra* equivalían, en general, á nuestro taburete y nuestra silla; es decir, que la primera era un asiento más ó ménos alto, sostenido sobre tres ó cuatro piés, sin respaldo ni brazos. No por esto dejaba de admitir gran lujo en sus materiales y su adorno; pues esta clase de asientos, así servían para los más humildes artesanos, como para las damas de elevada posición, las cuales se sentaban ordinariamente en taburetes, y no en sillas. Baste decir que la célebre silla curul (*sella curulis*), oriunda de Etruria, privilegio de los reyes y los más eminentes magistrados públicos, y enriquecida con incrustaciones de marfil y adornos de oro, no era otra cosa que un taburete de tijera, que se doblaba como los catrecillos que llevan nuestras señoras á las iglesias, pero de mayor tamaño, y que se distinguía de todos los demás asientos de este sistema por tener los piés encorvados, en vez de rectos. Si es cierto lo que algunos dicen y ya hemos indicado, de que al principio quizá se usaban enteros los colmillos de elefante, más tarde sustituidos por placas de marfil, tal vez dependiese de aquella circunstancia la forma de los piés. A pesar de todo esto, el nombre *sella* se aplicaba también á algunos asientos provistos de espaldar, como la *sella tonsoria*, ó sillón de barbería, asiento bajo, con un respaldo estrecho y brazos más altos por delante que en su union con aquel. Otro tanto acontecia con la *sella gestatoria*, de que luego hablaremos.

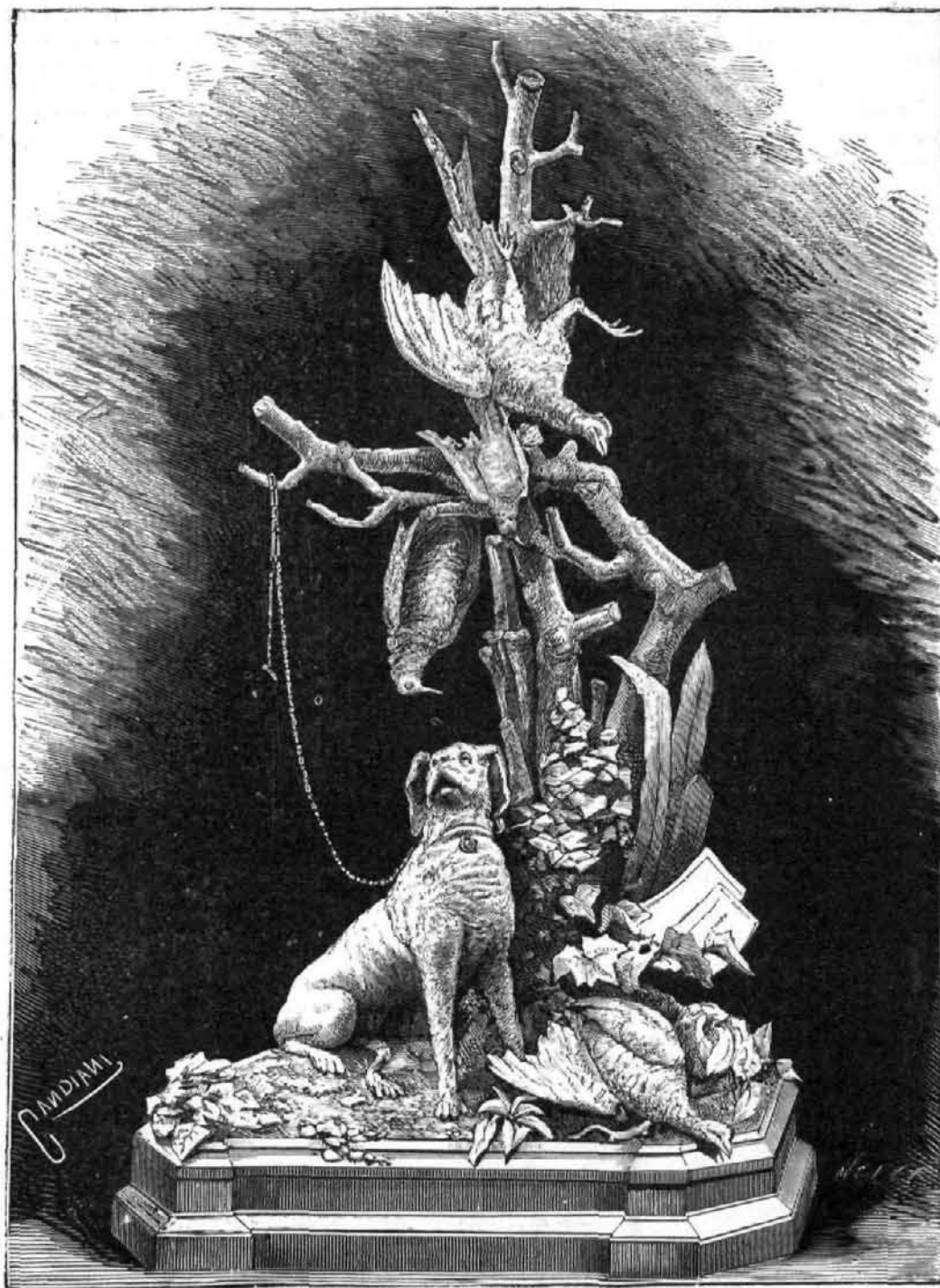
Aunque el nombre «trípode» (*tripus*) tiene un sentido muy amplio, por aplicarse á todo mueble sostenido por tres piés, cualquiera que fuese su objeto, designaba tambien la clase más humilde de taburetes, como igualmente el célebre asiento de la Pitonisa, de que ya se ha hecho mérito.

Había varias clases de sillas (*cathedrae*). Las más comunes eran como las nuestras ordinarias, con el respaldo algo encorvado; cuando tenían sobre el asiento un cojín, se llamaban *cathedrae stratae*; unas y otras eran por lo general muy altas y necesitaban un alzapíes delante. Las sillas de los profesores y de los obispos en la iglesia primitiva se denominaban tambien *cathedrae*, de donde ha recibido luego su nombre de catedral la iglesia matriz ó principal de cada diócesis. La *cathedra longa* y la *cathedra supina* eran como las poltronas de nuestros días, esto es, sillas con un asiento muy largo, y un respaldo tendido hácia atrás. A veces, la *cathedra* tenía brazos, que, cuando formaban ángulo recto

con el espaldar y con el asiento, llevaban el nombre de *ancones*. El *bisellium* era un asiento de lujo, destinado á las personas constituidas en dignidad encumbrada. Se reducía á un banco que aunque de bastante tamaño, quizá para admitir dos personas, piensan algunos escritores que sólo servía para una, como lo muestra en su opinion el no tener delante más que un taburete pequeño para los piés. Otros (1) creen que en el biselio se sentaban más de un magistrado, por ejemplo, los dos cónsules, y á veces, cuando era bastante ancho para ello, hasta tres, llamándose en este caso *trisellium*. El asiento se cubría con almohadones y tapetes, que colgaban por los lados. En el Museo de Nápoles se guardan algunas de estas sillas, dos de las cuales se hallan reproducidas en el de Kensington. Son de bronce, con restos de incrustaciones de plata, semejantes á los nielos posteriores, y los piés, torneados y cincelados, tienen tal altura, que requiere la colocación de un escabel delante para que la persona apoyase los suyos. En general, todos los asientos destinados á los magistrados públicos eran suficientemente elevados para que pudieran ver y ser vistos en medio de la multitud en las solemnidades. Por fortuna, en el Museo de Reproducciones, tantas veces citado, poseemos una excelente copia de uno de estos biselios auténticos de Nápoles, mueble interesantísimo, formado por cuatro columnas enlazadas en su parte superior por cuatro barras horizontales, una de ellas, la del frente que parece principal, decorada con embutidos de plata y oro y con dos magníficas cabezas de caballo, de bulto redondo (2). En los cuatro ángulos sobresalen además cuatro remates, que se elevan unos 0",04. Su altura es nada ménos que de 1",05; y la longitud del asiento, casi igual, difícilmente autoriza la suposición de que sirviese para más de una persona, por ser demasiado reducida; sobre todo, si se tiene en cuenta que se trata de

(1) Sobre esta divergencia v. Rich, *Bisellium* y Hungerford, 86.
(2) Seguimos la descripción del Sr. Riaño en su excelente *Catálogo* (pág. 113). Gracias á su celo podemos estudiar estos importantes objetos *d'après nature*, por decirlo así.

(3) Rich, 592.



• EL GUARDIAN DE LA CAZA, grupo en madera, por Pagano Salvatori

un asiento de aparato para magistrados y ocasiones solemnes.

Cuando á este banco se añadían un respaldo y brazos, se llamaba trono ó sόlio (*solium*), en el cual, como el nombre mismo dice, no se sentaba más que una persona. Al principio, esta denominación se aplicaba á un sillón cuadrado, de espaldar muy alto y brazos macizos, destinado á los reyes, y cuya forma, en sentir de algunos escritores (1), tenía por objeto protegerlos contra todo golpe que pudieran recibir á traición, de lado, ó por la espalda; pero, andando los tiempos, vino á significar cualquier sillón cómodo y propio de personas de respeto; v. gr., el de los abogados en sus gabinetes de consulta. A veces, los tronos estaban chapeados con placas de marfil, como acontecia en el del Júpiter de Olimpia.

(Continuad)

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Acaba de promulgarse el decreto designando la nueva capital de la provincia de Buenos Aires. La ciudad nueva, situada á 40 kilómetros de la capital de la República Argentina, se llamará Tolosa.

La población de la provincia de Buenos Aires, tal como queda á consecuencia de la segregación de la ciudad del mismo nombre, es actualmente de 500,000 habitantes. Cuando el último censo tenía, juntamente con Buenos Aires, el mismo número de almas; por consiguiente desde entonces ha ganado lo que su separación de dicha ciudad le hace perder.

La expedición dinamarquesa, mandada por el teniente de navío M. Hovgaard, compañero de Nordenskiöld, saldrá de Copenhague á principios del mes de julio, con el propósito de avanzar todo lo posible en dirección del polo Norte.

Dice *El Correo de Shanghai*: «Hace pocos días que tratando de los telégrafos en China, abrigábamos la esperanza de que Nanking y Chinkiang estarían muy pronto unidas telegráficamente. Entonces no sabíamos que los chinos habían puesto ya un hilo sin auxilio de los extranjeros. Ahora los habitantes del celeste imperio han caído en la cuenta de que pueden construir líneas por sí mismos, y en breve las veremos colocadas en todas direcciones.»

La emigración suiza ha aumentado notablemente en el pasado año.

Su total se elevó á 10,935 individuos, siendo así que en 1880 alcanzó el número de 7,225 y en 1879 el de 4,288.

De los 10,935 emigrantes mencionados, 9,996 partieron para la América del Norte; 134 para la América Central; 624 para la América del Sur; 100 para el África; 28 para Australia; 8 para el Asia y 45 para otros distintos puntos, que no ha sido posible averiguar.

En México los italianos parece que llegarán á ser el más importante entre los elementos de la emigración europea.

Acaban de llegar últimamente 500 á dicho país, y se asegura que son la avanzada de una emigración numerosa y periódica.

NOTICIAS VARIAS

NAVEGACION AÉREA.—El año próximo hará un siglo que se inventó el primer globo aerostático; y para celebrar dignamente tan notable aniversario, se proyecta abrir en París una exposición que abarque todo lo que se relaciona con la navegación aérea, y efectuar al propio tiempo ascensiones recreativas y otros festejos. Hay allí una academia de meteorología y de navegación aérea que ha acudido al ministro de Instrucción pública en solicitud

de que el gobierno se encargue de la direccion de este centenario nombrando al efecto una comision nacional.

Hé aquí un interesante estado comparativo del coste de algunas de las obras arquitectónicas modernas, expresado en pesetas. La nueva Opera de Paris 40.000,000; la Opera de Viena, 15.000,000; el palacio de justicia de Londres recién acabado, 22.500,000; el de Viena, 20.000,000; el de Bruselas, no concluido todavía, está presupuestado en 40.000,000; el de la Haya, 1.700,000. La nueva Casa Consistorial de Paris, se estima en la cantidad de 40.000,000, y la de Viena, en construcción todavía, está presupuestada en 32.500,000. El Museo Victoria, construido últimamente en Australia, costó 2.500,000, y el nuevo Museo de Amberes, 2.000,000. El edificio para la administración de correos de Paris, cuesta 31.250,000, y en el Conservatorio de música de la misma ciudad se invirtieron 8.000,000. El nuevo archivo del Estado (Record Office) en Londres, costó 3.000,000, y el ministerio de Negocios extranjeros en la misma capital, exigió para su construcción 11.750,000. Volvamos á Bruselas y encontramos todavía los siguientes edificios notables: el palacio Real, 2.000,000; el cuartel de caballería, 4.000,000, la Academia de Bellas Artes, 3.125,000. El gobierno civil de Brujas, en Bélgica, costó 2.000,000, pero más que todos estos monumentos costó el palacio del parlamento inglés, esto es, 87.500,000.

LA INSTRUCCION EN EL JAPON.—La sexta memoria anual que el ministerio de Instrucción pública del Japon acaba de publicar, revela el creciente desarrollo de la cultura moderna en aquel industrioso pueblo.

Segun dicha memoria, actualmente existen 26,594 escuelas en el Japon, de las cuales son públicas 25,395 y las 1,199 restantes privadas. El número de profesores es de 65,612, entre ellos 7,659 con título académico: 2.208,633 alumnos concurren á las escuelas públicas



RORRO MIO..., modelo en madera por F. Jerace

y 64,541 á las privadas; es decir, el 41 $\frac{1}{3}$ por ciento de los niños en edad de asistir á ellas.

Los establecimientos de instrucción superior comprenden 514 particulares y solo 65 públicos ó por cuenta del Estado.

Háse abierto hace poco á la explotación el ferrocarril más elevado de la tierra, puesto que llega á la altura vertiginosa de 2,255 metros sobre el nivel del mar en una longitud de 80 kilómetros. Viene á ser la prolongación de la gran vía férrea, de 580 kilómetros, que va desde Calcuta hasta Darjeeling, al pie del Himalaya. Allí arranca dicho ramal que conduce á los viajeros y mercancías á la region de las eternas nieves para seguir más tarde por la otra vertiente hacia el norte. Es uno de los llamados ferrocarriles económicos, con una distancia de entavía de sólo 61 centímetros, y locomotoras pequeñas, semejantes á las que circulan en la vía de circunvalación de Paris. No hay que decir que los carriles son de acero y que toda la vía está asegurada con la solidez posible. La subida es naturalmente lenta, y rápida la bajada, pero nada peligrosa, gracias á los frenos de extraordinaria potencia que llevan la máquina y los wagones.

EXPOSICION FLOTANTE.—Hace poco tiempo se anunció que una Sociedad inglesa habia formado el proyecto de organizar una Exposición comercial flotante. Este proyecto se ha convertido en realidad, pues se acaba de equipar en Londres un vapor de 3,000 toneladas, el *Virey*, en el cual se ha de embarcar una gran variedad de productos de expositores ingleses. Dicho buque dará la vuelta al mundo haciendo escala en los principales puertos de varios países.

El objeto de esta empresa tan original como nueva, consiste en exhibir ante los compradores extranjeros los productos manufacturados de Londres, Birmingham, Manchester y otros grandes centros industriales, evitándoles así la molestia de hacer un viaje á Inglaterra.

El *Virey*, cuyas cámaras y cubierta se han transformado en salas de exposición, tocará en Gibraltar, cruzará el Mediterráneo y el canal de Suez, visitará á Ceilan, la India, Australia, las islas Fidji y Tasmania, el cabo de Buena Esperanza, Madera, etc. Confíase en que la Exposición flotante tendrá tan buen resultado como cualquier Exposición internacional.



EN LAS MONTAÑAS DEL TIROL, por Matías Schmidt

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



HOMERO Y LOS GRIEGOS (POR G. KAULBACH)